

tomo 3 (1839-1842)

*Obras de la Confederación y
Emigrados*

**antología de
obras de teatro
argentino**

desde sus orígenes a la actualidad

selección y prólogo Beatriz Seibel

Alberdi, Juan Bautista
Antología de obras de teatro argentino / Juan Bautista Alberdi y José Mármol ; ilustrado por Oscar Ortiz ; con prólogo de Beatriz Seibel ; recopilado por Beatriz Seibel. - 1a ed. - Buenos Aires : Instituto Nacional del Teatro, 2007.
v. 3, 420 p. ; 22x15 cm. - (Historia teatral)
ISBN: 978-987-9433-55-3
1. Teatro Argentino. I. Mármol, José II. Ortiz, Oscar, illus. III. Seibel, Beatriz, prolog. IV. Seibel, Beatriz, recopil. V. Título
CDD A862
Fecha de catalogación: 15/08/2007

Esta edición fue aprobada por el Consejo de Dirección del INT en Acta N°160/07.
Ejemplar de distribución gratuita - Prohibida su venta

CONSEJO EDITORIAL

- > Roberto Aguirre
- > Rafael Bruza
- > Ariana Gómez
- > Nerina Dip
- > Carlos Pacheco
- > Marcelo Jaureguiberry
- > Carmen Saba Stafforini

STAFF EDITORIAL

- > Carlos Pacheco
- > Raquel Weksler
- > Elena del Yerro (*Corrección*)
- > Mariana Rovito (*Diseño de tapa*)
- > Gabriel D' Alessandro (*Diagramación interior*)
- > Grillo Ortiz (*Ilustración de tapa*)

© Inteatro, editorial del Instituto Nacional del Teatro

ISBN: 978-987-9433-55-3

Impreso en la Argentina - Printed in Argentina.
Queda hecho el depósito que marca la Ley 11.723.
Reservados todos los derechos.

Impreso en Buenos Aires, Mayo de 2007.
Primera edición: 3.000 ejemplares

> prólogo

EL TEATRO EN LA CONFEDERACIÓN

Dos fuerzas se enfrentan: en agosto de 1830 se constituye la Liga del Interior que encabeza el unitario José María Paz y en enero de 1831 se firma el Pacto Federal, entre las provincias litorales y la de Buenos Aires. Después que cae prisionero en mayo el general Paz y en noviembre Lamadrid es vencido por Quiroga, las demás provincias se van incorporando al Pacto Federal y delegan el manejo de las relaciones exteriores de la Confederación Argentina en Juan Manuel de Rosas, gobernador de Buenos Aires entre 1829/1832 y 1835/1852.

1830: En la compañía del Coliseo porteño están los actores Trinidad Guevara, Matilde Diez, Antonina y Dominguita Montes de Oca, Ana Campomanes, Joaquín Culebras, Juan Casacuberta, Francisco Cáceres, Santiago y María de la Paz González, Felipe David, Ventura Ortega, Manuel Cossio, Juan Antonio Viera, Luis Cogoy, el gracioso Bernardino Hernández entre otros, y se presentan los “bailes pantomimas” de José y Juana Cañete, padre e hija, llegados de Montevideo, que actúan un año. Desde 1825 se representan óperas y los cantantes hacen funciones líricas o actúan en los entreactos; la compañía se completa con la orquesta. En todo este período se presentan piezas españolas, francesas, italianas, pocos meses después de su estreno en Europa, y los clásicos europeos. En 1830 Castagnino registra 79 funciones en el Coliseo, incluyendo las líricas; son entre 6 y 8 por mes y el programa varía en cada función. Las obras locales son reposiciones del sainete anónimo *Las bodas de Chivico y Pancha*, y *Las dos tocayas* de Santiago Wilde, además del estreno del drama en tres actos, no hallado, *El provinciano en Madrid* o *La virtud y la tiranía*, y se presenta el drama en 5 actos *Adriana de Courtenay* del actor Joaquín Culebras, fechado en 1820/23. Todos los registros de cada año son de Raúl H. Castagnino. (Véase Bibliografía).

En 1830 se abre un nuevo espacio para espectáculos, “el primer jardín público a imitación de los europeos”, el Parque Argentino o “Vauxhall” por su similar londinense, en las actuales calles Viamonte, Córdoba, Uruguay y Paraná. Tiene jardines para paseos, un hotel francés, salones de baile, un pequeño teatro y un circo al aire libre para 2.000 espectadores. La compañía de José Chiarini, de la mayor dinastía italiana del circo, inaugura la pista a principios de año; el programa incluye pantomimas y “Arlequinadas”, herederas de la Comedia del Arte. En el espectáculo payadresco, los contrapuntos reflejan desde la década anterior la inmediatez de las luchas políticas. El payador, desde 1830 a 1852, improvisa su copla contra el caudillo adversario; ensalza a los líderes, los héroes y mártires, y denigra a los enemigos.

1831: En enero Trinidad Guevara interpreta la protagonista de *Argia* de Juan Cruz Varela, acompañada por Francisco Cáceres. Juan Casacuberta se consagra con el protagonista de *Treinta años* o *La vida de un jugador* de Ducange, el primer melodrama romántico francés estrenado en Buenos Aires. El joven Víctor Hugo ha lanzado en 1827 en París su desafío al clasicismo en el prefacio de *Cromwell* y proclama los principios del teatro romántico: la unión de tragedia y comedia en un solo género denominado “drama”, el rechazo de las tres unidades aristotélicas, la libertad del impulso creador. En la actuación, rigen “la naturaleza y la verdad”, como en el clasicismo, pero se trata de la verdad de la emoción, no de la verdad de la razón. La nueva escuela romántica de actores está representada en París por Talma, en Londres por Kean, en Madrid por Máiquez; los actores criollos pueden observarla en los intérpretes españoles compañeros de Máiquez que llegan a Montevideo. Casacuberta, el gran actor romántico, conserva sin embargo para la tragedia la escuela clásica, y “las posiciones artísticas de la estatua”, según elogia más tarde Sarmiento. Por otra parte, un cronista teme que Casacuberta se eche a perder al intervenir en bailes con Trinidad Guevara, o por actuar en personajes de sainetes.

Hacia fin de año se forman dos compañías: Matilde Diez, Casacuberta, Viera, Cogoy y otros forman la Sociedad Dramática Argentina para funciones de verano en el Parque Argentino; y en el Coliseo, Francisco Cáceres y Felipe David se hacen cargo de la empresa, con Trinidad Guevara y Ana Campomanes entre otros. El matrimonio italiano Luis y Teresa Smolzi llega en julio, actúa en funciones líricas en el Coliseo y presenta en un pequeño café-teatro en las actuales calles Florida y Paraguay, “comedias, ejecutadas por figuras llamadas títeres”.

En 1831 se registran 105 funciones en el Coliseo, 3 en el Parque y 3 en el Anfiteatro; 111 en total. Las obras locales son reposiciones: *Argia* y *Dido* de Varela, y *Las bodas de Chivico* y *Pancha*.

1832: En el Parque Argentino se trabaja hasta febrero; en el Coliseo en marzo se suman al elenco actores del Parque y en mayo Matilde Diez, pero el empresario no acepta las condiciones de Casacuberta, quien se refugia en su profesión de bordador y maestro de baile. Entre julio y septiembre se presenta la Compañía Dramática de Montevideo dirigida por el español Antonio González, llegado a esa ciudad en 1829, de gran prestigio por su actuación con Máiquez en Madrid; viene a Buenos Aires por los disturbios políticos en la Banda Oriental. En el elenco están su esposa, Josefa Funes, argentina que trabaja en Montevideo desde 1828 y su hija la niña Manuela Funes, Alejandra Pacheco, primera dama joven porteña iniciada en Montevideo, Antonio Castañera que trabaja allí desde 1829, el matrimonio Felipe y Carolina Catón, bailarines franceses, entre otros. Se incorporan Trinidad Guevara, Ana Campomanes, Antonina Montes de Oca, Francisco Cáceres, Felipe David, Viera, Cogoy, y María de la Paz, Santiago y Jacobo González, la familia González de actores argentinos. Después, entre septiembre y diciembre se realiza otra brillante temporada en el Coliseo, con la reincorporación de Casacuberta, quien comparte los roles de primer actor con Francisco Cáceres; Trinidad y Matilde Diez son las primeras damas. En diciembre Trinidad y Cáceres parten hacia Chile; Casacuberta se retira y en febrero se incorpora a la

compañía de Montevideo. La difícil situación política no favorece la actividad teatral; Rosas renuncia a la reelección y Balcarce es el nuevo gobernador. En 1832 se registran 116 funciones en el Coliseo y 6 en el Parque; 122 en total. En piezas locales se estrena *Los falsos amigos*, comedia en 1 acto “de un argentino”, y el sainete *La toma de Montevideo*, de autor rioplatense; se reponen *Siripo y Yara* de Lavardén, *La batalla de Maipú*, anónimo, *Aristodemo* de Cabrera Nevares y *Las dos tocayas* de Wilde.

1833: El 3 de enero los ingleses desembarcan en Puerto Soledad, Islas Malvinas, e izan la bandera británica sin encontrar resistencia. Ese año el Coliseo trabaja enero y febrero y permanece cerrado en marzo; comienzan a presentarse obras por aficionados y Felipe y Carolina Catón anuncian bailes pantomimas. La temporada se abre en abril, con un elenco sin primeros actores; en las comedias se destaca Felipe David y se incorpora Francisca Peñaloza, porteña que trabaja como graciosa desde 1826 en Montevideo; la compañía se completa con aficionados como Eulogio Zemborain, de familia porteña de clase alta, quien tendrá muy buena trayectoria. Para la velada de gala del 9 de julio, aniversario de la Independencia, se organiza una función de aficionados con Matilde Diez y Dominguita Montes de Oca como únicas profesionales. Allí se revela otro aficionado, Máximo Jiménez, también de clase alta, que hará carrera. En septiembre Catón anuncia el “baile pantomima” *El pasaje del puente de Lodi por Napoleón y su ejército*. Las pantomimas denominadas “glorias militares” se crean en París en el Circo Franconi en 1827 y son un gran aporte para la leyenda napoleónica; en París después de 1807, sólo se autorizan 8 teatros dramáticos, y como los circos no pueden presentar textos hablados, hacen pantomimas o cuadros vivos históricos.

El 11 de octubre se produce la Revolución de los restauradores, el 3 de noviembre cae Balcarce y se elige a Viamonte; el 10 se reabre la sala. En diciembre, llegan de Montevideo varios actores, entre ellos Fernando Quijano y Joaquín Culebras, quien toma la dirección artística. En 1833 se registran 78 funciones en el Coliseo, 5 con aficionados. Las obras

locales son reposiciones: *Las dos tocayas* de Wilde, *Aristodemo* de Cabrera Nevares, *Los araucanos o La conquista de Chile*, y *Argia y Dido* de Varela.

1834: El Coliseo funciona en enero y en los primeros días de febrero. Un grupo de actores presenta obras en el Parque Argentino a partir de febrero; en abril y mayo se anuncian funciones de circo. Por otra parte, el jefe de Policía general Mansilla, autorizado para fomentar el teatro, logra que se hagan cargo del Coliseo Antonio González como empresario y Casacuberta como primer actor, recién llegados de Montevideo. La temporada se inicia con la excelente compañía integrada por González, Casacuberta, Culebras, Cossio, Castañera, Quijano, David, Viera, y otros; las actrices son Matilde Diez, Josefa y Manuela Funes, Ana Campomanes y Dominga Montes de Oca. Casacuberta obtiene gran reconocimiento con las obras románticas francesas; González anuncia también obras españolas clásicas y contemporáneas, presentando a Ventura de la Vega como “el joven autor argentino”. Nacido en Buenos Aires en 1807, Ventura de la Vega reside en España desde los 9 años, donde estrena con éxito sus piezas. Casacuberta y Manuela Funes se casan en agosto de 1834, cuando el actor tiene 36 años y la actriz 14. Mientras Viamonte presenta la renuncia en junio, Rosas no acepta el cargo y Maza finalmente asume en octubre en forma interina. Los problemas políticos no afectan esta vez al teatro, que trabaja a salas llenas; los periódicos adjudican el mérito a la compañía y el director. El viajero francés Arsène Isabelle destaca: “Todas las damas que no van acompañadas por caballeros, y también todas aquellas que no quieren tomar un palco, se colocan formando anfiteatro en el segundo piso o galería (la cazuela), adonde está prohibido concurrir a los hombres. Llevan todo un edificio de cabello sobre la cabeza, y tiene que ser así para sostener las peinetas o peinetones que llegaron a medir, en 1834, hasta 1 metro y 10 centímetros de ancho”.

Desde el 25 de junio se presenta la Compañía Ecuestre, Gimnástica y Pantomímica Laforest-Smith con el Circo Olímpico, que instala su

carpa de 1.200 espectadores en las actuales calles Sarmiento y San Martín; permanece un año allí. El amplio repertorio del circo norteamericano incluye escenas cómicas, pantomimas, y “cuadros plásticos” que reproducen estatuas clásicas. Luego contratan a Felipe y Carolina Catón y montan títulos del estilo “glorias militares”. También presentan comedias y farsas en inglés, con aficionados de la colectividad. En la compañía Laforest trabajan artistas criollos, como el circense Florencio Castañera y la “graciosa” Francisca Peñaloza. En 1834 se registran 116 funciones en el Coliseo, 49 en el Circo Olímpico y 8 en el Parque; un total de 173. Se presenta la Loa *La contienda de los dioses por el Estado Oriental* de Culebras, y se reponen *La batalla de Pazco*, anónimo, y el *Aristodemo* de Cabrera Nevaes.

1835: Desde enero se presentan espectáculos en el teatro y en el Circo Olímpico. Ese año se organizan los primeros bailes de carnaval en el Coliseo, con la orquesta en el escenario y la platea alfombrada; Casacuberta es el maestro de ceremonias. En abril comienzan las noticias de espectáculos circenses en el Jardín del Retiro, en la actual calle Esmeralda entre Charcas y Santa Fe; se anuncian “tres jóvenes nativas de este país”, que serían las equilibristas Catalina Manzanares, Manuela Donado y Fernanda Castro. También actúan en el Coliseo en los fines de fiesta; se anuncian como “las tres niñas argentinas” y constituyen la primera compañía de volatinería criolla.

En abril, después del asesinato de Facundo Quiroga, la crítica situación política hace que se elija a Rosas gobernador por cinco años con la suma del poder público, aprobado por un plebiscito. En el teatro, Antonio González renueva su contrato y sigue a cargo de la empresa. Algunos actores, entre ellos Matilde Diez y Fernando Quijano, Máximo Jiménez y su esposa Luisa Quijano, se van a Montevideo y luego se les unen Dominguita Montes de Oca e Hilarión Moreno, porteño de clase alta, iniciado con aficionados. Francisco Cáceres viaja a Chile, donde morirá al año siguiente en 1836. En 1835

se registran en el Coliseo 84 funciones, 1 de aficionados; no se registran las del Circo Olímpico y el Jardín del Retiro. Las obras locales serían el estreno del sainete anónimo *El casamiento del gaucho santafesino* y la reposición de *Las bodas de Chivico y Pancha*. Luis Ambrosio Morante, el argentino que actúa en Chile desde 1827, muere allí a los 54 años, en 1835.

1836: En enero se anuncian 5 funciones por aficionados en el teatro y en el Parque Argentino se presenta el Nuevo Circo Olímpico de Steward, otra compañía norteamericana. En el Jardín del Retiro, donde actúan los volatineros criollos, Antonio Cabello construye “un circo de volatín” con gradas para comodidad del público. En abril Antonio González reaparece en el Coliseo para iniciar la temporada con el elenco del año anterior. El entusiasmo federal se manifiesta en el teatro con el “¡Viva la Federación!” que encabeza los programas y la presencia frecuente en los palcos de miembros del gobierno; las porteñas federales asisten llevando en sus peinados un moño punzó. En junio Trinidad Guevara regresa de Chile y hace dos funciones de beneficio; luego sigue a Montevideo, quizá por el casamiento de su hija mayor, Carolina; regresa a fin de julio con Alejandra Pacheco y se incorporan al Coliseo. Para su beneficio, Trinidad protagoniza el éxito romántico *Treinta años...* junto a Casacuberta. En 1836 se registran 90 funciones en el Coliseo. Las piezas locales serían dos sainetes no hallados, *El chispero* y *Un día de fiesta en Barracas*.

En la ciudad de Santa Fe se presentan tres comedias para las fiestas patronales en 1836, entre ellas *Argia* de Juan Cruz Varela; además de pagar a director y actores, contratan músicos y cantores.

En San Juan, se reorganiza la Sociedad Dramática y Filarmónica formada en 1834 con jóvenes aficionados de la sociedad sanjuanina; Domingo Faustino Sarmiento, quien a los 25 años regresa de su primer exilio en Chile, es “primer decorador de teatro y del salón de baile”, porque después de las funciones se hace el “gran baile”. Todos son “socios actores”, sin categorías, y se mantiene un par de años.

1837: Ese año los homenajes a Rosas son usuales en el teatro: Casacuberta le dedica su beneficio en enero y Josefa Funes lo hace a Doña Encarnación Ezcurra, esposa del gobernador. A principios de abril Olaguer y Feliú retoma la empresa del Coliseo y presenta la Compañía Europea (española) que viene de Montevideo de paso para Chile, con el agregado de Dominguita Montes de Oca y Moreno, quienes actuaban allí. Entonces se alternan en la cartelera esa compañía y el elenco local, que en ocasiones trabajan unidos. Los “europeos” terminan en agosto y siguen su gira, llevándose a Dominguita y Moreno y dejando varios actores que se quedan a residir: el barba Juan Ródenas y su esposa Angustias González, Joaquín Argüelles, etcétera. Las funciones circenses de volatines criollos continúan en el Jardín del Retiro y las danzas folclóricas argentinas suben a escena en la maroma; la música está a cargo de cantores y guitarreros. En septiembre continúan las funciones en el Coliseo con la compañía local y Casacuberta estrena el melodrama romántico de Ducange *Los seis grados del crimen y escalones del cadalso*, éxito significativo en su carrera. A fines de ese mes estalla un conflicto con la empresa que aplica rebajas en los sueldos y un grupo de actores encabezado por el español Antonio González con Trinidad Guevara se retira del elenco; quedan Casacuberta, Castañera, Zemborain, Manuela Funes, Ana Campomanes, se suman Santiago González y su esposa Dominga Reynoso, Bernardino Hernández, Juan Cordero y Máximo Jiménez, que vienen de Montevideo. En noviembre, un comentario periodístico de Alberdi en *La Moda*, encuentra la parte positiva del conflicto: “Tal vez tengamos que felicitarnos en adelante, de este acontecimiento. La Empresa ha perdido todos los actores extranjeros. En su lugar se han colocado actores argentinos, y la Compañía se compone hoy de puros jóvenes compatriotas, presididos por un solo talento, el señor Casacuberta. (...) Una de las condiciones por otra parte, de la nacionalidad del teatro, es la nacionalidad de los actores, que deben hallarse penetrados del espíritu del pueblo, cuyas pasiones están

destinados a expresar sobre las tablas”. Y lamenta la ausencia de “una hábil actriz, que no sabemos cómo haya podido decidirse a abandonar a sus paisanos”, refiriéndose seguramente a Trinidad Guevara.

El periódico semanal *La Moda* se funda en noviembre de 1837 en el Salón Literario de la librería de Marcos Sastre, con jóvenes escritores admiradores del romanticismo francés como Esteban Echeverría, Juan María Gutiérrez, Juan Bautista Alberdi. Allí se señala el paralelo estético entre federalismo y romanticismo, con el rojo punzó, “color político y color de moda”, que llevaron en el chaleco los partidarios de Víctor Hugo en 1830 y viene en los últimos figurines de París, a la vez que es el color federal. Pero el Salón y el periódico terminan en mayo de 1838, poco después de iniciado el bloqueo francés, y en noviembre Alberdi se va a Montevideo. En 1837 se registran en el Coliseo 112 funciones; no se hallan obras locales. Los volatineros actúan también en el Coliseo para los intermedios o el fin de fiesta.

Por otra parte, el grupo de actores que se retira del Coliseo toma una gran iniciativa: construir una nueva sala, y consiguen un financista, el español José Rodríguez. Firman un contrato para trabajar “a la parte”, en cooperativa, durante tres años, y contratan el resto del personal, músicos, cantantes, maquinistas, etcétera. Antonio González es el director y primer actor, con Trinidad Guevara, Alejandra Pacheco, Joaquín Culebras, Josefa Funes, Felipe David, Manuel Cossio, Juan Antonio Viera, José Rodríguez, Hilarión Uriarte y José Gil. El 28 de diciembre el gobierno concede los permisos y se inicia la edificación.

1838: El Parque Argentino parece haberse cerrado este año. En abril, Casacuberta inaugura la temporada celebrando el aniversario del gobierno de Rosas, en el Coliseo ahora denominado Teatro Argentino, donde anuncia a la Compañía Porteño-Dramática bajo su dirección, con la orquesta dirigida por el maestro porteño Remigio Navarro, pianista y compositor negro muy celebrado. La familia Ródenas deja la compañía del Coliseo y parte en junio hacia Tucumán, donde se presenta como

Compañía española de comedias y allí inaugura la primera sala teatral, que perdura tres años y luego es rehabilitada con grandes mejoras hacia 1847. En el Jardín del Retiro, los volatineros criollos siguen trabajando y se anuncian danzas como el malambo, la media caña y el minué federal. Desde el 28 de marzo una flota francesa declara el bloqueo del puerto de Buenos Aires para exigir el mismo trato comercial que a los ingleses. En este clima, quizá como desafío a los franceses o demostración de fortaleza moral, el 24 de mayo se inaugura el nuevo Teatro de la Victoria, en la calle del mismo nombre, actual Hipólito Irigoyen N° 954. La sala y el escenario son algo más reducidos que el Coliseo, aunque la capacidad se calcula en 2.000 personas. La compañía de actores aumenta con la contratación de Matilde Diez, Fernando Quijano y Juan Villarino, que vienen de Montevideo; en agosto llega José Lapuerta, primer actor español. Comienza el llamado “duelo Lapuerta-Casacuberta”; la competencia lleva mayor cantidad de público a los dos teatros. El repertorio es similar, incluso se ponen las mismas obras para que los espectadores comparen las actuaciones. Pero si bien la temporada es excelente para el público, no lo es económicamente; mientras en el Argentino los actores deben reorganizarse en cooperativa, en el Victoria dejan de recibir sus pagos y en diciembre rescinden el contrato. Fernando Quijano forma entonces compañía para Montevideo. En 1838 se registran 107 funciones en el Argentino y 82 en el Victoria; 189 en total. No hay datos del Jardín del Retiro. Casacuberta estrena dos obras locales no halladas: el drama romántico *Carlos o el infortunio* de Luis Méndez y el drama *El Renegado o El triunfo de la fe* de Rafael Corvalán; repone *Las bodas de Chivico y Pancha*.

1839: Una compañía de aficionados presenta 2 funciones con una comedia y un sainete en el Teatro Menor, antes Teatro del Maquinismo, en la calle 25 de Mayo; también se hacen pruebas circenses y danzas y tiene capacidad para 50 personas. Los volatineros criollos siguen en el Jardín del Retiro. En abril se anuncia un convenio entre los empresarios:

el teatro Argentino permanecerá cerrado por la escasez de actores y las dificultades económicas del bloqueo francés, y en el Victoria la compañía pasa a ser dirigida por Antonio González. Casacuberta y Manuelita rechazan los contratos propuestos; en agosto, llegan a un acuerdo y se incorporan al Victoria, que cierra en noviembre, mientras un grupo de actores organiza algunas funciones a beneficio en el Argentino. En 1839 se registran 17 funciones en el Argentino, 89 en el Victoria, 2 en el Teatro Menor; en total 108. No hay datos del Jardín del Retiro. Se estrenan los sainetes locales *¡Un primo! o Miñoné Fan Fan* de Carlos Zee y *Entre Chile y Buenos Aires*, probablemente del actor Hilarión Uriarte; se repone *Los falsos amigos*.

1840: Mientras las tensiones políticas se agudizan, sólo hay en los primeros meses alguna función de beneficio en el Argentino. La temporada se inicia en abril en las dos salas; en el Victoria, con una nueva propietaria, trabaja una compañía con Joaquín Culebras, Felipe David, Juan Antonio Viera, Rosa Culebras, María de la Paz González y luego Pascual Ruiz, que inicia su carrera como galán. Proviene de una familia de clase alta que no aprueba su profesión; debuta el 24 de mayo con el retorno de Trinidad Guevara luego de tener a su hijo Dolveo. En el Argentino, Antonio González integra otra compañía con su hijo adoptivo porteño Telémaco, de 14 años, Juan Villarino, Hilarión Uriarte, Josefa Funes y Álvara García. En agosto, el ejército de Lavalle se acerca a Buenos Aires; en septiembre, luego de haber llegado hasta Merlo, Lavalle se retira y se dirige a tomar la ciudad de Santa Fe. En los teatros, sólo se registran 2 funciones ese mes en cada sala y el Victoria se cierra por ese año; la mayor parte del elenco va a trabajar a Montevideo. En octubre, por el tratado firmado con los franceses se levanta el bloqueo; no se registran ese mes funciones, que se reanudan en noviembre en el Argentino. Rosas queda reelecto gobernador por cinco años. El 22 de octubre muere el actor Antonio González; su hija Emilia, una niña, dedica en noviembre su debut a Manuelita Rosas; también se

inicia ese año Benito Giménez, “hombre de color”, que cosechará muchos elogios. En el Jardín del Retiro continúan las funciones circenses. En 1840 se registran 51 funciones en el Argentino y 37 en el Victoria, en total 88. Se repone la obra local *Las dos tocayas* y *Guatimocin* del colombiano Fernández Madrid.

Casacuberta recibe una propuesta de trabajo desde Córdoba y viaja con su esposa Manuela, sus pequeños hijos Juan Aurelio y Cristina, su anciana madre (que muere en el viaje), el actor Máximo Jiménez y otros. La compañía se completa con actores aficionados y músicos locales, iniciando la temporada cordobesa el 19 de abril. Casacuberta y su elenco apoyan con entusiasmo la revolución unitaria del 11 de octubre y la llegada de Lamadrid a Córdoba al frente de las tropas, pero después de la derrota de Lavalle en Quebracho Herrado el 28 de noviembre, la situación se revierte y la última función del teatro se hace el 6 de diciembre. Casacuberta se incorpora al ejército unitario, su esposa Manuela vuelve con los niños a Buenos Aires y en julio de 1841 reaparece en el Coliseo. Casacuberta, después de la derrota de Rodeo del Medio en Mendoza, en septiembre de 1841, cruza la cordillera con los vencidos para refugiarse en Chile. En Santiago reciben ayuda de la Comisión Argentina en la que está Sarmiento, que ejerce la crítica teatral. Casacuberta se reencuentra con Máximo Jiménez, quien ha llegado desde Córdoba, y con Hilarión Moreno y Dominguita Montes de Oca, que actúan allí desde hace tres años. Después de presentarse en Santiago hace giras por varias ciudades; entre 1845 y 1846 trabaja en Perú, se queda a residir en Tacna, donde se casa nuevamente en 1847 con una dama de la sociedad y tiene otra hija –su esposa Manuela Funes muere en 1846–; en 1849 vuelve solo a Santiago y al escenario. Debuta con la compañía de Moreno el 3 de junio y muere el 5 de septiembre, después de una función; es despedido con grandes homenajes. Máximo Jiménez aparece actuando en 1846 en Lima y en 1848 en La Habana.

1841: En el Argentino se hacen funciones solo en enero y febrero.

A partir de abril se reabre el Victoria, con los actores que regresan de Montevideo. En el teatro se festejan las acciones favorables de la guerra, los aniversarios del advenimiento al poder del federalismo y la muerte de Lavalle, el 3 de noviembre. En la compañía están Pascual Ruiz y Joaquín Culebras que comparten la dirección escénica, Trinidad Guevara, María de la Paz González, Manuela Funes, Telémaco González, Benito Giménez, Felipe David, entre otros. El Circo Olímpico en el Jardín del Retiro continúa con nuevos números y nuevos artistas. En 1841 se registran 9 funciones en el Argentino y 108 en el Victoria, un total de 117; se repone *Aristodemo* de Cabrera Nevares.

1842: En el Victoria se hacen funciones desde enero y el Argentino se reabre en mayo. Para festejar el aniversario del gobierno de Rosas, el 13 de abril se hace una gran función de aficionados en el Victoria, con la colaboración de Trinidad Guevara y Manuela Funes. Otros sucesos de la guerra tienen repercusión en el teatro; en noviembre se hace un “gran baile federal” en el Victoria y luego la sala permanece cerrada hasta el 22 de diciembre, cuando se festeja la derrota de Rivera en Arroyo Grande. En 1842 se registran 76 funciones en el Victoria, con 2 de aficionados, y 49 en el Argentino, un total de 125. Se repone *Las dos tocayas* de Wilde. El elenco es similar al del año anterior.

En el Jardín del Retiro se agrega en 1842 un “nuevo teatro” y pasa a llamarse “Teatro del Retiro o sea Circo Olímpico”. En la pista y el escenario se presentan para fin de fiesta escenas, sainetes y pantomimas; luego se anuncia una “primera parte” con pruebas y una “segunda parte” con teatro, anticipando el circo criollo de la última década del siglo XIX. En el elenco, que presenta dramas, comedias y sainetes, habría aficionados y algunos profesionales como el primer actor Benito Giménez. Y en el teatro Mecánico se presentan pruebas circenses.

1843: Desde enero trabajan los teatros Victoria, Argentino y del Retiro, éste último con el Circo Olímpico y sus funciones de circo-teatro. El *British Packet* comenta que el 22 de enero pagaron entradas

2.000 personas para el Circo Olímpico, en la función que incluyó la tragedia *Romeo y Julieta*, con la actuación del prestigioso actor Benito Giménez. Algunos actores vienen de Montevideo, donde en febrero el teatro se cierra y se convierte en cuartel de los franceses para defender la ciudad, amenazada después de la derrota de Rivera. Al elenco del Argentino se incorpora Eulogio Zemborain y al Victoria se suman Vicente Molina y los hermanos Guillermina y Enrique Priggioni. En noviembre el empresario abandona y cierra la sala, hasta que los actores forman una Sociedad Dramática encabezada y dirigida por Culebras, y la reabren a fines de mes, con comedias y sainetes. En el Argentino, bajo la dirección de Pascual Ruiz, continúa el repertorio clásico, con Trinidad Guevara, Josefa Funes, Felipe David, Telémaco González, Eulogio Zemborain, entre otros, y en ocasiones Benito Giménez. En 1843 se registran 58 funciones en el Victoria, 54 en el Argentino y 28 en el Circo Olímpico; en total 140. Se reponen *Las dos tocayas* de Wilde y *Las bodas de Chivico y Pancha*.

1844: A partir de enero siguen en actividad los teatros Argentino, Victoria y del Retiro, este con el Circo Olímpico. En marzo, una nueva empresa, la Sociedad de Argentinos Federales, se hace cargo de las dos salas tradicionales y dirige un “Manifiesto al Público”, exponiendo la importancia de la actividad teatral, la admiración de que los teatros se conserven “tales como se hallan en medio de tantos contrastes”, y el hecho que “las naciones más poderosas han protegido en todos tiempos las exhibiciones dramáticas”. Se comprometen a “conservar y proteger a todo trance a los actores con que actualmente cuenta”, así como a contratar nuevos artistas. Entre otros, viene Matilde Diez de Montevideo con dos de sus hijos y Salvador Camps de Río de Janeiro, quien reemplaza a Culebras en la dirección escénica. A partir de 1845, no hay más noticias de actuación del español Joaquín Culebras, quien trabajó 30 años en Buenos Aires desde 1814; muere pobre y olvidado en 1875. En diciembre varios niños hijos de actores presentan bailes en un intermedio

del Victoria: Eloísa y Benjamín Quijano, hijos de Matilde Diez; el hijo de Manuela Funes, Juan Casacuberta; y Emilia González, hija de Josefa Funes. En octubre se abre el Teatro del Buen Orden, una salita en la actual calle Rivadavia 1.029/33; encabeza el elenco Eulogio Zemborain. En 1844 se registran 29 funciones en el Argentino, 95 en el Victoria, 10 en el Buen Orden; en total 134. No se registran las del Teatro del Retiro. Las obras locales, no halladas, son dos estrenos: *Hernando o El doncel de Bañares*, drama romántico en 4 actos inspirado en la historia de España del Tte. Cnel. Nicasio Biedma, empresario del Teatro del Buen Orden, y *El ermitaño* de Burriach, drama de Jaime Roldós, joven español residente. Se repone *Las bodas de Chivico y Pancha*. Un espectáculo con figuras móviles de tamaño natural se ofrece en el Gabinete Mecánico de Maipú 19.

1845: Se produce la intervención anglo-francesa que en agosto apresa la escuadrilla argentina al mando de Brown en Montevideo, toma la isla Martín García y declara el bloqueo del litoral; en septiembre ocupa parte del río Uruguay y en noviembre hace una expedición al río Paraná. El 20 de ese mes en la batalla de la Vuelta de Obligado, después de ocho horas de resistencia, la defensa argentina de tres cadenas cruzando el río y cuatro baterías, es destruida por las escuadras combinadas anglo-francesas con 11 buques de combate. Esta resistencia repercute en América porque es un desafío “a las potestades del mundo” y San Martín escribe a Rosas ofreciendo sus servicios contra la agresión de Inglaterra y Francia. Desde principios de año trabajan las salas del Victoria, del Retiro y del Buen Orden. A fines de enero se cierra esta última y la misma empresa abre en abril otra pequeña sala, el Teatro de la Federación, con un elenco bajo la dirección del actor Juan Cordero y se ofrece una noche por semana para obras de las colectividades inglesa, norteamericana y alemana. Para julio, la empresa del Victoria aumenta la compañía dramática y se forma otro elenco para el Argentino, con los dos directores puestos de acuerdo. En el Teatro del Retiro continúan las

funciones del Circo Olímpico, con pruebas y obras de teatro; luego la compañía se separa y se abre el Volatín de la Alameda, en el nuevo paseo, con el mismo tipo de espectáculos. En 1845 se registran 80 funciones en el Victoria, 28 en el Argentino, 3 en el Buen Orden, 17 en el Federación, 15 en el Retiro y 4 en el Volatín de la Alameda; en total 143. Se advierte que los registros no están completos. Las obras nacionales estrenadas son: *Si algo valgo el público lo dirá* y *Todo por la patria* de Nicasio Biedma, inspirado en la historia de España; *Juan de Borgoña* o *Un traidor a la patria*, drama en 4 actos, *Un marido de quince años* o *El artículo 6*, sainete, y la *Oda al 9 de Julio*, las tres de Alberto Larroque; *El pordiosero del valle de Santa María*, drama histórico de Jaime Roldós; se repone del mismo autor *El ermitaño de Burriach* y *Guatimocin* del colombiano Fernández Madrid. Las únicas obras halladas, aunque no publicadas, son las de Alberto Larroque, joven francés que llega a Montevideo en 1841 y luego reside en Buenos Aires; Juan de Borgoña sitúa la acción en el siglo XV en Francia; en el final, el nuevo rey proclama: “La ambición extranjera se estrellará contra la columna de nuestro patriotismo” entre otras frases de gran actualidad. El sainete *Un marido de 15 años* transcurre también en Francia en la época de Richelieu.

1846: Continúan en actividad los teatros Victoria y Argentino con obras teatrales, del Retiro y de la Alameda con teatro-circo, de la Federación ahora con *music-hall* y pruebas circenses. Desde fines de 1845 se hace cargo del teatro Victoria una Comisión Dramática del Estado para solventar su déficit y el jefe de Policía paga los sueldos de los actores en enero de 1846; están Pascual Ruiz, primer actor y director, Trinidad Guevara y Álvaro García, entre otros. Manuela Funes, de 26 años, que estaba desde 1844 gravemente enferma, muere este año y en enero de 1847 se hace en el Victoria un beneficio para sus hijos, Juan y Cristina Casacuberta, de 11 y 10 años, que quedan a cargo de Josefa Funes. En 1846 también muere Matilde Diez en Montevideo, a los 39 años. En 1846 se registran 76 funciones en el Victoria, 11 en el Argentino, 17 en

el Circo Olímpico, 22 en el Volatín de la Alameda y 2 en la Federación; en total 128. Se reponen el anónimo *Las bodas de Chivico y Pancha* y *Siripo* y *Yara* de Lavardén.

1847: El bloqueo británico se levanta el 15 de julio de 1847; Francia sigue la intervención hasta junio de 1848, pero los buques de guerra ingleses y franceses continúan presentes. El gobierno sigue cubriendo los déficit del teatro Victoria. La empresa del Argentino reabre en mayo con una compañía de “partes”, en cooperativa, encabezada por Telémaco González, con Guillermina Priggioni de Molina y Vicente Molina. Escasean los artistas, ya que muchas grandes figuras han desaparecido; en 1847 muere a los 50 años Felipe David, después de 34 años en escena, y no surgen figuras nuevas. La jovencita Ignacia González, de 14 años, entra al elenco del Victoria y el brasileño Salvador Camps actúa esporádicamente en Buenos Aires. Los resultados económicos no son favorables y el Teatro de la Federación se ha cerrado. En 1847 se registran 84 funciones en el Victoria con 3 de aficionados, 32 en el Argentino, 17 en el Circo Olímpico; en total 133. El estreno local es *Manfredo de Suavia* o *El último de los reyes suavos en Italia* de Carlos Zee, no hallado. Se repone *El ermitaño de Burriach* de Jaime Roldós, que interpreta al protagonista como aficionado.

1848: José Olaguer y Feliú, empresario del Argentino, alquila el teatro Victoria, mantenido dos años por el Estado, para trabajar en las dos salas. El Victoria ofrece funciones desde enero y el Argentino reabre en abril. Trinidad Guevara, su hija Laurentina, debutante de 16 años, y Guillermina Molina, trabajan a partir de marzo por unos tres meses con Fernando Quijano en Montevideo; para el 25 de mayo Trinidad actúa con su hija en la obra estrenada en 1845, *Una víctima de Rosas* del poeta montevidiano Xavier de Acha y en julio retornan a Buenos Aires. En agosto Trinidad reaparece sin problemas en el Victoria, con Laurentina. Hacia septiembre llega de Montevideo para presentarse en el Argentino, Fernando Quijano con su familia y su reciente segunda esposa, Justina

Villagrán, actriz debutante de 14 años. Quijano ha trabajado largamente en el teatro de Montevideo; activo en política, estrena obras de los unitarios emigrados, alcanza el grado de teniente coronel y funda periódicos de combate antirrosistas como *El Guerrillero* con José Mármol. Dirige allí la Sociedad Lírica Dramática de Aficionados y su traslado al teatro porteño como director tendría buenas razones, como trabajar con un elenco profesional y gestionar la sucesión de su fallecida esposa Matilde Diez, para sus cuatro hijos. Una atracción para el público son los niños en escena y así participan con cantos y bailes Eloísa y Benjamín Quijano, Cristina y Juan Casacuberta. También llega el coronel Pedro Lacasa, ex secretario de Lavalle, ex apuntador de Casacuberta en sus giras, quien viene de Chile y se convierte en empresario del Argentino, donde actuará Quijano. Ambos trabajan sin ningún problema por sus anteriores actividades opuestas a Rosas, quien ha declarado una amnistía y ha enviado emisarios llamando a los emigrados, ofreciendo garantías para su regreso. En esos momentos Rosas es muy popular y su conflicto con Francia e Inglaterra en defensa de la soberanía argentina le crea simpatías en Latinoamérica y Europa. Lacasa es uno de los que apoyan su actitud y organiza en el teatro “funciones populares federales”. En 1848 se registran 65 funciones en el Victoria y 44 en el Argentino; en total 109. Se ofrecen funciones líricas y conciertos por artistas italianos y un empresario italiano organiza óperas en el Victoria con sus compatriotas y aficionados criollos; desde 1829 no se representaban óperas completas. El arte circense se presenta en el Victoria y en el Circo New York.

1849: Los dos teatros comienzan sus actividades en enero, con el Victoria casi exclusivamente dedicado a la ópera y el Argentino, al drama; en mayo se instala un teatro de títeres en la calle Victoria 79. El éxito de la ópera hace que se contraten nuevos cantantes y se soliciten aficionados para los coros. *El Diario de la Tarde* señala que en la ciudad hay un público “anhelante de goces” y capaz de afrontar “costosas entradas”. Sin embargo, el gusto por el arte lírico no es tan exclusivo; según un viajero,

“los motivos de las óperas más gustadas se popularizan, y no es raro oírlos tararear por el mulato o el negro que cargando un fardo o encaminándose a su trabajo, pasan a vuestro lado en la calle”. Una compañía de ballets norteamericana se presenta en el Victoria y el Argentino en los intermedios; es un espectáculo circense con pantomimas, danzas y cuadros plásticos, pero el anuncio de “ballets” otorga mayor prestigio. En el Circo Olímpico actúan una compañía peruana y otros artistas. En 1849 se registran 94 funciones en el Victoria y 49 en el Argentino; en total 143. No hay obras locales.

En Santiago de Chile, el 5 de septiembre, muere Juan Casacuberta. Mientras el teatro dramático parece perder posiciones, se forma una compañía encabezada por Trinidad Guevara y Pascual Ruiz para actuar en Córdoba, donde el gobernador López manda edificar un coliseo que comienza desde 1848 con aficionados. La temporada de Trinidad se realiza entre abril y septiembre de 1849, con una compañía donde figuran tres hijos de Trinidad, aficionados y orquesta; ofrecen 28 funciones con llenos. Al finalizar, Trinidad y su familia se dirigen a Chile; reaparece en 1853 en Mendoza y en 1856 vuelve a Buenos Aires, donde se le hace un beneficio; muere olvidada en 1873.

1850: Hacia fines de 1849, los malos resultados económicos del Argentino hacen que la empresa no pague más sueldos a los actores, que deben trabajar “a la parte”. Entonces se forma un elenco para hacer gira por el litoral, organizado por Benito Giménez y Joaquín Argüelles, que actúa en Santa Fe y Paraná; más tarde Giménez vuelve a Santa Fe y Argüelles se dirige a Gualeguaychú, para asociarse con un grupo de aficionados. Trabaja entre noviembre de 1850 y enero de 1851; en una modalidad difundida por la crisis teatral, se presentan compañías de aficionados encabezadas por actores profesionales. Argüelles y Francisca Butter, su esposa argentina, continúan en gira por pequeñas ciudades con sus hijos. A principios de 1850 otro grupo de actores parte para una gira en Córdoba: Telémaco González, su madre Josefa Funes, su

hermanastra Emilia y sus sobrinos Cristina y Juan Casacuberta (hijo). Pero no llegan a destino, porque según la narración de Telémaco, son atacados por “indios salvajes”, de los que escapa con “lo puesto” para volver a Buenos Aires, quedando cautivas su madre y el resto de la familia, quienes regresan meses más tarde. En febrero del año siguiente se hace un beneficio en que colaboran todos los artistas, incluso los de ópera, para auxiliarlos “después de su desgraciado viaje”.

En Buenos Aires, el 24 de enero de 1850 se festeja el tratado de paz con Gran Bretaña y el 8 de febrero se celebra una función patriótica en el Argentino. Desde enero el Victoria y el Argentino, presentan ópera y drama; pero desde abril prácticamente sólo son óperas porque el empresario alquila los dos teatros. La actividad dramática se reanuda en julio en el Argentino con Pedro Lacasa como subarrendatario, con funciones para el aniversario de la Independencia. El *Diario de Avisos* elogia a los actores Ignacia González, Álvira García, Fernando Quijano y Juan Cordero, pero en septiembre critica la pobreza de las presentaciones en contraste con los lujos de la ópera. Al elenco se suman Pascual Ruiz, Benito Giménez y su esposa Petrona de Giménez, que vuelven de Santa Fe, lo que no basta para revertir la situación. En 1850 se registran 90 funciones en el Victoria y 36 en el Argentino; Klein registra 30 funciones más en ese último, en total 156. Se estrena un sainete de Fernando Quijano, *Un paseo a San Fernando*, no hallado, y se repone *Las bodas de Chivico y Pancha*.

1851: Una compañía circense italiana se presenta en enero en el Teatro del Retiro, completando el programa con sainetes como *Los dos sargentos* y otros; luego pasan a un Circo Olímpico junto al Puente Barracas.

Los dos teatros trabajan desde enero con distinta suerte: en el Victoria se presentan óperas con la famosa soprano Ida Edelvira y asiste una gran concurrencia, mientras en el Argentino la compañía dramática debe suspender la temporada por falta de público y sólo hace funciones

de beneficio. *El Diario de Avisos*, “dolido de la suerte de 50 familias que viven del Teatro Argentino”, pide “que nuestros compatriotas no abandonen a los artistas nacionales” y que no reserven toda su generosidad para los italianos. Asegura que si Álvira García, Ruiz, Quijano, Benito Giménez fueran a Chile, Perú u otros países de América, serían apreciados dignamente. Y en una especie de premonición afirma que si “se dispersa la compañía dramática, será ya difícil por no decir imposible, reorganizarla”. En abril, para el inicio de la temporada, el Argentino reabre con reformas en la sala, la iluminación y los decorados, pero el abono de la compañía dramática no logra mayor éxito, pese a las incitaciones de la prensa. Desde ese mes se intercalan funciones de la compañía circense francesa de Eugenio Hénault; presentan pruebas, pantomimas, arlequinadas y cuadros vivos, que tienen numerosa concurrencia. Luego hacen gira por los barrios, Puente Barracas, la Plaza del Parque y el Teatro del Retiro. Esta familia y sus descendientes tendrán larga actuación en nuestro medio.

Los contrapuntos payadorescos circulan con las tropas de carretas y se detienen en las plazas y mercados del suburbio; “en esos ambientes aparece en primer plano la figura del payador”, dice Marcelino Román.

El 13 de mayo Urquiza hace público su pronunciamiento contra Rosas; asume las relaciones exteriores de Entre Ríos y el Ejército de Operaciones de la Confederación dirigido por Urquiza pasa a ser de un estado independiente. En Buenos Aires la actitud de Urquiza, que indigna a los federales, repercute de inmediato en el teatro; se hacen funciones extraordinarias para el aniversario del gobierno, las fiestas patrias, y se interpretan obras adaptadas a la situación. A pesar del clima de agitación política, la prensa se ocupa de las actrices y se les dedican grandes elogios en verso. Un contraste: en 1851 fallece a los 17 años Justina Villagrán, la esposa de Fernando Quijano.

El 18 de agosto Rosas declara la guerra a Brasil, por los agravios recibidos y la reciente violación del río Paraná por buques brasileños;

ordena el reclutamiento general y se producen manifestaciones de apoyo en las calles. Al día siguiente se estrena un “apropósito dramático” de Pedro Lacasa, *El entierro de Urquiza*. Desde fines de septiembre los empresarios Pestalardo y Lacasa se retiran del Argentino y solo se hacen unas pocas funciones dramáticas, mientras las óperas continúan en el Victoria hasta fines de noviembre. El 21 de noviembre se firma en Montevideo una alianza de las provincias de Entre Ríos y Corrientes, la República Oriental y el Brasil, para la guerra contra “el actual gobierno de la Confederación Argentina”. En Buenos Aires, el empresario Pestalardo traslada a Montevideo en diciembre la compañía lírica, y un grupo de actores del Argentino acuerda ir a trabajar a Montevideo. En 1851 se registran 68 funciones en el Argentino y 82 en el Victoria; en total 150. Los estrenos locales son el apropiósito *El entierro de Urquiza* de Lacasa y la alegoría *Virtud y valor premiados* de Miguel García Fernández (padre).

1852: En el Argentino sólo hay 3 funciones en enero. El 3 de febrero se enfrentan en Caseros las fuerzas de la Confederación con el Ejército Aliado Libertador de Entre Ríos, Corrientes, República Oriental y Brasil; Urquiza es el vencedor. Rosas renuncia y pide asilo en la legación inglesa, viviendo hasta su muerte en 1877, en Gran Bretaña. En Caseros muere Claudio Mamerto Cuenca, médico que atiende a los soldados federales, poeta y dramaturgo. De su obra se rescata la comedia de 5 actos en verso *Don Tadeo* de 1837, publicada en 1861, y se conservan fragmentos de una tragedia de 1850, *Muza*, cuyo tema oriental es usado como metáfora antirrosista.

Justo José de Urquiza entra a la ciudad de Buenos Aires el 20 de febrero de 1852, y es designado Director Provisorio de la Confederación Argentina. Después de la entrada de Urquiza, la Compañía Dramática Nacional anuncia en el Argentino “funciones patrióticas” en homenaje al “Grande Ejército Aliado de Sud-América”. Pero Urquiza prefiere asistir al teatro Victoria, donde ha debutado una compañía lírica

francesa que viene de Montevideo. En el Argentino se presenta la obra de José Mármol, *El poeta*, estrenada en Montevideo en 1842, en el exilio de su autor, pero los actores no obtienen mayor repercusión.

El gusto del público se orienta a lo espectacular, prefiriendo la ópera o el circo al teatro dramático; más allá de las opciones locales, algo similar ocurre en Latinoamérica, y en Europa y Estados Unidos también es “la gran época del circo”. Otras teatralidades populares, como los candombes de las naciones negras y los contrapuntos payadorescos, también han sido apoyadas por el gobierno federal, y tendrán influencia más tarde en la cultura nacional. El cambio político coincidirá con cambios teatrales. Según Castagnino, “al menos, en la época de Rosas, hay empresas, actores y organización de criollos; la actualidad social y política encuentra reflejo en el teatro”; después se inicia “una larga era en la que empresas, actores, repertorios y empleados de los teatros de Buenos Aires, serán extranjeros”.

EL TEATRO DEL EXILIO

Los emigrados producen obras teatrales fuera del país. En Montevideo en 1839, Juan Bautista Alberdi escribe la “crónica dramática” *La Revolución de Mayo*, incluida en este tomo. Bartolomé Mitre, joven de 19 años luego general y presidente argentino, estrena en 1840 en Montevideo el drama en cinco actos en prosa y verso, *Las cuatro épocas*, sobre la historia patria con aspectos autobiográficos; quedan también fragmentos de su drama inédito de 1840, *Policarpa Salavarrieta*, sobre la heroína de la independencia colombiana que muere en 1817. José Mármol estrena en 1842 en Montevideo dos dramas en verso en cinco actos, *El poeta* y *El cruzado*, el primero de ellos elegido en este tomo. En Valparaíso, en 1841 se publica la sátira de Alberdi *El gigante Amapolas*, seleccionada para esta publicación.

Pedro Echagüe, porteño voluntario en el ejército de Lavalle, que

vive emigrado en Bolivia, Chile y Perú, escribe varias obras, algunas estrenadas en Chile y luego en San Juan desde 1861 donde se radica, como la comedia *De mal en peor*, que será publicada en el próximo tomo. Gabriel Real de Azúa, argentino residente en Chile, donde hace fortuna en la minería, estrena y publica en 1836 en Santiago su comedia *Los aspirantes*, elogiada por Andrés Bello; en 1840 publica en París un tomo de comedias. Enrique Rodríguez, cordobés exiliado en Copiapó estrena allí varias piezas; es gobernador de Córdoba en 1874/77. Domingo Faustino Sarmiento, más tarde general y presidente, hace crítica teatral en Santiago de Chile a partir de 1841, apoya a Casacuberta y en 1849 lo despide a su muerte con exaltada admiración.

OBRAS DE LOS EMIGRADOS 1839-1842

Las piezas han sido seleccionadas por su interés para ser puestas en escena, con los textos originales, o con adaptaciones o nuevas versiones. Son dos obras en prosa de Alberdi –la crónica dramática y la petit-pieza satírica–, y una en verso de Mármol –el drama romántico–, todas con el tema de la libertad como principal motivación.

LA REVOLUCIÓN DE MAYO

La “crónica dramática” de 1839 *La Revolución de Mayo* del tucumano Juan Bautista Alberdi, consta de las partes segunda y tercera, *El 24, o la conspiración* y *El 25, o la Revolución*. Originalmente es un proyecto en cuatro partes, con una primera sobre la colonia *La opresión*, y una cuarta *La restauración*, que no llega a escribir. El material existente, una viva pintura de los sucesos, es valioso y merece recuperarse. Alberdi aclara que es “crónica” porque tiene realidad histórica, basada en actas y memorias, y “dramática” porque tiene fantasía tomada de la tradición

popular. Su fin es “difundir en las nuevas generaciones y en el común de las gentes el conocimiento de nuestra Revolución”, porque considera “que Mayo es más bien una profecía que una conquista”, y “que la libertad es hasta hoy una promesa, la igualdad una esperanza, la nacionalidad un deseo”. Está dedicada en Montevideo a los patriotas brasileños, los republicanos del Río-Grande, “para que tengáis un espejo en que miraros”. Apenas escrita, la obra es publicada; se trata de un teatro político que exalta la Revolución y la libertad.

Juan Bautista Alberdi (Tucumán 1810-París, Francia 1884), viene a los 13 años a Buenos Aires y viaja en 1838 a Montevideo; luego permanece 10 años en Chile. Después vuelve a la Argentina y en 1855 viaja a Europa en misión diplomática; en 1862, destituido de su cargo, se queda en París por el resto de su vida, y se define como “el ausente que nunca salió de su país”. Su obra como filósofo, constitucionalista, escritor, es original y superior en volumen a la de todos sus contemporáneos, excepto Sarmiento. Su prosa –nunca escribió en verso– es despojada y precisa, incisiva y poética. Si bien Alberdi pertenece a la generación romántica, según Jorge Cruz sus ideas y su teatro no tienen rasgos del romanticismo; lo individual desaparece en beneficio de lo colectivo, y considera el teatro como un instrumento para influir sobre los pueblos. En sus dos obras, se reflejan aspectos de su personalidad: el pensador en *La Revolución de Mayo*, y el articulista mordaz en *El gigante Amapolas*.

EL GIGANTE AMAPOLAS

La petit-pieza en un acto *El gigante Amapolas y sus formidables enemigos o Fastos dramáticos de una guerra memorable* es una incisiva sátira de Juan Bautista Alberdi escrita en Valparaíso en 1841, que se publica inmediatamente. Es una burla de Rosas, gigante ficticio con el nombre de otra flor, y también de los ejércitos unitarios, con los personajes del capitán Mosquito, el teniente Guitarra y el mayor Mentirola, quienes se

retiran por temor al gigante, como lo hiciera Lavalle a las puertas de Buenos Aires. Dedicó esta obra a los presidentes y generales Rivera, Bulnes y Ballivián, de Uruguay, Chile y Bolivia, “para que conozcan el escollo y se abstengan de caer en él”.

Esta eficaz sátira política sube a escena por primera vez en 1945 en el Apolo por Tinglado Libre Teatro, dirigida por Aurelio Ferretti con Onofre Lovero, y se repone en numerosas oportunidades. Se ha presentado en distintos contextos históricos con diferentes significados, en salas de teatro independiente, en teatro callejero, en Buenos Aires y en provincias. Y Alberdi deja su pensamiento en la frase final: “¡Compañeros! La patria ha sido libertada, sin que hayan intervenido libertadores: ¡salud a las revoluciones anónimas, ellas son los verdaderos triunfos de la libertad!”.

EL POETA

El 20 de agosto de 1842 se estrena en el Teatro Nacional de Montevideo el drama en 5 actos en verso *El poeta* de José Mármol, publicado ese mismo año y más tarde en París en un tomo de *Obras poéticas y dramáticas*. Mármol, de 24 años, ya había obtenido gran éxito un año antes en el certamen poético del 25 de mayo de 1841 y esta obra se anuncia como “primer ensayo original de una obra dramática de un joven americano”.

José Mármol (Buenos Aires 1817-1871), comienza como poeta en 1839 y en 1840 se exilia en Montevideo. Allí hace periodismo político y estrena en 1842 en Montevideo dos dramas en verso en 5 actos, *El poeta* y *El cruzado*, obras del romanticismo sobre amores que terminan con la muerte. Entre 1843 y 1846 vive en Río de Janeiro, y un frustrado viaje en barco en 1844 hacia Chile, del que vuelve después de 70 días por las tormentas en el Cabo de Hornos, inspira los versos de *Los cantos*

del peregrino de 1846; en Montevideo escribe en 1851 su novela *Amalia*, primero publicada como folletín, que es parte de su campaña política de emigrado. Inicia la compilación de sus obras en 1854, ya de vuelta en Buenos Aires, pero se dedica a desempeñar cargos públicos, como senador, diputado, ministro plenipotenciario, y abandona la literatura.

Se ha seleccionado *El poeta*, de interés por su aire contemporáneo, su calidad teatral que alterna drama y comedia, y sus interesantes marcas costumbristas. Tiene un definido estilo romántico, escrito en versos de diferentes medidas, seis, ocho, once, doce sílabas, y puede considerarse que anticipa la obra teatral del poeta Martín Coronado, de quien se publicará una pieza muy interesante de 1877.

El autor expone sus opiniones sobre teatro a través de Carlos, el protagonista de *El poeta*, y dice: “Me fastidia... desearía / ver siempre sobre la escena / algo nuestro... americano... / Mas hallo con impaciencia / siempre la Europa y sus reyes, / como una caduca vieja / incomodando a una niña”. También cuando el personaje de Elisa le propone con ironía escribir “un drama de los que asustan / con su bullicio y sus muertes” y decir que lo ha escrito un francés para que el triunfo sea cierto, “porque es ya tanta la suma / de desatinos franceses, / que uno más no hará ninguna / impresión entre nosotros”. Carlos afirma que no puede complacerla, y que tampoco le atrae el drama histórico, porque después de 30 años de vida nacional, “muchos dramas se podrían / componer, pero la astucia, / la imaginación, el genio, / se quedan sin fuerza alguna, / al ver que en un mar de sangre / se habrá de mojar la pluma, / al ver que quizá ofenda / a alguna entraña insepulta, / que se agita entre las olas / de ese mar de desventuras”. Pese al final trágico, queda la visión idealista del protagonista y su esperanza en un futuro mejor: “La América grande y bella / sobre su trono sentada, / extenderá fuerte diestra / para alzar la juventud”. *El poeta* ha tenido reposiciones; ya hemos mencionado la de 1852, y en 1928, el 30 de octubre se

anuncia en el Cervantes por el Teatro Experimental del Conservatorio Nacional de Música y Arte Escénico, dirigida por Antonio Cunill Cabanellas, con sus alumnos de arte dramático.

En este período, las pasiones políticas repercuten en la escena argentina, lo mismo que sucede en otros países latinoamericanos. Es una época de turbulencias, luchas civiles, invasiones extranjeras. En Buenos Aires, la continuidad de la actividad teatral con las compañías de actrices y actores criollos contrasta con la escasez de dramaturgos y además hay gran cantidad de piezas perdidas. Entre las que se conservan, escritas en el exilio, podemos apreciar la riqueza del patrimonio teatral de nuestro país.

Beatriz Seibel

BIBLIOGRAFÍA:

- BISCHOFF, Efraín U., *Tres siglos de teatro en Córdoba 1600-1900*, Universidad Nacional de Córdoba, 1961.
- CASTAGNINO, Raúl H., *El teatro en Buenos Aires durante la época de Rosas*, Instituto Nacional de Estudios de Teatro, Buenos Aires, 1944.
- COCCA, Aldo Armando: *El teatro de Juan Bautista Alberdi*, Talía, Buenos Aires, 1960.
- CRUZ, Jorge, *Teatro romántico argentino*, ECA, Ediciones Culturales Argentinas, Buenos Aires, 1972.
- KLEIN, Teodoro, *El actor en el Río de la Plata II. De Casacuberta a los Podestá.*, Asociación Argentina de Actores, Buenos Aires, 1994.
- ROSENTHAL, Mauricio, *Sarmiento y el teatro*, Kraft, Buenos Aires, 1967.
- SEIBEL, Beatriz, *Historia del teatro argentino*, Corregidor, Buenos Aires, 2002.

La Revolución de Mayo

Juan Bautista Alberdi

> **la revolución de mayo**

Crónica dramática en cuatro partes

A SABER

Primera: La Opresión (no escrita)

Segunda: El 24, o la Conspiración

Tercera: El 25, o la Revolución

Cuarta: La Restauración (no escrita)

SEGUNDA PARTE

EL 24, O LA CONSPIRACION

SALA DE PEÑA. UN SOFÁ, UNA MESA CON LUCES Y LICORES. DE NOCHE.

ESCENA PRIMERA

Vieites, Chiclana, Paso, Larrea, Belgrano, Beruti, Peña; sentados en desorden, silenciosos, tristes; se oyen fuera música y vivas a Fernando VII, a Cisneros, a la nueva Junta.

VIEITES: Mis amigos: basta de humillación. Tres siglos de servidumbre son alguna cosa. La insolencia de estos hombres ha tocado al escándalo. Se proponen sin duda burlarse de nuestro sufrimiento, o se persuaden que nosotros no tenemos ojos, que somos unos necios de quienes es posible disponer como de muebles. ¡Oh! esto es sufrir ya demasiado, y es menester tomar ya un partido final. Y pronto mis

amigos, esta noche si posible es, esta misma noche es menester que quede escrita la sentencia de tamaña insolencia. ¡Hermoso resultado a la verdad de tantos sacrificios y tantos afanes! ¡merecía sin duda los desvelos de quinientas noches!

CHICLANA: La conducta del Cabildo es misteriosa sin duda, y es dificultoso persuadirse de que sea sincera.

PASO: Bien abierta y bien comprensible es, al contrario.

CHICLANA: Porque habiendo declarado que el Congreso del 22 había pedido en nombre del pueblo, la remoción total de Cisneros, hoy sin embargo le coloca a la cabeza de la nueva Junta, y lo que es más raro, en nombre de la misma salud pública y del respeto que es debido a la autoridad legítima. ¡A la *autoridad legítima!* ¡como si hubiese más autoridad legítima que la que emana del pueblo y gobierna en nombre suyo!

PASO: ¡Sofisma! ¡intriga! ¡traición! Y nada más: obra toda de los españoles y del tirano que gobierna hoy como antes de la creación de la Junta. ¿Qué había pedido el pueblo, primero por unos pocos ciudadanos de su seno, después por un Congreso, últimamente él mismo? La caída del Virrey tirano. ¡Del Virrey! No sólo del Virreinato, del tirano solo de la tiranía, de Cisneros en una palabra. Y bien ¿qué ha hecho el Cabildo? Una escaramuza, una intriga de parlamento: ha sofocado la voluntad de los primeros órganos, del Congreso del pueblo, ha ingerido contra el voto manifiesto del país a Cisneros en el mando; es decir al Virrey, al Tirano, que, con el nombre hipócrita de Presidente es tan Virrey, tan Tirano como antes.

LARREA: Sin embargo, él sólo tiene un voto, y la junta se compone de cinco.

PASO: ¡De cinco! De cinco que tal vez no son sino uno. ¿Nos olvidamos acaso de que los votos de Inchaurregui y Sola, pertenecen al Virrey? (porque hasta en la elección de hombres medrosos se ha puesto esmero). ¿No conocemos la cordura de Saavedra? ¿Y el mismo Castelli, brillante y móvil como su elocuencia sería capaz de una larga y tenaz resistencia? Nada ha cambiado, señores, más que un nombre: la tiranía es la misma, el tirano es el mismo. Los conflictos siguen, y los peligros de la Patria son hoy tanto más terribles cuanto que existe la apariencia de que ella ha obtenido una victoria. Entretanto las intenciones del pueblo habían sido de salvarse por un cambio, no de nombres, sino de principios y por tanto de personas. Las personas no son insignificantes en las revoluciones del mundo: ellas son otras tantas encarnaciones definitivas de los principios, y no hay más medio en ciertas ocasiones de abolir un principio, que aboliendo una persona. Se ha aparentado complacer al pueblo, y en realidad no se ha hecho más que una tramoya. El pueblo ha sido burlado como un niño, y el pueblo es ya bastante viril para desconocer y excusar semejante insolencia.

CHICLANA: Soy de opinión, señores, que es tiempo ya de arrojar todo disimulo. La diplomacia que es conveniente en las situaciones ordinarias y pacíficas de la vida es criminal y cobarde en los momentos de crisis. Estamos señores, en el caso de no invocar más pretextos frívolos, achaques miserables, para pedir a gritos el cambio más legítimo y más justo que se haya operado jamás sobre el teatro del mundo. ¡No! Nosotros no queremos solamente la mudanza de un gobernante y de un título. Esto

es pequeño. Nosotros queremos la desaparición total de este gobierno abominable, la demolición de nuestras criminales cadenas, la expiación de tres siglos de degradación, la libertad de un pueblo, la independencia de un mundo, el rango y la dignidad de hombres civilizados. Estos derechos nos vienen de Dios, y sólo los malvados nos los pudieron disputar. Ya es tiempo de hablar de este modo en media plaza, sin rebozo, sin disfraz, con cuello de bronce; y mañana, y esta noche, esta misma noche tal vez, si el Cielo no desaira nuestros designios... es preciso volver por nuestra dignidad de hombres o descender de una vez a la noche de la tumba.

PASO: Bueno es, mis amigos, que el calor sagrado que sofoca nuestras almas, no aniquile la luz de nuestra inteligencia. El entusiasmo es ciego, y abandonado de la razón, suele conducir al escollo. Yo juzgo que no es tiempo todavía de practicar esas revelaciones. Acabaríamos de perdernos y de perder al país. No nos basta la justicia. En estas cosas pueden más los hechos, las preocupaciones, las razones de interés privado.

CHICLANA: La justicia es divina y omnipotente. Los pueblos la adoran desde que la reconocen.

PASO: Desde que la reconocen sí, pero no siempre la reconocen desde que se presenta. Recuerde usted que los salvadores de los pueblos han sido en todos los tiempos las primeras víctimas de los pueblos mismos. Se debe trabajar por los pueblos sin olvidar que son ciegos las más veces, y suelen confundir a menudo a sus libertadores con sus asesinos. Y después nada se consigue con llamarlos ingratos y bárbaros. Porque hasta es injusto, este dictado. Los pueblos nunca son

ingratos: a menudo se engañan, pero jamás delinquen. Por ahora y por largos años todavía, será preciso, será forzoso valernos del nombre de Fernando VII, y colocarle al frente de todos nuestros actos, de todas nuestras reformas. Es menester profesar en la apariencia, por ridículo y triste que aparezca, que el legítimo Regente del Soberano cautivo, es el pueblo; y pedir en nombre de este la disolución de un poder en que él no ha consentido, que es opuesto a su voluntad, que él no obedecerá jamás, sino por los edictos del cañón.

VIEITES: ¡No señor! ¡Por la fuerza de las bayonetas, por las leyes de la espada, en media plaza, a mediodía, cara a cara con el Sol! Avergoncémonos de gastar más circunloquios y más vueltas para llegar al fin más grande y más glorioso que pueda conducir los pasos de los pueblos. Ya es tiempo de proceder como hombres, de frente y por el sable. La justicia es sagrada, y no transitó jamás los senderos impuros de la intriga.

LARREA: Así lo tendremos de hacer, señor, cuando no nos quede otro recurso.

VIEITES: ¿Y qué recurso nos queda todavía?

LARREA: Escuche usted pues, pero con calma, sin precipitación. No se trata, buen amigo, de perecer como unos aturdidos en un cadalso, y comprometer por medio siglo los destinos de la libertad americana. Advierta usted que la pureza de nuestras intenciones, no nos liberará del ridículo y del desprecio que nos traería una revolución petulante y anticipada. Nada hay de más paródico en el mundo que una revolución abortada. El banquillo en este caso es un epigrama: el conspirador desciende al sepulcro en medio de los silbidos de todo el mundo, y su losa, en vez de flores, sólo recoge carcajadas de ironía.

VIEITES: ¡Petulante! ¡ridícula! ¡La revolución más popular del mundo!

LARREA: Petulante, sí, porque todavía está en problema la sanción del pueblo. ¿Ya cuenta usted con la tropa, con los jefes de la tropa, con los vecinos, con las masas, con el pueblo en una palabra, para que usted la llame popular? ¿No ha visto usted hoy día, que no atreviéndose el Cabildo a proclamar la Presidencia de Cisneros ha consultado a los jefes de la fuerza armada si se hallaban dispuestos a someter el pueblo descontento por la fuerza de las bayonetas a una autoridad que detesta, y que los comandantes de la fuerza se lo han prometido?

BELGRANO: No, no: absolutamente yo estoy aquí para volver por el crédito de nuestros amigos. Hoy están desengañados los más de ellos: fueron sorprendidos. Yo respondo de su cooperación, en nuestra causa.

LARREA: El primero, el más fuerte, el que preside el único cuerpo capaz de presidir el movimiento revolucionario, Saavedra, ¿está ganado por nosotros? ¿La subordinación de la tropa está contaminada? ¿Hay militares, ciudadanos que salgan de frente a la hora del conflicto? ¿Hay plata sobre todo, este motor supremo de las revoluciones, este agente imponderable que da vida y muerte a los tiranos, hay plata para comprar las primeras manos mercenarias que cierran las cárceles y los cuarteles?

VIEITES: Tenemos plata, tenemos hombres, tenemos armas, tenemos todo: mil patriotas nos han brindado espontáneamente su fortuna.

LARREA: ¿Usted no conoce, mi joven amigo, la naturaleza de esos brindis? Brindis iguales a los que se hacen con copa en mano

antes de traer el café, hijos de un valor y de un patriotismo de vino de Champagne. Le ofrecen a usted su dinero, su brazo, su sangre; le juran a usted un amor loco por la patria, y cuando el momento llega de entregar un peso, esos locos de patriotismo, se vuelven unos sabios, despliegan una prudencia admirable, le pasan a usted con observaciones tan sesudas, y acaban por negarle a usted todo subsidio, no por egoísmo absolutamente, como ellos dicen, al contrario, por patriotismo, de puro amigos de la libertad, por no comprometer su aparición feliz y seguridad de sus destinos. He mandado por uno de ellos; ahora le tendrá usted aquí; uno de cuyo valor usted hace más caso que de una compañía de granaderos. Se le va a pedir el dinero que ha ofrecido mil veces.

PASO: ¡Sin duda, señor! guardémonos por el honor y por la patria, de arrojarnos en una tentativa prematura. ¿Qué conseguiríamos con tirar algunos balazos y dar algunos gritos? Dar al tirano el placer de vernos al día siguiente en un calabozo o en un cadalso; y dar a su poder la fuerza de que hoy carece. Las revoluciones abortadas, son las victorias de los déspotas. En revolución no hay medio: cuando no se ha acertado a derrocar al tirano, se ha multiplicado su poder. Toda onza de plomo que no ha entrado en su pecho, es una onza de oro que ha entrado en su bolsillo. Y en estas cosas el primer paso es lo de menos: lo que importa es lo que sigue. Acordémonos de que hasta hoy, la revolución sólo está en una docena de cabezas, y que con mandar por ellas a esta sala, en un momento la revolución estaba sofocada. ¿Nos olvidamos de que el pueblo casi todo, el ejército, los jefes, las provincias interiores, la Banda Oriental, Chile, Colombia, el Perú y México son otros

tantos soldados del poder español, que mañana se descolgarían sobre nosotros aun cuando llegásemos a obtener algún suceso? Yo no digo, señores, que sería una imprudencia: esto es poco; yo digo que sería una locura, un disparate supremo, el pretender marchar de frente en momentos de esta clase. Harto haremos en comenzar por la diplomacia una revolución que para muchos es todavía un pensamiento quijotesco.

BELGRANO: (*Se para y dice*) ¿Y nos olvidamos también, mi noble amigo, que el verdugo tal vez ya tiene nuestros nombres, y que antes de pocos días quizá la horca tendrá nuestras cabezas, sin que nos valgan las garantías ofrecidas por el Cabildo y no juradas por la Junta?

(*Se retira y se recuesta en un sofá*).

Beruti, se retira a un rincón y se sienta. Suenan por fuera música y vivas.

PASO: ¿Qué grito es esa?

BELGRANO: Son los festejos de nuestra derrota.

PEÑA: ¿A ver? ¿qué dicen?

Se oye: ¡Viva la nueva Junta y su glorioso Presidente el Virrey Cisneros!

BELGRANO: Ahí le tienen ustedes con dos títulos; después de la revolución es más fuerte que antes. Antes sólo era Virrey; hoy es Virrey y Presidente. ¡Y luego dirán que nosotros no sabemos hacer revoluciones!

PASO: Parece que se acercan; ¿a ver qué gritan?

Óyese un gritar confuso y fuertes carcajadas.

LARREA: ¿Qué dicen?

PASO: “Burla y desprecio a los locos que han soñado con la caída del Virrey”.

BELGRANO: Nosotros somos esos locos; ¿lo saben ustedes, mis amigos? ¡Somos locos, porque pensamos que hay una justicia eterna que es llamada a gobernar el mundo; somos locos, porque pensamos que todos los hombres nacen iguales y libres, que lo mismo en religión que en política, ellos tienen derechos y deberes uniformes a los ojos del cielo; somos locos, porque pensamos que todos los pueblos son libres y soberanos, y que no hay más legitimidad política en el mundo, que la que procede de sus voluntades; somos locos, porque pensamos que el reino de la razón ha de venir algún día; somos locos, porque no queremos creer que los tiranos, y la impostura y la infamia, han de gobernar eternamente sobre la tierra; somos locos, porque no queremos creer que nada hay en el mundo de positivo y de perpetuo, fuera de las cadenas, los cañones, el plomo y el crimen! Por eso somos locos, sí, y si por eso somos locos, yo me lleno de orgullo en ser loco de ese modo. Yo me ennoblezco con la locura de creer como creo, que un sepulcro está cavado ya para nuestros tiranos, que la libertad viene, que el reinado del pueblo ya se acerca, que una grande época va a comenzar.

CHICLANA: ¡Sí, y cuyo primer sol, será el sol de mañana, el sol del 25 de Mayo! Y esta noche, víspera del 25 de Mayo, todo debe quedar pactado, y mañana todo definido. Mañana debemos ser libres, o pasado cadáveres. No podemos ser vencidos; no lo creo, no quiero creerlo. Creamos con los ojos cerrados, creamos con una creencia indestructible, que nosotros vamos a ser libres, a ser vencedores, a ser hombres: creamos así en la justicia del Cielo, y el Cielo nos contestará con la

victoria. El que cree es omnipotente; y el que cree en la justicia, es fuerte como Dios.

Prescindiendo de esto, yo cuento con una porción considerable de la tropa, con todos o casi todos los oficiales subalternos, con un jefe además de mi batallón. Sólo nos resta el comandante Saavedra, y yo tengo el secreto de hacerlo nuestro esta misma noche. Ahora pasaremos todos al cuartel de Patricios: allí están todos a la hora de esta en grande ambigü y algazara; allí lo haremos todo.

VIEITES: ¡Brillante idea! Y poniendo manos a la obra, es preciso que en este instante parta uno de nosotros a intimar al síndico Leiva que el pueblo no prestará obediencia al gobierno nuevo, antes que el Cabildo no habrá borrado de la lista del poder, el nombre condenado de Cisneros, so pena de ser borrado por el puñal popular de la lista de los vivos. Para otro al mismo tiempo (nadie más propio que Castelli, búsquesele ahora mismo) a decir directamente a Cisneros, que si tiene presente el fin trágico de su predecesor en Cartagena, ¡tenga la bondad de ahorrar un nuevo ejemplar, renunciando esta misma noche un mando usurpado y antipopular!

TODOS: ¡Hermoso pensamiento! ¡Vaya Chiclana!

CHICLANA: Muy bien: yo voy; pronto estaré de vuelta. Yo haré también que Castelli se dirija a Cisneros. *(Vase)*.

ESCENA SEGUNDA

Los que quedan y DON SEVERO que entra agitado, lloroso.

SEVERO: ¿Es posible, señores, que ustedes disfruten de esta calma, en

el día que se han remachado, tal vez para siempre, los grillos de la patria? ¿Ustedes, cuyos talentos han sido tan fértiles en ocurrencias y designios patrióticos, han venido a postrarse tan luego en el instante en que son más necesarios a la patria que nunca? Yo no poseo talentos, no tengo inmensos recursos, pero ahí están mis brazos, mi sangre, mis riquezas en las manos de ustedes, para redimir la libertad.

TODOS: ¡Bravo; señor Don Severo!

VIEITES: *(A Larrea)* ¡Qué le había dicho a usted! pues de estos tigrecillos tenemos muchos.

LARREA: Sí, ahora verá usted; no se apure usted mucho.

Señor Don Severo: ¡una copa al nacimiento de la libertad americana!

SEVERO: ¡Oh! caballero, volando.

Toman copas.

LARREA: Diga usted.

SEVERO: Sí, señor; yo diré *(Comienza a gritos)*: Brindo por la pulverización absoluta y definitiva, por la más refinada disolución, por el más completo exterminio del amargo, férreo, estúpido, brutal despotismo que oprime nuestra patria. Brindo todavía, brindo mil veces, y brindo a gritos, por...

TODOS: ¡Chit! ¡Chit! ¡Despacio, camarada!

SEVERO: *(Encolerizado)* ¡Qué chit ni chit! ¡Si en lugar de estas paredes, estuviesen los oídos de todos los tiranos del mundo, yo levantaría diez veces más mi voz! Por estos reparos pusilánimes, por estas consideraciones miserables, ha vivido hasta hoy nuestra patria sumergida en la degradación. ¡Brindo, señores, por el exterminio de los cobardes!

TODOS: ¡Bravo!

Beben.

LARREA: Bueno es no ser cobardes cuando el caso lo demanda. Pero los gritos desaforados en momentos en que estamos a la merced de cincuenta bayonetas que, tal vez en este instante, nos esperan a las puertas, ni es guapeza, ni es prudencia.

Dan golpes recios a la puerta: sorpresa y movimiento general.

SEVERO: *(Todo desaforado y confundido)* ¡Es cierto, mis amigos! ¡somos perdidos, campeones desgraciados! ¡Adiós patria, adiós libertad, adiós glorias y esperanzas queridas! ¡Ya estamos en las manos del verdugo! ¡Mañana estaremos en poder de la tumba, y al siguiente en poder del olvido! ¡Pobre mi madre, mis hermanitas, mi hermano el chico!

Nuevos golpes y nueva alarma; se abre.

UN CRIADO: ¿El amo?

PEÑA: ¿Qué hay?

EL CRIADO: ¿Su merced quiere que le ensille el caballo para ir a la quinta?

TODOS: *(Risa prolongada).*

SEVERO: *(Continúa riendo a todo retr).*

LARREA: *(A Vieites)* Compañero, ¿de estos tigrecillos eran todos los que tenía usted para la empresa? Todavía no es nada; ahora verá más. Señor Don Severo: vamos a otra cosa. Contando con el reconocido patriotismo de usted y sus repetidas ofertas, se le ha llamado para avisarle que es tiempo de que usted ponga a las exigencias de la revolución tramada, todo el dinero que guste.

SEVERO: Sí, señor, ¿por qué no? *(Un poco serio y reposado)* Lo he dicho antes de ahora y lo repito: mi fortuna, mi sangre, mi brazo, todo es de la patria. Pero vamos, ¿hay algún proyecto entre manos?

LARREA: Sin duda que le hay, y sólo pende su realización de la falta de un poco de dinero.

SEVERO: ¿Y el mío pues? ¿para qué le quiero yo, joven, sano, capaz de hacer diez fortunas todavía? Ahí está todo él; todo, no digo una parte.

LARREA: No, no: tanto no es menester por ahora; más adelante, pudiera...

SEVERO: Pues bien: lo que ustedes quieran. Pero vamos a ver. ¿Qué es lo que hay en suma! ¿No se me podría imponer del plan revolucionario?

LARREA: En materias de revolución, mi amigo, el plan es un sagrado; y es lo menos noble y lo menos generoso, exigir su revelación por condición de la cooperación.

SEVERO: *(Se pasea, se agita el pelo, parece confundirse)* No, no; yo pienso que no es tan absoluto eso que usted sienta. Yo soy de opinión, al contrario, que por el honor personal y por el interés mismo de la patria, debemos indagar si se entrega su dinero para la libertad o para la ruina del país.

LARREA: Muchas gracias, por nuestra parte, señor Don Severo. ¿Tiene usted tantos antecedentes para sospechar que nosotros intentamos la ruina de nuestro país?

SEVERO: No, no, señor, no digo yo eso absolutamente... Pero

LARREA: ¿Pero qué? Puede usted hablar con libertad.

SEVERO: En fin, señores, esto es serio. Yo tengo necesidad de pensarlo

despacio. Yo podré contestar mañana quizás pero protestando desde ahora a fe de buen patriota que lo soy, que si llegase el caso de no concurrir con nada, no será absolutamente por falta de patriotismo, sino bien al contrario, por temores harto patrióticos de concurrir involuntariamente a la perdición de mi patria, que tanto amo, y por cuya salvación no sé qué sacrificio reservará. Soy de ustedes, caballeros...

TODOS: A la orden de usted buen compatriota... (*Vase*).

ESCENA TERCERA

Dichos, menos SEVERO

LARREA: (*A Vieites*) ¿Y qué dice usted ahora, mi querido compañero? Ya ve usted lo que valen esos tigrecillos de que usted asegura podemos disponer en multitud. Si todos ellos no son más que este, ya tenemos hecha nuestra desgracia, con sólo poner manos a la obra.

PASO: Yo lo veo perdido todo, mis amigos; mil pensamientos tristes se agolpan en mi espíritu. No sé que luz, no sé qué voz íntima me anuncia que vamos a ser desgraciados, en esta revolución desventurada. ¿Sería tal vez este un despropósito el que por ahora desistiésemos este pensamiento arriesgado? Si en presencia de tantas defecciones, de tantos retrocesos desleales, nosotros nos lanzamos, no obstante en la lucha, ¿quién nos asegura de que mañana no nos veremos solos, abandonados, desairados de todos, burlados tal vez, y despreciados; precisados a desertar nuestro país y vivir errantes y solos en tierras extranjeras?

VIEITES: Si se le deja a usted vagar, a sus anchas, en la región de los vaticinios infaustos, ahora mismo nos prueba usted que estamos trabajando para ser los entes más infelices de la tierra. ¡Terrible fertilidad de la imaginación de usted, desde que la esperanza la abandona por un momento! Usted es tan rico en profecías desastrosas, como en pronósticos risueños y grandiosos.

ESCENA CUARTA

Dichos y CHICLANA, de vuelta

TODOS: ¿Qué tal?...

CHICLANA: Malo...

PASO: ¿A quién fue usted a ver?

CHICLANA: Al Síndico Leiva.

TODOS: ¿Y qué dice?

CHICLANA: Ha temido abrir sus puertas: se ha presentado por su ventana, y ha dicho que la idea de la remoción de Cisneros del cargo de presidente de la Junta, es disparatada y anárquica, y debe ser abandonada por todo hombre de juicio; que ha sido legítimamente elegido y colocado, y no puede creer que el pueblo avance un solo paso en contradicción con lo que ha sido sancionado en nombre suyo: que él por su parte no retrocederá una línea de lo dispuesto, porque, a su ver, es lo único que podrá conciliar el respeto a la autoridad, con el interés y el orden público. Le contesté que se atuviese a los resultados. Saavedra no entra por nada, no quiere oír nada, no quiere saber nada, está dispuesto a sostener al presidente.

ESCENA QUINTA

Golpes a la puerta; se abre: UN CRIADO.

EL CRIADO: Una carta para el señor Belgrano. *(Entrega y sale).*

BELGRANO: ¡Que se detenga ese criado! *(Lee primero en silencio, y después dice)* Atención, caballeros; un progreso nuevo.

TODOS: ¡Cómo!

BELGRANO: *(Lee)* “Mi buen amigo; no podré asistir esta noche, y mañana, quién sabe; yo estoy en cama. En cuanto al dinero que ofrecí a ustedes, me ha sido imposible reunirlo esta noche, por más que he deseado. He visto a M., ha vendido los fusiles con que yo contaba. He visto a S., hoy justamente había dado a interés todo su dinero. Sé que O. está como yo en cama. Discúlpenme ustedes con los demás patriotas, y mande usted a su invariable servidor y colega. T. M.”. ¿Está ahí ese criado?

Entra el criado.

¿Su patrón de usted está en cama?

EL CRIADO: No señor.

BELGRANO: ¿Está en su casa?

EL CRIADO: No señor.

BELGRANO: ¿Usted sabe dónde está?

EL CRIADO: Sí señor, en casa del señor O., donde están también los señores M. y S.

BELGRANO: ¿Con qué motivo?

EL CRIADO: Bailando, señor, en festejo del Gobierno nuevo.

BELGRANO: Puede usted volverse.

Vase el criado. Óyese fuera música y los gritos de “¡Viva el Presidente Cisneros! ¡Viva el querido del pueblo! ¡Mueran sus locos detractores!”.

ESCENA SEXTA

PASO: Y bien pues, ¿qué quiere decir todo esto?

BELGRANO: Que estamos perdidos, que está perdida la revolución, que está perdido el país, que está perdido todo; que estamos abandonados y despreciados por los mismos con quienes contábamos para hacerlo todo; que no nos queda otro recurso que sufrir callados o fugar bochornosamente.

LARREA: Pues no, señor; no estamos aún en ese caso. Es menester saber comprender estos caracteres sin carácter. Antes de ocuparse de la ejecución de una idea, son entusiastas, desprendidos, denodados. La víspera del suceso, son cobardes, mezquinos, desleales. Después de la victoria, son los primeros a entregar su fortuna, su crédito, sus brazos. Venzamos primero, y todo tendremos después: oro, fusiles, hombres, amigos, defensores. La victoria es la mina del mundo.

ESCENA SÉPTIMA

Dichos, y CASTELLI de vuelta

TODOS: ¡Hola! ¿Qué dice Cisneros?

CASTELLI: Nada: perplejo, indeciso. Parece meditar un plan diabólico.

Pausa prolongada.

BELGRANO: *(Se levanta del sofá en que estaba recostado; y lleno de indignación, prorrumpie)* Señores: ¿ustedes creen que yo sea hombre capaz de cumplir la palabra que he dado una vez? ¿Ustedes me han tenido algún día en la opinión de hombre de honor? Pues bien, ustedes deben creer lo que van a oír: si mañana, antes de la mitad del día, no he pasado con esta espada el corazón del tirano, yo mismo haré caer esta cabeza indigna que no debe pesar más sobre mis hombros.

CHICLANA: Protesto por mi parte señores, que no conozco la conveniencia de un semejante paso. Yo no creeré jamás que los destinos de un gran pueblo graviten sobre los hombros de un solo hombre. Voltar un hombre, no es volter un trono. Los poderes existen por los pueblos. La libertad no es hija del puñal, ni debe ser robada, como el oro, en las tinieblas. La libertad es divina, es don del cielo: es patrimonio sagrado de los pueblos. Debe ser reconquistada a la faz del cielo, en la mitad del día, con la pompa con que se proclaman las voluntades soberanas del cielo. Los pueblos no deben saltar la libertad: no se saltea lo que es propio. Deben reclamarla de frente, sobre el campo de batalla, a cara descubierta, con pecho desnudo, con espada en mano, no en la sombra, donde vive el crimen, no con el puñal con que hiere el asesino, no con el veneno que hace tragar el cobarde. A la faz hermosa del cielo de mañana, en medio de la luz del sol del 25, sobre la plaza pública, será deshecha por la fuerza de las bayonetas del pueblo, esa junta odiosa que preside el tirano extranjero. Yo pido para esto que se haga, lo que voy a proponer. Ahora mismo debemos pasar todos juntos al cuartel de Patricios donde a la hora de esta, se halla Saavedra, con una porción de oficiales, que yo me encargo

de disponer a la cooperación. Con la persona de Saavedra, los oficiales y la fuerza toda de su batallón de Patricios, cuya conquista no será imposible si es hecha con tacto, yo señores les respondo con mi cabeza que el sol de mañana nos alumbrará libres, y de no, cadáveres.

PASO: ¿Lo cree usted así, mi buen amigo?

CHICLANA: ¡Digo! ¿Y qué duda cabe?

PASO: No; no es eso. ¿Pregunto si es posible en la opinión de usted la conquista de Saavedra y su tropa?

CHICLANA: Yo sí lo creo. Pero en fin, aun cuando lo dudásemos, sería un deber el tentarlo; es el último recurso que nos queda.

CASTELLI: Por de contado. ¿Y por qué dudarlo? Yo, por mi parte, no hago la injusticia a Saavedra de suponerle incapaz de adherirse a la causa del pueblo, desde que ha sido presentada con claridad a sus ojos.

PASO: Sí, sí: contemos con Saavedra decididamente desde que nos oiga. Lo que importa es que nos oiga cuanto antes. Vamos, vamos, señores al cuartel de Patricios.

LARREA: Olvidamos, señores, una cosa capital. Yo supongo hecha la conquista de Saavedra, coronada la revolución, derrocado Cisneros, y deshecha la junta que preside; ¿hemos pensado entretanto en las personas que deben reemplazar a las personas destronadas? Porque en política esta doble operación de destrucción y reparación quiere ser casi simultánea. El poder no puede estar vacante un minuto. El poder es la columna que sostiene la bóveda social. Si falta un instante la sociedad sucumbe. No hay tiempo intermedio para elegir entre la caída del viejo poder y la erección del nuevo. Rey muerto, rey puesto, ha dicho bien el vulgo.

CASTELLI: La cosa es grave en efecto, y quiere ser atendida con prontitud.

BELGRANO: Es menos grave de lo que se piensa. Un gobierno es obra de un minuto, cuando el desprendimiento existe en todos.

LARREA: Es lo que no sucede, por desgracia, en la ocasión presente.

BELGRANO: ¿Dónde está la anarquía?

LARREA: ¿Dónde está la unidad?

BELGRANO: En el designio de derrocar al tirano.

LARREA: En el designio del gobierno futuro. La anarquía está en la sombra de la víspera de toda revolución; sale siempre a la luz con el gobierno nuevo.

BELGRANO: Pues yo afirmo que eso no pasa entre nosotros.

LARREA: A ver pues sus candidatos.

BELGRANO: Son todos los hombres de libertad, puros, que no transan con nada de lo que es injusto.

PASO: ¿Cuáles son pues, esos hombres? Los que son para usted, tal vez no lo son para mí, para el señor (*Señalando a otros*) y recíprocamente. Por otra parte, ese radicalismo no es político. Es menester siempre apoyar el poder nuevo sobre cimientos viejos: no pueden dispensarse las revoluciones sabias de estas amalgamas. Se debe concluir y no comenzar por el radicalismo.

CASTELLI: Bien, pues, ¿cuál es la lista que usted propondría para la nueva Junta?

PASO: No he querido decir que yo tengo una. No creo tampoco que ninguno de los que estamos aquí haya pensado en eso. Lo que sé es que esto es grave, difícil, y debe ser hecho sobre la marcha.

BERUTI: (*En quien nadie reparaba, se levanta y dice*) A ver pluma y papel. (*Escribe y continúa*) aquí está la Junta que debe reemplazar a la que caerá mañana, con ayuda de Dios y de nuestras bayonetas.

TODOS: (*Sonriéndose*) Vamos a ver: ¡lea usted!

BERUTI: (*Lee*). *Presidente*: Saavedra
Vocales: Belgrano
Castelli
Azcuénaga
Larrea
Alberti
Mateu
Secretarios: Moreno
Paso

PEÑA: ¡Bravo, Beruti!

CHICLANA: ¡Brillante lista!

VIEITES: ¡Admirablemente combinada! El genio de la patria le ha inspirado.

CHICLANA: Toda la revolución está en esta lista: es la solución de todos los problemas, la armonía de todos los elementos encontrados. Este solo pensamiento hace memorable el nombre de Beruti. Todo está concluido, señores: la revolución está consumada, la patria en salvo.

BELGRANO: No obstante, señores: yo veo un grave inconveniente. Esa lista se compone toda de los revolucionarios, y no debería ser así. Es muy feo que los demolidores del viejo poder, aparezcan formando el nuevo. El brazo que derroca un tronco no debe empuñar el cetro. Lo contrario es autorizar la justa tacha de ambición. El buen patriota no trabaja por dignidades ni empleos.

- PASO: Ahí tiene usted trabada, por usted mismo, la operación que usted reputaba fácil.
- PEÑA: Esa no es una traba: objeción débil que no debe detenernos, hija del honor más bien que de la prudencia. ¿Quién es más acreedor al poder nuevo, que el que se ha levantado a la idea de su establecimiento y de su necesidad? Ustedes no son ejecutores mecánicos de un designio ajeno: ustedes son iniciadores de una época nueva, de una revolución completa, cuya dirección es una prerrogativa indisputable de ustedes mismos. No repetiremos sobre los imitadores políticos de Colón, la injusticia perpetrada sobre el descubridor del nuevo Mundo. En la política como en las artes, la propiedad de la invención es inviolable.
- VIEITES: Esto es incontestable. Pensemos ahora en dirigirnos al cuartel de Patricios inmediatamente.
- TODOS: Sí, sí; vamos todos al cuartel de Patricios.
- PASO: Pero señores, ¿y acaso que la tropa esté por la revolución, será cosa de ejecutarla esta noche misma?
- CHICLANA: ¿Y por qué no?
- LARREA: ¿Pero de qué modo?
- CHICLANA: ¡Original cuestión! A balazos, a palos, a metralla.
- LARREA: ¡Oh! No estoy yo por un procedimiento semejante.
- CHICLANA: ¿A ver pues? ¿Qué quiere usted hacer en lugar de esto? ¿Quiere usted que después de un segundo cambio pacífico, tengamos nuevamente al Sr. Cisneros, cuando no de Presidente, al menos de vocal o comandante general de armas?
- LARREA: No señor: ni temo, ni quiero que tal cosa se realice. Yo pediría que las bayonetas y la metralla entrasen a hacer su

deber, después que el Cabildo hubiese rechazado una petición parlamentaria del pueblo, para la sanción de la nueva lista.

- CASTELLI: ¡Efectivamente! Puede también adoptarse eso. Pero en fin, vayamos al cuartel, que es lo que importa allanar antes de todo; allí en presencia de todos los elementos y de todos los pareceres, podremos adoptar un paso decisivo.
- CHICLANA: No hay que dudar de que todos los elementos y todos los pareceres estarán por nuestra parte. Importaría llevar un partido tomado.
- VIEITES: Se avanza la hora. Un partido se abraza en un instante. Tal vez no sean tan nuestros todos los elementos y los pareceres.
- CHICLANA: Yo respondo de lo que digo.
- PASO: Bien. Vamos.
- TODOS: Vamos. (*Vanse*).
- Sube el telón del fondo.*

ESCENA OCTAVA

Es una sala del cuartel: se ven fusiles, cajas, espadas, indicios militares. Hay una mesa de ambigú, campean los colores españoles, porción de oficiales y ciudadanos civiles, entre ellos Saavedra. Todos de cinta blanca en el sombrero. Movimiento, algazara, música.

UN OFICIAL: (*Toma la copa*). ¡Señores!

Silencio general.

¡En honor del nuevo Presidente de la Junta, del ilustre Cisneros!

TODOS: ¡Bravo!

Beben y música.

OTRO OFICIAL:

¡Brindo, señores, por el exterminio de todos los que, en lo venidero, conspiran contra su real persona!

TODOS: ¡Bravo!

Beben y música.

OTRO OFICIAL:

¡Otro! Por la inalterable unión de los gloriosos sostenedores de Fernando VII!

TODOS: ¡Bravo!

Beben y música.

OTRO OFICIAL:

¡Señores! Por la incorruptible subordinación, por la invencible adhesión del batallón de Patricios a la Junta gubernativa y su ilustre Presidente.

TODOS: ¡Bravo!

Beben y música.

SAAVEDRA: ¡Señores! No se oculta a nadie que hay espíritus descontentadizos, que están mal avenidos con el gobierno nuevo; que esos espíritus no cesan de esparcir el cisma por todas partes. Señores: porque los muros de este cuartel sean impenetrables a las sugerencias de la sedición y de la anarquía.

TODOS: ¡Bravo, mil veces bravo!

Beben hasta el fondo, y música.

UN OFICIAL: ¡Camaradas: por el pronto rescate del ilustre cautivo, nuestro Fernando VII, soberano legítimo del suelo americano!

TODOS: ¡Viva Fernando VII!

Beben y música.

ESCENA NOVENA

Dichos, y los revolucionarios que entran

LOS PRIMEROS:

¡Oh! ¡Caballeros, adelante, adelante!

Se confunden en mutuos obsequios, sigue la música, beben parcialmente, se mueven.

UNO: (*Aparte*) Hablando del rey en Roma luego asoma.

OTRO: ¡Oh! no; ¡quién dice que a ellos se referían las palabras del comandante Saavedra!

EL OTRO: ¿No cree usted que sean enemigos de la misma junta?

EL SEGUNDO: No, por cierto, no señor; creo, al contrario, que son todos amigos del comandante Saavedra.

SAAVEDRA: ¡A ver, señores! ¡Un brindis! ¡El señor Vieites tiene la palabra!

Silencio general.

VIEITES: ¿Por descontento que es lícito expresarse en este lugar con toda la libertad permitida por el gobierno sancionado en este día?

TODOS: Sin duda.

VIEITES: Pues bien, ¡invito a beber, señores, por la ruina de la junta gubernativa, fiel continuadora de nuestra servidumbre!

MUCHOS: ¡Escándalo! ¡Atentado!

OTROS: ¡Fuera el blasfemo!

MUCHOS: ¡Fuera! ¡Fuera! ¡Fuera!

VIEITES: Señores: yo invoco el permiso de decir una palabra.

MUCHOS: ¡Imposible! No hay disculpa.

Chiclana reprende con el gesto a los que se resisten.

VIEITES: Señores: seré arrojado, enhorabuena, cuando habré hablado una palabra; yo apelo a la generosidad de mis compañeros que están presentes.

SAAVEDRA: Bien: hable el señor Vieites.

VIEITES: Hace tres días, mis amigos, que el pueblo, atemorizado y vacilante en presencia de un porvenir amagante y tétrico, convocó un congreso para conjurar la tormenta que estaba pronta a precipitarse sobre nuestras cabezas. El congreso, bien penetrado de las pasiones y de los deseos del pueblo, halló por único recurso la separación absoluta de la persona del Virrey, del frente de los destinos públicos. Le separó, en consecuencia, del gobierno, y asumió el poder ejecutivo en el Cabildo que a su vez debía asumirlo en una Junta organizada por él. Señores: esto lo saben todos ustedes tal vez mejor que yo, ¿no es verdad? Pues bien, ¿qué ha hecho entretanto el Cabildo? Lejos de separar la persona del Virrey del gobierno del estado, se le ha colocado, contra los mandatos directos del Congreso, a la cabeza del gobierno revolucionario, poniendo por este golpe la revolución, en las manos de su

verdugo mismo. Y al que no ha podido ser fascinado por esta intriga páfida y pueril, y consecuente con sus designios, pide hoy lo mismo que pidieran hace tres días, él, el Congreso, y el pueblo, sin que hasta hoy les haya sido concedido. Ustedes mis amigos, ustedes que se jactan de patriotas, ¡acaban de proclamarle “blasfemo, escandaloso, atentador”! Blasfemo ¡el que ha brindado por la ruina de la tiranía! ¡De la tiranía! Sí de la tiranía mis amigos, porque la tiranía impera todavía, pues que impera el tirano.

En tanto que esto era dicho, Chiclana seducía uno por uno a los oficiales.

TODOS: Justicia a Vieites. ¡Viva la libertad! ¡Abajo el tirano!

SAAVEDRA: ¡Al orden, señores! ¿Qué escándalo es este? ¡Yo también seré tirano porque pertenezco al poder nuevo! ¡Es también por mi caída la que ustedes tienen la bondad de votar en mi presencia! ¿Quién es pues el tirano del día? ¿La Junta nueva?

VIEITES: ¡No! El que antes era, el Virrey Cisneros.

SAAVEDRA: ¿Y podrá serlo jamás un hombre que sólo tiene un voto en una asamblea que cuenta muchos?

VIEITES: Con las bayonetas, que están en su mano, con la mayoría de la Junta, que le pertenece, todo el resto será sometido y la influencia será suya, esto es visible. ¡Y nuestros esfuerzos habrán sido inútiles, nuestras esperanzas burladas, y los desastres de la patria más inevitables que nunca! ¡Señores! Ya es tiempo de ser libres a despecho de todos los obstáculos del mundo. ¿Hasta cuándo pretendemos eternizarnos en las maniobras de una diplomacia cobarde y estrecha?

SAAVEDRA: Señores, he dicho que es preciso no exponer por un golpe de petulancia, los destinos de la libertad de un mundo.

Abismos de anarquía se están viendo abrir a nuestros pies. Vamos a tener que llorar lágrimas en pago de nuestra precipitación. ¿Se reputan ustedes más sinceros y más ardientes amigos de la Patria que yo? ¿Con qué derecho? ¿Dos veces la patria no me ha visto jugar mi pecho en la defensa de sus derechos invadidos por los enemigos ingleses? ¿Un año antes de ahora no he cruzado mi espada en las puertas de una revolución extranjera y antipatriótica? Sería inicuo confundir mis justos temores, con el desamor a la patria. La prudencia no es el miedo: yo seré un visionario, pero no un cobarde. ¿Pido acaso que se desierte la causa de la revolución? Yo pido treguas, no deserciones. Aceptemos la alianza del tiempo, y marchemos a su paso. Dejémosle el cuidado de madurar la revolución, y una vez sazónada, ella verá la luz por una ley invencible de la filiación universal. Yo diré siempre, pues, que me parezca exponerse la revolución: “Mis amigos, aún no es tiempo; ustedes dejen que las brebas maduren, y entonces las comeremos sin azares”.

VIEITES: Tal vez, mi amigo Saavedra, es menester anticiparse a cortarlas, porque ya está el gusano en sus entrañas, y se exponen a perderse. Y es tal vez usted el que es llamado a cortarlas, mi bravo comandante, debe usted saberlo. Es usted, no hay duda, el hombre señalado por todos, para derrocar por el poder de su espada, y de la justicia que nos brinda el cielo, un gobierno a que usted debe ruborizarse de pertenecer.

SAAVEDRA: Primero, mis amigos, permitiré bajar la cabeza de mis hombros, antes que perpetrar un tal perjurio. He jurado sellar con mi sangre la inviolabilidad del poder nuevo, y no he aprendido todavía a hacer juramentos en vano. No,

señores, por mi parte, no seré yo quien permita jamás la más breve tentativa contra el gobierno que he reconocido.

VIEITES: ¡Que ha reconocido, y que el pueblo no ha reconocido! ¡Que ha jurado usted y que el pueblo no ha jurado! ¡Que ha jurado usted después que setecientas veces ha jurado sacrificar todas las consideraciones del mundo, a la causa sacrosanta de la patria! ¡Por Dios, mi comandante! ¿Qué juramento es anterior y más sagrado que el juramento prestado sobre los altares del pueblo? ¿Qué juramento no es nulo, delante de este supremo y sagrado juramento?

CHICLANA: ¡Oh! Mi noble Cornelio; no profanes tu razón en buscar respuestas a estos cargos indestructibles. Ríndete de una vez, que es de los grandes el inclinarse ante la luz del cielo. Tú eres ya nuestro y de la patria. ¿Y cuándo no lo has sido tú del mismo modo? Yo te exijo que con la copa en la mano proclames tu conversión a la libertad, como exijo de todos, que me acompañen a beber, por Saavedra y por la libertad.

TODOS: ¡Bien! ¡Bien!

Toman copas.

SAAVEDRA: Brindo, señores, porque los días del gobierno en que figura el señor Cisneros sean tan invariables y tan duraderos como lo son mis juramentos.

CHICLANA: ¿Cómo? ¿Cómo? ¿Efímeros, es decir, transitorios?

SAAVEDRA: ¡Eternos! ¡Inmortales!

CHICLANA: ¡Eh! *(Dice con extrema vehemencia y da un vuelco a la mesa del ambigú, añadiendo)* ¡Cobardía! Estupidez. ¡Después de una tal profanación, nada debía quedar ileso!

SAAVEDRA: *(Aparte)* La revolución está empezada, y si desde luego no se

corta su vuelo, mañana un segundo empujón derribará el trono, como ha derribado esta mesa. *(Con aparente severidad)*
¿El oficial de guardia?

OFICIAL: Mande V. S.

SAAVEDRA: Veinte hombres armados.

OFICIAL: ¿En este instante?

SAAVEDRA: Y aquí mismo.

Sale el oficial; en seguida Saavedra.

PASO: ¡Adiós revolución, adiós revolucionarios!

LARREA: Todo está perdido. ¡Imprudencia inconcebible!... ¿Usted sabe lo que ha hecho, hombre desventurado?

CASTELLI: ¿Y ahora?... ¿qué haremos? ¿en qué parará esto? Esa fuerza no ha sido llamada inútilmente.

PASO: ¿Pero usted no conoce el carácter de Saavedra?

CHICLANA: Tal vez mejor que nadie.

PASO: ¿Y cómo es pues que usted ha podido cometer esa imprudencia?

CHICLANA: Tal vez porque le conozco demasiado.

UN OFICIAL: *(Entra y dice)* Señores: traigo orden de prevenir a ustedes que antes de cinco minutos sólo deben quedar en esta pieza, los señores Chiclana y compañeros suyos.

CHICLANA: ¿Dónde está el comandante Saavedra?

OFICIAL: Está en el cuartel, señor.

CHICLANA: Tenga usted la bondad de llamarle a nombre de todos los que aquí estamos.

Sale el oficial.

PASO: *(A Chiclana)* ¿Qué va a hacer usted ahora?

CHICLANA: Terminar la revolución.

PASO: ¿Con un segundo empujón?

CHICLANA: Exactamente, derribando a Saavedra como a la mesa.

TODOS: ¿Qué es lo que usted intenta, hombre bendito?

Entra Saavedra.

CHICLANA: No hay cuidado.

VARIOS: Dios nos proteja en este instante.

SAAVEDRA: ¿Quién es el que ha solicitado mi presencia, en esta sala?

CHICLANA: Yo, Cornelio, yo he sido. *(Abalanzándose hacia él)* Ven acá, y escúchame una palabra. *(Tomándole del brazo y trayéndole a un extremo).*

TODOS: *(Alarmados)* ¡Señor Chiclana, por Dios!

CHICLANA: *(Se detiene, vuelve la cara por encima del hombro y dice)* ¡Gracias, mis amigos, por la obsequiosa sospecha! *(Y continúa. En un extremo y en voz familiar)* Ven acá, pedazo de mentecato: ¿a qué son esos aspamentos de un enojo injusto y afectado? ¿Te has podido figurar nunca que yo, tu amigo Feliciano, pudiera ser capaz de intentar contra ti personalmente el más ligero agravio, la más ligera tentativa? ¿No comprendes tú mejor que nadie la razón de todos nuestros actos, el fin de todos nuestros pasos, el objeto de todos nuestros deseos? Ayer nomás, antes que te hubieran embaucado, ¿no habías sido tú partícipe y coomotor de todos ellos? ¿Te has figurado que en ningún caso, en ningún designio, hemos

podido prescindir de tu persona y tu destino? Pues mira: nada menos que tú, tú vas a ser el Presidente de la nueva junta: tú, porque eres americano, porque eres amigo de todo el mundo, porque eres más digno y más querido del pueblo que ese español odioso, que te ha engañado a ti, y ha engañado a todos; que ese Cisneros, que no merece descalzarte y que tú estás adorando como a un semi-Dios.

SAAVEDRA: ¿Yo adorando a Cisneros? Te engañas, Feliciano. Le he sostenido porque he prometido sostenerle; he prometido sostenerle, porque he creído con la buena fe que tú me conoces, que el pueblo le quería y que él sabría corresponder a la noble confianza de la patria. Pero una vez que ustedes aseguran que he padecido un engaño, y que es de la voluntad y del interés del pueblo, el que Cisneros descienda del poder, yo sabré recordar mis más antiguos y más sagrados juramentos, y permanecer neutral cuando menos en obsequio de la libertad pública y de mi dignidad personal. Por lo demás, jamás el interés del mando, ni de indigno estipendio, han pesado ni pesarán en la balanza de mis determinaciones.

CHICLANA: No me asusta el sentido en que te escucho expresar: nunca me engañé acerca de tus sentimientos íntimos, ni esperé menos de tu noble carácter, Cornelio; con todo, mi viejo amigo, es menester algo más que la neutralidad en este negocio de tu parte.

SAAVEDRA: Y llegaré hasta pelear también, si el caso lo demanda. ¿Lo dudas tú Feliciano?

CHICLANA: No acostumbro poner en duda el honor de mis amigos.

SAAVEDRA: He sido siempre idólatra por mi Patria, y yo no aprecio en más mi vida que mis ídolos.

VARIOS: ¿Qué es esto, señores? ¿Cambio tenemos?

OTROS: ¡Oh! ¡Qué dicha fuera!

CHICLANA: (*Dirigiéndose a todos*) Señores: tengo el honor de revelar en la persona del bravo comandante de Patricios, un decidido campeón de la libertad americana.

TODOS: ¡Viva el bravo comandante de los Patricios!

CHICLANA: ¡Y de los Patricios también, en el día de la libertad!

TODOS: Sí, sí, y de los patriotas y de todos los amigos de la libertad.

Música.

CHICLANA: Señores: vamos a brindar. ¡Copas nuevas! ¡Vinos nuevos! Que la causa es nueva y es santa.

Tráese todo nuevo; sigue la música; se sirve.

UNA VOZ: Ya está.

Calla la música.

CHICLANA: Señores: ¡por el comandante de Patricios Don Cornelio Saavedra, futuro Presidente de la nueva Junta patriótica!

TODOS: ¡Bravo! ¡Mil veces bravo! El glorioso Presidente de los libres. ¡Viva la libertad! ¡Viva la patria!

Beben y música.

UNO: (*Que entra agitado*) ¡Señores! ¡Señores!

VARIOS: ¿Qué hay? ¿Qué es eso? ¡Schit! ¡Schit!

Cesa la música.

EL VENIDO: El Virrey sabe ya que en esta reunión se ha brindado por su

caída, y se dispone a mandar ahora mismo fuerza armada a contener este desorden.

SAAVEDRA: Que venga, pues.

CHICLANA: ¡Sí, que venga!

VIEITES: Que venga él, y el mundo entero, y sabrán si los que han brindado por su caída saben morir por lo que dicen.

Se oye fuera un ligero ruido.

VOCES: *(Dentro)* ¡A las armas, amigos! ¡A las armas!

Corrida en todo sentido.

ESCENA DÉCIMA

Dichos y MORENO

MORENO: *(Que entra y se sorprende)* ¿Qué es esto, señores? ¿Van ustedes a batirme a mí?

CHICLANA: ¡Cómo, “qué es esto”! ¿No venía pues tropa armada contra nosotros?

MORENO: ¿Cuándo?

CHICLANA: Ahora mismo.

MORENO: ¿Por dónde?

CHICLANA: Por las puertas, por las calles que rodean este cuartel.

MORENO: No dejo ninguna y recién entro.

SAAVEDRA: Pues si ellos no vienen nosotros iremos. A las armas señores. ¡Oficial de guardia! ¡A generala! ¡Alarma!

Parte el oficial.

MORENO: ¿Irán ustedes adónde, por Dios?

SAAVEDRA: ¡A batir a los tiranos y a sus prosélitos! ¡A morir por la libertad y por la patria, que la hora decisiva ya ha sonado!

Se oye generala.

MORENO: Yo exijo señores, se me escuche una palabra.

SAAVEDRA: ¿Viene usted a disuadirnos? Ya no es tiempo.

MORENO: No: no vengo a disuadirlos. Yo también soy revolucionario, y tal vez antes que nadie. Es en el interés de la revolución y de la patria que quiero decir una palabra.

SAAVEDRA: Bien pues, ¿qué es lo que usted tiene que decir?

MORENO: Que por el camino que yo les veo tomar, van ustedes a dar a luz inútilmente una libertad ensangrentada, van ustedes a enlutar medio pueblo que jamás podrá mirar la cara a la libertad sin acordarse que ella hizo morir inútilmente a sus padres, siendo así que pudo levantarse tan pura y tan blanca como el día.

SAAVEDRA: Y bien pues, ¿de qué modo?

MORENO: De un modo muy natural y muy simple que yo me permitiré exponer en dos palabras, si ustedes tienen la paciencia de oírme.

SAAVEDRA: Sí, sí; hable usted nomás.

MORENO: Que en esta misma noche, una petición sea firmada por el mayor número posible de ciudadanos capaces y dignos, conteniendo todos los deseos y todos los votos del pueblo; que esta petición sea colocada mañana mismo por medio de una diputación popular en manos del Cabildo para que

inmediatamente la sancione, o por la fuerza de la razón, o por la fuerza de las bayonetas.

SAAVEDRA: ¿Y quién nos responde de que este paso no enervará la revolución y la frustrará también?

MORENO: Yo, con mi cabeza.

CHICLANA: Sí, sí; yo por mí, suscribo el dictamen.

CASTELLI: Es acertado sin la menor duda.

TODOS: Por aprobado.

SAAVEDRA: Bien; yo he dicho que la voz de todos es la mía.

MORENO: Ya se guardará el Ayuntamiento de oponerse a la voz del pueblo armado y encolerizado. En cuanto a Cisneros, hoy es la impotencia misma; más digno de piedad que de miedo: sin dinero, porque la renta marcha intacta a reparar las exigencias de la España invadida y bamboleante, y nuestra tropa, impaga, y los empleados todos sin un medio, y llenos todos de impaciencia; sin amigos, porque no hace un año que está en este país; sin séquito español, porque la franquicia acordada al comercio inglés, le ha malquistado con todos los españoles que deseaban el monopolio, ¿qué temor puede infundirnos Cisneros?

PASO: ¿No se le estrecharán todos los españoles en el instante que vean a los americanos ocupar las escalas del poder?

CHICLANA: ¡Que se le unan los franceses, los ingleses, los rusos y el mundo entero, nosotros no debemos separarnos esta noche de este lugar, sin haber jurado antes, que primero el sol de mañana brille sobre los lagos de nuestra sangre, que sobre el hierro de nuestras cadenas!

MORENO: Perfectamente, pero será cuando el parlamento haya sido

rechazado.

PASO, CASTELLI Y LARREA:

Sin duda; se supone.

CHICLANA: ¡Pues bien, mis gloriosos amigos! El decreto está tirado; el pacto está hecho. Pongámosle ahora el sello sagrado de los sublimes compromisos. Todo el mundo la mano al corazón. Por el dios de la libertad, de la igualdad, y de la patria, por los sepulcros sagrados de nuestros abuelos los Incas, por la sangre de los mártires de la libertad, por las víctimas de Tupamar, de Colombia y la Paz, inmoladas a la libertad americana; por los infortunios de los campeones del pensamiento libre, por los manes sagrados de Sydney [sic], de Rousseau [sic], de Condorcet, y de todos los genios sacrificados por la barbarie, ¡juráis no dejar pasar el sol de mañana sin haber trozado para siempre las cadenas de tres siglos, y vengado en un día, trescientos años de ignominia?

TODOS: ¡Sí, juro!

CHICLANA: Si así lo hicieris, tendréis la gloria del cielo y de la tierra; de lo contrario, el anatema de Dios y de los hombres. ¡Viva el 25 de Mayo!

TODOS: Viva.

CHICLANA: ¡Viva la libertad!

TODOS: ¡Viva!

CHICLANA: *(En voz baja y grave)* ¿Con que, estaremos todos prontos en la plaza mayor al romper el día?

TODOS: ¡Todos, señor!

CHICLANA: Bien pues, hasta el primer albor de la aurora de la mañana, mis buenos camaradas.

TODOS: Hasta el primer canto del gallo de la república americana.

Vanse.

CAE EL TELÓN

PARTE TERCERA

EL 25, O LA REVOLUCION

LA PLAZA DE LA VICTORIA. EL CABILDO. EN MEDIO, LA PUERTA DE LA ESCALERA QUE CONDUCE A LA GALERÍA. LAS 7 DE LA MAÑANA. EL DÍA OPACO Y LLUVIOSO.

ESCENA PRIMERA

DÍAZ VÉLEZ, y dos más armados.

DÍAZ VÉLEZ: *(A uno de ellos)* Diga usted al Corchete que llame a cabildo. *(Sube la escalera).*

EL OTRO: ¡Qué mal día, señor!

DÍAZ VÉLEZ: ¡Excelente! Digo yo. Estos días brindan a pelear. Verá usted cómo no yerran fuego los fusiles.

EL OTRO: No, señor; yo decía porque está amenazante.

DÍAZ VÉLEZ: Mejor; eso quiere decir que tenemos al cielo por compañero de armas, que también él es de los revolucionarios de Mayo.

Baja el que subió; suena la campana que llama a Cabildo.

ESCENA SEGUNDA

Dichos, y dos más que llegan armados

UNO DE ELLOS:

Buen día, señores.

DÍAZ VÉLEZ: Bello, y qué glorioso también, señor, porque es el de la libertad. Este sol es inmortal, mis amigos; es el sol del porvenir que se levanta hoy día para el suelo americano. Dichosos nuestros ojos que ven lucir su primera aurora. Algún día seremos envidiados por los hijos lejanos de la libertad.

UNO DE ELLOS:

¡Como no tengamos que llorarlo toda la vida!

DÍAZ VÉLEZ: ¡Horrenda profecía! ¿Qué teme usted, pues?

UNO DE ELLOS:

No, nada; yo no temo, ¡pero la suerte de las armas es tan variable!

DÍAZ VÉLEZ: Cuando la justicia está con ellas, al contrario, es infalible. Los justos son invencibles, porque tienen a Dios por aliado. La justicia sola es un ejército.

Entran los cabildantes silenciosos.

Así no anden derechos estos caballeros, veremos si bajan por donde han subido.

Un hombre todo precipitado, que conduce un pliego al cabildo.

¡Eh! ¿Adónde va usted?

HOMBRE: Al Cabildo, señor.

DÍAZ VÉLEZ: ¿A qué? ¿Qué conduce usted?

HOMBRE: Un pliego de la Junta gubernativa.

DÍAZ VÉLEZ: ¿Conteniendo qué? ¿Lo sabe usted?

- HOMBRE: *(En tono confidencial)* Señor, la renuncia decidida de toda la Junta. Los señores vocales están muertos de miedo. Saben ya que anoche ha habido preparativos de revolución. Prefieren descender todos, antes que quedar sin el Presidente.
- DÍAZ VÉLEZ: Siga usted; y cuento con que, de vuelta, no será más reservado con nosotros.
- HOMBRE: Cuente usted, sí, señor; yo salgo al punto, porque traigo gran prisa. *(Pasa)*.
- DÍAZ VÉLEZ: ¿Lo ven ustedes, mis amigos? Todavía hemos de vencer sin disparar un tiro. Es lo que yo sentiría. El remordimiento mismo les hace cobardes. Así descienden siempre los tiranos; cuando ven cercano el día de la justicia, tiemblan, se ciegan y entregan el cuello, como el cordero. Y los corazones nobles tienen que apiadarse por aquellos a quienes poco antes hubieran deseado ver colgados.

ESCENA TERCERA

Dichos, FRENCH Y BERUTI, con cuatro más

- DÍAZ VÉLEZ: *(A French)* ¿Ya sabe usted la novedad que tenemos?
- FRENCH: ¿Se ha echado atrás alguno?
- DÍAZ VÉLEZ: Cinco, por falta de uno.
- FRENCH: ¡Eh! ¡Y qué importa eso! Los que estamos aquí somos de sobra para concluir con el tirano. ¿Y quiénes fueron esos esforzados patriotas?
- DÍAZ VÉLEZ: Los cinco vocales de la Junta.
- FRENCH: ¿Han renunciado?

- DÍAZ VÉLEZ: Por desgracia nuestra.
- FRENCH: ¡Pues! ¡No decía yo que debían estar muertos de miedo! Cuando ayer tarde grité yo aquí mismo “¡abajo el Presidente!” no debieron de haber echado esto a la espalda. ¿Y les han admitido la renuncia?
- DÍAZ VÉLEZ: Nada sabemos todavía.
- FRENCH: ¿Y por qué no lo sabemos todavía?
- DÍAZ VÉLEZ: Vamos a saberlo ahora mismo: estamos esperando al edecán de la Junta, que debe salir en este instante con la respuesta, que se supone ya cuál deba ser.
- FRENCH: Por de contado, que hay que dudar. ¡Miren qué figuras para hacerse fuertes! ¡Bah! Ya creo yo que vamos a triunfar en seco, y tener victoria sin pólvora. ¡Lo que yo siento es haber trasnochado ocupado en limpiar mi sable y mis pistolas!... ¡Hombre! Y yo me alegro. No es poca dicha el salir victorioso con la espada y la conciencia limpias.

Sale el edecán.

- DÍAZ VÉLEZ: ¿Y?... ¿Qué tenemos?... ¿Se les admite la renuncia?
- EL EDECÁN: Ni pensarlo, señor; están empecinados; dicen que ni la Junta tiene el derecho de renunciar, ni el Cabildo el poder de admitir la renuncia; que ni debe ni puede ser lo que el pueblo pide; que no es pueblo, sino un hato de facciosos el que está descontento; y para eso tiene la fuerza, con que le someterá a balazos.
- DÍAZ VÉLEZ: ¡Bien, señor! Siga usted.
- Sigue.*

¡Es lo que deseábamos justamente! Verán también los señores cabildantes, que ya pueden atarse los calzones. “¡Que no es el pueblo, sino un hato de facciosos que debe someterse a balazos!”. ¡Bien, muy bien, señores del *Ilustre* Ayuntamiento! ¡Ya veremos si el hato de facciosos, no son sus señorías, y si no son ellos los que deben someterse a balazos!

BERUTI: ¡Que no es el pueblo, Dios santo! ¡Yo no quisiera sino que se presentasen mis quinientos manolos, a ver si querían más pueblo que ese!

FRENCH: (*A uno del pueblo*) Vuela usted al cuartel de Patricios y transmita todo lo que ha oído al comandante Saavedra, a los capitanes Chiclana y Belgrano, a todos los jefes, a todos los oficiales y soldados.

Parte.

ESCENA CUARTA

Dichos, y pueblo armado que llega

DÍAZ VÉLEZ: ¡No, si no es el pueblo! Si son cuatro facciosos los que están descontentos. Ahora no más los facciosos inundan la plaza. ¡Tiranos imbéciles, que siempre han de tener cerrados los ojos para conocer al pueblo!

Se oye llamada de caja y corneta.

FRENCH: ¿Qué hacemos, señores, que no nos ponemos ya en las puertas de estos serviles para preguntarles si es cierto que nosotros somos un hato de facciosos? ¿Qué hacemos, por

Dios? ¿No hay quien me siga? ¡Yo voy sobre ellos! (*Se encamina al cabildo*).

BERUTI: No, no; es mejor que un parlamento, señores, una diputación del pueblo, parta ahora mismo cerca del Cabildo. Ustedes, señores (*Separa tres*) digan ustedes al cuerpo Capítular, que el pueblo y no un hato de facciosos se halla en las más viva conmoción; que el pueblo, y no un hato de facciosos, rechaza absolutamente del frente del poder a la persona de D. Baltasar Cisneros como Virrey del suelo, como presidente de la junta, como jefe del ejército, bajo todo carácter oficial, y cuya remoción absoluta y completa, manda el pueblo, y no un hato de facciosos, sea decretada por el cabildo en este mismo instante; porque de lo contrario, de cuanto desastre va a ser la consecuencia inevitable de su denegación, nadie debe ser responsable sino el Cabildo que ha usurpado, en semejante nombramiento, un derecho que no ha recibido del Congreso. (*Aparte*).

FRENCH: (*A uno del pueblo*) Vaya usted por los barrios más remotos de la ciudad a exhortar al pueblo para que asista a la plaza; ¡que la patria está a pique de sucumbir; que el tirano tiene intenciones de sostenerse por la violencia y por el fuego; que la población más noble y más sensata va a ser acuchillada!

ESE HOMBRE: (*A French*) ¿No ve usted, señor? ¡Ya la *vereda ancha* se cubre de gente; ya la calle del Colegio, la calle de la Catedral, se inundan de hombres armados!

FRENCH: No importa; difunda usted mis palabras; diga usted que nadie se presente desarmado, porque la lucha debe ser sangrienta y reñida. (*Vase y aparte*) Porque esto de morir como cordero, es un demonio.

- UNO: ¡Qué de gente acude, señor! ¡Si da miedo!
- OTRO: ¡Y todos armados!
- OTRO: No ve usted que nadie sabe de la renuncia, y todos vienen dispuestos a pelear.
- OTRO: ¡Todos armados! Pero qué mal armados: ¡unos con palos, otros con cuchillo, otros con escopeta, con trabuco, con estoque, con pistola, con todo, Dios mío!... ¿Qué será aquello que trae el señor Pepe, el pulpero? ¡Parece jeringa!
- OTRO: No, hombre; si es cuerno.
- OTRO: ¿Y ven ustedes aquel hombrecito barrigudo, parecido al barbero de la plaza de Montserrat, con una lanza de diez varas?
- OTRO: ¡Es cierto, hombre! Parece monaguillo en procesión y con bujía.
- OTRO: ¡Pero ninguno como el teniente French! Véanlo:... ya le parece que es general; a él mandándole a pelear ya está contento, es su elemento, la guerra; óiganlo... no habla si no de balazos y sablazos: sus partes acaban con balazos, sus oficios, sus parlamentos, sus proposiciones, siempre acaban con balazos o sablazos.

Movimiento.

¡Eh! ¡Eh! ¿Qué es eso?

- UNO: ¡Salen los diputados!
- OTRO: ¿Qué diputados?
- OTRO: Los que fueron de parlamento cerca del Cabildo.

Se dirigen a French: se agolpa el pueblo en desorden. A ese tiempo grita y algazara en otro ángulo de la plaza.

- FRENCH: ¡Eh! ¿Qué es eso? ¿Qué ha habido?
- UNO: Nada, señor, muchachos que han agarrado un asno que andaba suelto.
- OTRO: ¡Qué malditos muchachos! ¡En todo se meten ellos! En bautismos, en procesiones, en ejecuciones y hasta en revoluciones. Vamos, vamos a ver qué dicen los diputados.
- UNO DE LA DIPUTACION:
Nos pidieron ante todo, serenidad y moderación; enseguida, que apaciguásemos a estas gentes que ocupan los corredores.
- Risas.*
- VARIOS: ¡No tienen poco miedo los viejos!
- EL DIPUTADO: (*Continúa*) A la intimación del pueblo, contestaron: “que ellos no han usurpado un átomo de poder electoral; que ellos han nombrado a Junta tal cual está formada, porque se han reputado facultados para ello por la pluralidad del Congreso, y porque han creído, sobre todo, que era el solo medio de seguridad y defensa reservado para la estabilidad de estos dominios. Que, sin embargo, meditarían el asunto con la calma y madurez posibles, asegurando al pueblo al mismo tiempo, que sus representantes se hallaban penetrados del mayor amor por el bien y la paz de estas Provincias.
- DÍAZ VÉLEZ: “¡Representantes del Pueblo!” ¡Y ahora poco no tenían derecho para aceptar la renuncia de la Junta! “¡Del pueblo!” ¡Y ahora poco éramos un hato de facciosos! “¡Facultados por pluralidad del Congreso!” ¡Y ayer no se determinaban a publicar por bando el voto de la pluralidad del Congreso, sino después de haber consultado a los jefes de la fuerza

armada, si estaban resueltos a sostener contra la voluntad del pueblo, la Junta de su arbitrariedad y de su capricho! ¡Intrigantes cobardes! ¿Y ustedes qué dijeron?

UNO DE ELLOS:

Que contasen los momentos, porque se acercaba la hora de la justicia del pueblo.

DÍAZ VÉLEZ: ¡Sí! ¡De la justicia del pueblo, y del castigo de los tiranos hipócritas y cobardes!

BERUTI: ¡No, no llegará ese caso! Buen cuidado tendrán de ceder ahora mismo, lo van a ver ustedes. Ya se conoce que vacilan y tiemblan.

Sale un Alguacil con porción de esquelas.

FRENCH: ¿A ver ese hombre? ¿Qué conduce ahí? ¿Qué pliegos son esos? ¡La verdad! Usted será considerado nuestro.

EL ALGUACIL:

Son esquelas de citas, señor, para este momento, a los comandantes de los cuerpos.

FRENCH: ¿A qué fin, lo sabe usted?

ALGUACIL: Sí señor.

FRENCH: ¡La verdad!

ALGUACIL: La verdad, señor; es para ver si están siempre dispuestos a emplear la fuerza contra el pueblo descontento, pues que ellos están en la intención de no retroceder una línea de las resoluciones de ayer. *(Vase).*

FRENCH: *(A Beruti)* ¿No lo ve usted? Van a ceder, decía usted ahora. ¡Oh! mi amigo, usted no conoce todavía esta clase de gente: no cederá sino a balazos. Es cobarde, yo bien lo sé, pero insolente también cuando no ve cercano el castigo. Ella

volverá atrás, sí, yo no lo dudo, pero será después que hayamos hecho silbar veinte balas por sus oídos. ¿Quieren ustedes oír mi opinión? Sin gastar más miramientos nosotros no debemos parar hasta no haber penetrado en la sala misma del Cabildo, y hecho borrar de la lista del poder, por la fuerza de las armas, un nombre que el pueblo detesta, y que no reconocerá sino después de haber sido reducido a cenizas.

BERUTI: No, no: es menester esperar todavía algunos instantes. Veamos qué expediente abrazan los jefes de la fuerza.

FRENCH: Los jefes de la fuerza somos nosotros, porque nosotros, somos los jefes del pueblo, que es la fuerza de la fuerza, el rayo del mundo, el Dios de la tierra. Lo que nosotros habremos hecho en su nombre y con su autoridad, será santo por siempre y para todos, porque el pueblo todo lo santifica, todo lo legitima.

UNA VOZ: ¡Aquí están ya los oficiales!

Llegan.

DÍAZ VÉLEZ: *(Al coronel Martín Rodríguez)* Se dice, coronel, que ustedes son llamados para que ofrezcan contener por la espada, las reclamaciones de todo este pueblo, que el Cabildo llama un hato de facciosos; ya ustedes ven los facciosos; pueden ustedes decir que no es el pueblo el que grita desde esta plaza por la caída de Cisneros...

RODRÍGUEZ: *(Sonriéndose)* No sabemos todavía para qué somos llamados. Pero no hay cuidado... *(Con sonrisa de inteligencia).*

Entran. Grita y algazara en un extremo de la Plaza.

FRENCH: ¿Qué es eso, señor? ¿Qué es eso?

UNO: Nada, señor; eran unos negros que venían también armados como gente y los muchachos los habían agarrado a punta de piedra.

FRENCH: ¡Pues no, señor! Eso es mal hecho, eso es injusto, eso es atroz; eso no será repetido en lo futuro. ¡A ver, a ver! Que vengan esos negros, que se incorporen a nosotros, que se mezclen con el pueblo. Ellos también son nuestros hermanos. Hijos de la libertad y de la patria, ellos también están en el deber de pelear por la conquista de sus santos derechos. Que vengan, sí, son nuestros hermanos. No hay colores, ni ante Dios, ni ante la patria. Uno solo es el linaje de los hombres; la palabra “negro” no está escrita en el Evangelio. También para ellos se ha levantado el Sol de Mayo: a su fecunda luz de hoy más en adelante, o todos los hombres seremos iguales y hermanos, o todos dormiremos hermanos en un común sepulcro.

TODOS: (*Palmoteando*) ¡Bravo! ¡Bravo! ¡Viva la República!

Los negros son acogidos con entusiasmo.

DÍAZ VÉLEZ: (*A un negro*) ¡Ven, hombre como nosotros, joven noble y digno, que una injusticia de siglos te tenía mutilado de tu raza natal; levántate a la dignidad de hombre, incorpórate a tu familia, la humanidad, y prepárate con nosotros a saludar los altares de la patria, como hasta hoy habíamos saludado iguales los del Ser Supremo!

UNO: ¡Y es cierto, hombre! Yo no sé por qué a los pobres negros no los hemos querido reconocer por hombres hasta ahora, siendo así que ellos también tienen dos pies, dos manos, dos ojos, narices y orejas, como todo el mundo. ¡Picardías de los antiguos! Si los negros no son hombres, ¿qué son pues?

¿pájaros? ¿pescados? Y si son hombres ¿qué quiere decir hombre negro y hombre blanco? El Salvador del mundo, el Dios de los hombres ¿empleó alguna vez este lenguaje de división, de anarquía y de injusticia?

DÍAZ VÉLEZ: Los negros saldrán de la degradación; un inmenso porvenir está destinado para esta rama noble y colosal de la humanidad; ella no vino al mundo inútilmente, una misión la espera, que va a comenzar. El siglo 19 verá la rehabilitación de la raza negra, en la consideración de la especie humana. Santo Domingo será la tribuna de este corolario supremo de la regeneración republicana: la humanidad va a completarse. Sus santas prerrogativas van a ser universales. El santuario del pensamiento va a descubrirse para todos los humanos. La tribuna y la cátedra recibirán al negro como al blanco. Y un día, que no diste medio siglo de nosotros, un día también los negros se sentarán en los bancos de nuestras Asambleas Legislativas, después de haberse sentado muchos años en los bancos de las Universidades y de las Academias, y su voz como la nuestra será redactada como ley, en los códigos de la Nación. ¡Y entonces esa raza ennoblecida levantará sus ojos al Sol de Mayo, y golpeará sus manos trasportada de gratitud y de alegría! Sé testigo tú, noble joven, de nuestras palabras y de nuestros actos de este día, y vive largos años para decir a los nietos de tu raza, lo que ella debe a los primeros que vieron saltar el Sol de Mayo.

BERUTI: ¡Cómo tardan en salir los oficiales!

UNO: ¡Hombre! ¡Si recién entran!

FRENCH: Para lo que tienen que decir, demasiado tardan ya. Sí o no, debe ser toda una respuesta.

DÍAZ VÉLEZ: En efecto, ya esto es demasiado esperar.

Se acercan a la puerta de la galería baja, y dan golpes y gritos recios.

MUCHAS VOCES:

¡El pueblo quiere saber lo que se trata con tanta lentitud!

Un instante de pausa; nuevos golpes.

VOCES: ¡Qué se hace, señor, quiere saber el pueblo, que va apurando su paciencia!

Sale el coronel Rodríguez y dice

RODRÍGUEZ: ¡Señores! Unos pocos instantes de paciencia, y la victoria. Excepto tres, todos hemos contestado que bien lejos de poder contener la cólera del pueblo, sabe Dios si nosotros mismos podremos sostenernos a la cabeza de las tropas; que de nosotros mismos comienza a sospechar todo el mundo, y ni los insultos al cuerpo municipal vamos a poder evitar; que por tanto, si un pronto y eficaz remedio no se abraza en el instante, la convulsión más espantosa va a estallar antes que llegue la noche.

VOCES: ¿Y qué dijeron ellos?

RODRÍGUEZ: Oyeron y callaron.

VOCES: ¿Por desprecio?

RODRÍGUEZ: O por terror. Vamos pues a ver lo que deciden, y entonces será tiempo de que el pueblo tome ya un último partido. *(Entra).*

BERUTI: Será preciso creer que estos hombres están locos, si todavía persisten en denegarse a nuestras reclamaciones.

UNO: ¿Quiénes serían esos tres que se separaron del dictamen de los otros?

OTRO: ¡Eh! A los cobardes la espalda y el olvido.

Salen los oficiales.

VOCES: ¡Ya salen! ¡Ya salen!

FRENCH: *(A Rodríguez)* Y ¿qué tenemos por resultado?

RODRÍGUEZ: Nada todavía.

FRENCH: ¡Cómo nada! ¡También ustedes nos traicionan!

RODRÍGUEZ: ¿Nosotros también, mi amiguito? ¿Nosotros? ¿Y yo, tan luego yo? ¿Yo que antes que usted naciera, ya era patriota? ¿Yo, que he hecho por el pueblo y por esta misma revolución hasta este día, hasta este momento, lo que usted no hará tal vez en diez años más, yo también soy sospechado traidor? Más moderación mi amiguito, que la exaltación y la intolerancia, no son el patriotismo.

FRENCH: ¿Qué juzga usted, pues, que deberemos hacer, según el semblante del Cabildo?

RODRÍGUEZ: Esperar todavía algunos instantes.

FRENCH: Es que se dirá entonces que hay cobardía y vileza de nuestra parte.

RODRÍGUEZ: ¡Qué cobardía ni vileza, cuando todo el enemigo de ustedes se compone de una docena de viejos que están más muertos que vivos! Al contrario, el pueblo se cubrirá de honor con una continencia noble y sabia. *(Pasa).*

UNO: Sigamos, señores, el consejo del Coronel Rodríguez. Nosotros no somos ni más patriotas, ni más inteligentes que él.

FRENCH: Pero somos sin duda más imprudentes, y la imprudencia es el ala de oro del ángel de la revolución.

Sale del Cabildo una diputación a la Junta.

FRENCH: Alto, caballeros. El pueblo desea saber el objeto de la misión de ustedes.

UNO DE ELLOS:

Hacer presente a la Excelentísima Junta que es de indispensable necesidad se separe de su frente la persona del Señor Presidente Cisneros.

Pasan.

MUCHOS: ¿Cómo? ¿Cuál es el objeto?

UNA VOZ ALTA:

¡Hacer presente a la Junta que es de necesidad absoluta que el presidente Cisneros se separe de su seno!

UNO: Es decir...

FRENCH: ¡Es decir que todo está concluido, y que es nuestra la victoria!

DÍAZ VÉLEZ: ¡Cómo concluido! ¡Apenas principiado, digo yo! El pueblo ha dado un paso, le restan mil: una inmensa escala de gloria está delante de sus pasos; de ella sólo ha pisado la primera grada. Ha caído la cabeza del poder, caiga ahora el cuerpo. Antes pedíamos la separación de Cisneros; pidamos ahora la de la Junta toda; porque toda ella es nula, desde que en la instalación suya el Cabildo se ha excedido de sus facultades. Y después, cuando el pueblo ha reasumido la autoridad que la Junta ha renunciado, el pueblo ha adquirido el derecho y el deber de constituir una Junta suya, formada de una candidatura de su elección y de su gusto.

UNO: ¡Pero, señores, no sabemos aún si el Presidente se prestará a la dimisión del mando, y ya estamos tratando de la dimisión de toda la Junta!

DÍAZ VÉLEZ: ¡Risible incertidumbre! ¡Temer la resistencia de un hombre que deseara esconderse en las entrañas de la tierra por no tener que presenciar la cólera del pueblo! Daría su fortuna por no retener un mando que si tarda en devolver, tendrá que entregar junto con su cabeza.

BERUTI: ¡Eh! Majadería. ¡A ver, señor, tres individuos!

Se brindan espontáneamente.

Vayan ustedes ante la Asamblea Capitular, a decir que el pueblo no está satisfecho con la sola remoción del Presidente de la Junta; que exige además la de la Junta toda, cuya autoridad es tan nula, tan abusiva, tan usurpada como la del Presidente mismo; y en fuerza de su soberanía que está toda asumida en él, manda que una Junta nueva sea organizada inmediatamente, compuesta de las siguientes personas: *Presidente y Comandante general de armas*, Don Cornelio de Saavedra. *Vocales*: los señores Doctor Juan José Castelli, Licenciado Don Manuel Belgrano, Don Miguel de Azcuénaga, Doctor Don Manuel Alberti, Don Domingo Mateu y Don Juan Larrea. *Secretarios*: los Doctores Don Juan José Paso y Don Mariano Moreno. En la inteligencia, que esta, absolutamente esta, y no ninguna otra es la voluntad pura y legítima del pueblo, cuya cólera en caso de repulsa, ténganlo entendido los señores capitulares, debe hacerles temblar, si es que estiman en algo su cabeza.

Parten. Vuelve la diputación del Cabildo a la Junta, toda gozosa.

LOS DOS DIPUTADOS:

¡Señores! ¡Señores! ¡Todo está acabado!

DÍAZ VÉLEZ: ¿Qué es eso? ¿De qué modo?

LOS DIPUTADOS:

¡El Presidente renuncia con la mayor franqueza y generosidad!

DÍAZ VÉLEZ: *(Se ríe)* ¡Y cuando habíamos dudado de que S. S. tuviese la generosidad de restituirse a sí mismo la vida y el honor que ya se le escapaba de las manos! Sigán ustedes a decir a sus colegas que el pueblo no ha hecho ningún voto de paciencia, y que puede acabársele la poca que le resta de un minuto a otro.

Pasan. Salen los diputados del pueblo.

BERUTI: ¿Qué nos dicen pues, esos buenos hombres?

UNO DE LOS TRES:

Que represente el Pueblo por escrito, lo que en su nombre hemos propuesto de palabra.

FRENCH: *(Sonriendo)* ¡Paciencia, señor! Paciencia. ¡Puede ser que algún día se nos expida patentes de santos, o más bien de sotes!

ESCENA QUINTA

VIEITES: *(Que llega a la plaza)* ¡Qué es eso de santos o de sotes, señores! ¿Se hablaba de la sala Capitular?

FRENCH: Se habla del Pueblo, señor, que es el que está pasando por el zote de la sala Capitular.

VIEITES: ¿Qué es eso? ¿En qué punto está el negocio?

FRENCH: ¡Estamos en que los *Ilustres* Capitulares, no sabiendo cómo evadirse o tomarse el mayor tiempo posible, nos salen ahora con que no se contentan con comisiones verbales, y quieren ver escritas en una representación las voluntades del pueblo!

VIEITES: Y bien, pues, nada más natural: ¿qué otra cosa pactamos anoche antes de separarnos del cuartel de Patricios? Y es en esa inteligencia que hemos redactado este pedimento que yo traigo aquí *(Lo saca)* firmado por un inmenso número de ciudadanos pacíficos y sanos.

FRENCH: ¿Lo trae usted ahí? ¡Hombre! Qué fortuna. En mejor momento no pudo presentarse. ¡A ver! ¡Señores! ¡Los de la diputación anterior!

Se presentan.

Aquí está ya el pedimento escrito: pueden presentarle ustedes sobre la marcha.

Reciben y parten.

¡A ver si ahora le quieren impreso y no manuscrito!

DÍAZ VÉLEZ: ¡Vamos a ver, vamos a ver qué nueva dificultad les ocurre ahora a los señores dificultosos!

FRENCH: No señor, esto ya es pura tontería de nuestra parte. Y de la suya... ¡Tal vez es una intención páfida de tomársenos el tiempo, en tanto que traman algún plan infernal contra nosotros!

VIEITES: ¡Quién sabe! El hecho es que hace mucho que esto debía estar acabado *(Saca el reloj)*. Son las tres de la tarde.

BERUTI: Los Dioses mueren a esta hora: los Judas, más tarde.

VIEITES: Dentro de hora y media, llega la noche. Y Dios libre a más de cuatro que esta noche llegue: puede ser que para ellos sea noche eterna.

Se oyen tiros y vivas; agitación, disparada en todo sentido.

TODOS: ¿Qué hay? ¿Qué ha habido?

FRENCH: ¿Qué es eso? ¡Señores! ¡Silencio! Todo el mundo quieto, todo el mundo firme. ¿Por qué agitarse? Son ellos sin duda, que nos buscan. Pues bien; aquí estamos; que vengan, nos hallarán, y también nosotros hallaremos la libertad y la victoria que ya estamos fatigados de esperar.

"¡No es nada! ¡No es nada!" se oye a los lejos.

¡Maldición, diez veces! ¡Siempre nada, siempre engaños, siempre chascos!

UNO QUE LLEGA CORRIENDO:

¡No hay nada, señores!

FRENCH: ¡Cómo! ¿Y qué tiros y vivas eran esos?

EL QUE LLEGA CORRIENDO:

De un barrio retirado, donde se había asegurado que todo estaba concluido ya con la renuncia del Virrey.

Salen los diputados.

UNO: Mala cara traen los diputados.

OTRO: Sin duda han recibido alguna pata de gallo.

FRENCH: ¿Falta alguna cosa todavía?

LOS DIPUTADOS:

Sí señor.

Risa general.

FRENCH: ¿Qué quieren pues, ahora?

UNO DE ELLOS:

Ahora quieren oír ellos de boca del mismo pueblo la ratificación del pedimento escrito, para lo cual exigen que se le congregue en esta plaza.

VIEITES: Ya está pues congregado; que salgan a interrogarlo. ¡O quieren todavía un mayor cúmulo de pueblo!

VOCES: Que salgan los capitulares, si desean oír al mismo pueblo.

OTRAS: ¡Que salgan, sí, que salgan! Aquí está el pueblo: él hablará y lo oirán todos.

ESCENA SEXTA

El Pueblo y el Cabildo que salen al balcón principal.

EL SÍNDICO PROCURADOR:

(Es el doctor Leiva, de capa blanca, vueltas moradas, cabeza empolvada, y redecilla; no viendo todo el concurso que esperaba, pregunta) ¿Dónde está el pueblo, pues?

VIEITES: Y este que está aquí, ¿es algún rebaño de carneros?

EL SÍNDICO: ¿Y este es el Pueblo de Buenos Aires?

VIEITES: ¿Y desde el balcón del Cabildo quiere el Ayuntamiento hablar con todo el pueblo de Buenos Aires?

EL SÍNDICO: ¿Y quién nos asegura de que los descontentos no sean más que los que están aquí, y que el verdadero pueblo no esté contento y tranquilo en su casa, pero que nos vendrá a pedir cuenta en el instante que sepa que hemos entregado sin saber a quién, el poder que ha depositado en nuestras manos?

- VIEITES: ¡Y quién les asegura a ustedes que nosotros seguiremos teniendo sufrimiento, y que no subiremos ahora mismo a contener una insolencia que ya raya en bufonada! Si esta plaza no está cubierta de gente, lo ha estado hace media hora; y cinco minutos son de sobra para que vuelva a llenarse si se quiere al primer eco de campana.
- SÍNDICO: La campana no puede sonar: un año hace que está sin badajo.
- VIEITES: La revolución no es el badajo de la campana de Cabildo, ni se ha encerrado con él. Otros ecos también saben arrastrar al pueblo a la plaza pública. ¡Nosotros haremos sonar las cajas y las trompetas de alarma, abriremos las puertas de los cuarteles, y veremos entonces si ese pueblo que se echa de menos y que se descolgará como un torrente en esta plaza, gasta con ustedes los mismos miramientos del que está presente!
- EL SÍNDICO: Pues bien, que el actuario lea en altas e inteligibles voces las palabras del pedimento presentado y que los concurrentes expresen si es esa su verdadera voluntad.
- TODOS: ¡Sí, sí, que lea! ¡Que lea!
- EL ACTUARIO: (*Lee*) Quinientos ciudadanos firmados al pie de esta petición, en el nombre de sus derechos y de los derechos del pueblo que ellos representan en este acto, piden y mandan:
- 1º. Que la Junta Capitular disuelva inmediatamente la Junta gubernativa instalada por usurpación ayer 24 de Mayo, compuesta del Presidente Cisneros y los vocales Saavedra, Sola, Castelli e Inchaurregui.
- 2º. Que en su lugar componga inmediatamente una nueva Junta gubernativa, compuesta de los siguientes candidatos.

Presidente y Comandante General de armas:

Don Cornelio Saavedra

Vocales: Castelli

Belgrano

Azcuénaga

Alberti

Mateu

Larrea

Secretarios: Paso

Moreno

3º. Serán condiciones necesarias y absolutas de la existencia de este nuevo poder en tanto que un Congreso de toda la nación no se convoca. El mantenimiento del orden público y la inviolabilidad de los ciudadanos, la independencia del poder judicial en la gestión de la justicia pública. La manifestación mensual de los gastos del estado. La abnegación en favor del cuerpo Capitular de la facultad de establecer el impuesto. La publicación de una expedición inmediata y necesaria de un Ejército que antes de 15 días, marchará en protección del establecimiento de estos principios, en el interior del país, primeramente; más tarde, si el caso lo demanda, en toda la extensión del continente americano. Siguen las firmas. Son 500.

EL SÍNDICO: ¿Es esto lo que el pueblo quiere?

EL PUEBLO, A UNA:

¡Sí! ¡Eso! ¡Y nada menos que eso!

EL SÍNDICO: ¿Y en caso que se establezca Junta nueva, será obligada a responder del orden y de la paz pública?

EL PUEBLO: ¡Sí!

Murmullos y sonrisas.

- UNA VOZ: ¡Quién tendrá más interés que el mismo pueblo en estas cosas!
- EL SÍNDICO: ¿Quedará su conducta sometida a la censura capitular; y declarada reprobable, podrá ser removida por el Cabildo?
- EL PUEBLO: ¡Con justificación de causa, y conocimiento del pueblo, sí!
- EL SÍNDICO: El Cabildo no procederá sin causa manifiesta.
- UNA VOZ: ¡Y si no que lo haga!

Risas.

- VOCES: ¡Sí, sí, que lo haga!
- OTRAS: Hipocresía ridícula, afectación tonta.
- OTRA: Simulación cobarde de patriotismo.
- UNO: *(En voz fuerte)* ¡Silencio, señores, que estamos celebrando el contrato social americano!
- EL SÍNDICO: ¿Será de la Junta la provisión de plazas?
- EL PUEBLO: ¡Sí!
- EL SÍNDICO: ¿La Junta por sí sola no podrá establecer el impuesto?
- EL PUEBLO: ¡No!

Se retira el Cabildo.

- VOCES: ¿En qué quedamos, pues? ¿Todavía restan dificultades?
- VIEITES: ¿Se podría explicar la tenacidad de estos pobres hombres? ¿Será patriotismo? ¿Será probidad? ¿Será servilidad? ¿Temor? ¿Prudencia? ¿Será previsión, política o rudeza? ¿Se podrá dar razón señor, de esta conducta de misterio y de tinieblas?
- DÍAZ VÉLEZ: ¡Quién sabe! Lo que yo veo es que nuestra tolerancia, ya no

es tolerancia, sino sonsera, estupidez, indolencia; ¡porque cuando un pueblo exuberante de vida y de fuerza, lleno de la conciencia de sus derechos y de su majestad, permite jugar con sus destinos a una media docena de pigmeos abyectos, ese pueblo desciende de su dignidad y compromete su rango!

- VIEITES: ¡O tal vez no! ¡O tal vez da una lección a los pueblos precipitados y petulantes, del uso más sobrio y más noble que un gran pueblo pueda hacer de su omnipotencia! ¿Se concibe nada de más grande que la sonrisa del león que sufre impasible las insolencias del zorro?

Sale volando el corchete; es detenido.

- FRENCH: ¿Para dónde?
- EL CORCHETE: A ordenar el bando y citar los vocales.
- FRENCH: ¿Qué vocales?
- EL CORCHETE: Los nuevos.
- FRENCH: ¿Pues qué?...
- EL CORCHETE: El Cabildo se ha sometido ya a los decretos del Pueblo. *(Pasa corriendo)*.
- Vieites queda estupefacto.*
- VOCES: ¿Qué ha habido? ¿Qué es eso?
- ALGUNOS: *(Al corchete)* ¡Eh! ¡Eh! Venga usted acá: ¿qué es eso? ¿qué ha habido?
- EL CORCHETE: ¿Qué ha habido?

ALGUNOS: Sí, ¿qué ha habido? Diga usted o le damos de sablazos.

EL CORCHETE:

¡Qué ha de haber! Que ha triunfado el pueblo, que sus representantes van a subir al trono, y yo voy en busca de ellos. ¡Vamos! ¡Paso libre, al precursor de la victoria!

Se miran todos enajenados.

VIEITES: *(Al pueblo)* Hijos de Buenos Aires: el pueblo es libre, ¡viva la Patria!

TODOS: ¡Viva la Patria!

VIEITES: El pueblo es Rey, ¡viva la libertad!

EL PUEBLO: ¡Viva la libertad!

VIEITES: ¡La faz del mundo acabáis de cambiar en este instante! Habéis derrocado en pocas horas un trono que tres siglos estaban sosteniendo. Razas enteras habéis sacado de la nada. El solo aspecto de vuestra cólera ha hecho deponer temblando a la tiranía una dominación de 300 años. Podéis abrazar la victoria sin temor de ensangrentarla con vuestras manos: sois libres sin haber sido homicidas. Millares de generaciones os deben ya la vida. ¡Sois los padres de mil mundos! ¡Vivan los vencedores de Mayo!

EL PUEBLO: ¡Vivan!

FRENCH: ¡Vivan los hijos primogénitos de la libertad americana!

EL PUEBLO: ¡Vivan!

FRENCH: ¡Vivan los nobles hijos del Río de la Plata, los beneméritos Porteños!

EL PUEBLO: ¡Vivan por siempre! ¡A ellos por siempre, gloria y prosperidad!

UNO: Señores, un himno al Dios de la libertad, y al sol que la ha visto nacer.

Se descubre todo el mundo; se canta el Himno de Mayo; acabado:

VIEITES: Éramos esclavos; ahora somos libres. Éramos un rebaño de carneros: ahora somos una Nación Soberana. Éramos siervos los unos, amos los otros: hoy somos todos iguales y hermanos. El dogma del Evangelio ha pasado a la política. El código de Dios, es el código del Pueblo. Gloria a los campeones de la revolución de Mayo.

EL PUEBLO: ¡Gloria inmortal! ¡Aplausos eternos!

Se oye el toque de bando.

VOCES: ¡El bando! ¡El bando de la nueva Junta!

FRENCH: ¡Vivan los héroes de la nueva Junta!

EL PUEBLO: ¡Vivan!

FRENCH: ¡Viva el gobierno del pueblo!

EL PUEBLO: ¡Viva!

Aparece la tropa; pantalón blanco, chaqueta azul; sombrero redondo, con penacho blanco; laureles en la boca de los fusiles.

VIEITES: Viva el batallón de Patricios, el batallón de Mayo y sus jefes gloriosos.

EL PUEBLO: ¡Vivan!

LA TROPA: Vivan las sagradas voluntades del pueblo nuestro legítimo Rey.

EL PUEBLO: ¡Vivan los soldados que militan por la causa pura de la patria!

Redoble para la tropa; el escribano lee el bando que sigue:

ESCRIBANO: Buenos Aires, 25 de Mayo de 1810

“El Poder municipal de esta ciudad, en cumplimiento de las voluntades soberanas del Pueblo y en uso de las facultades que le han sido conferidas por él, ha tenido a bien revestir con el sagrado carácter de ley fundamental del Estado, todas y cada una de las voluntades del país expresadas en la solemne petición que los ciudadanos han querido someter a su deliberación en este día. Para constancia de todos, hágase saber y publíquese por bando a la faz del país y del mundo”.

FRENCH: ¡Vivan las nuevas leyes de la Patria!

EL PUEBLO: ¡Vivan!

FRENCH: ¡Vivan los santos principios de la revolución de Mayo!

EL PUEBLO: ¡Vivan! ¡Mil y mil veces, eternamente vivan!

Sale el bando por lado opuesto, batiendo cajas y música.

DÍAZ VÉLEZ: ¡Son los principios de Washigton [sic] y Lafayet [sic], de Sydney y de Rousseau, de todos los hombres célebres que han ilustrado los fastos de la civilización humana! Acabáis de emparentar con esta raza de gigantes; la luz de su aureola ha caído en vuestros cráneos, y estáis bautizados hijos de la civilización y de la libertad; les debéis la vida a que nacéis y la luz nueva que se abre a vuestros ojos; son vuestros padres. ¡Nuestra revolución es la hermana menor de las revoluciones de los Estados Unidos y de Francia! ¡Todas tres tienen por padre al siglo de Rousseau! ¡al siglo de Voltaire, de Montesquieu y de Diderot, al siglo 18 de ambos mundos! ¡Vivan nuestros ilustres padres los filósofos del siglo 18!

EL PUEBLO: ¡Vivan!

DÍAZ VÉLEZ: ¡Vivan nuestros ilustres hermanos los franceses de 89 y los americanos de 68!

EL PUEBLO: ¡Vivan!

UNA VOZ: ¡Mueran todos los gallegos abortados por la España!

Un silencio profundo es la respuesta.

VIEITES: ¡No! ¡Quinientas veces no! ¡La revolución de Mayo, no será homicida, ni con el pensamiento ni con el deseo! Es la victoria del pueblo, y el pueblo es la humanidad; es el triunfo de la patria, y la patria es la congregación de la especie humana. Sólo quería una muerte: la de la tiranía, y la tiranía ya no existe, la revolución no tiene más votos fúnebres. Los *gallegos*, en tanto que españoles, son nuestros padres; nosotros no seremos patricidas [sic]. En tanto que hombres, son nuestros hermanos; nosotros no seremos fraticidas; ellos no fueron nuestros tiranos; tiranizados ellos como nosotros, fueron nuestros compañeros de opresión, como serán en adelante nuestros compañeros de libertad; no queremos vengarnos con víctimas que a su vez piden también venganza. La revolución de Mayo no será un motín estrecho del espíritu local, no será una victoria de pandilla, un accidente aislado de villano interés; será un espléndido detalle de una obra que se extiende a toda la humanidad, será un grandioso episodio de una ley que trae su desarrollo desde las repúblicas de Grecia y de Roma, y propende a dominar la superficie entera de la tierra; producto necesario de todos los progresos humanos, ella es una propiedad de la civilización universal; es un triunfo de la razón general, una victoria del espíritu humano, una conquista de todos, una jornada de la humanidad en la eterna campaña de sus progresos indefinidos. ¡A todos los hombres del mundo,

pues, salud y parabienes, porque de todos es la victoria y la conquista! Españoles, franceses, ingleses, alemanes, italianos, todos somos hermanos, porque todos somos hombres, hijos de un mismo padre, Dios, miembros de una misma familia, la humanidad. Desde este día, pues, nosotros no conocemos extranjeros. No que el francés deje de ser francés, que el inglés deje de ser inglés, que el americano deje de ser americano en este suelo; sino que el francés, el inglés, el americano sean hombres y hermanos en América, como lo son en la naturaleza y la verdad. ¡Vivan pues todos los hombres y las naciones de la tierra!

EL PUEBLO: ¡Vivan!

Algazara lejana, vivas reiterados a la patria, a la libertad, a los representantes americanos.

UNO: *(Señalando hacia el bullicio)* ¡Los Diputados! ¡Los Diputados, que vienen a prestar el juramento!

Movimiento, grita; se abre una calle de pueblo que conduce al Cabildo. Aparecen, pasos graves, traje negro, modesto. Flores, salvas de manos, vivas, músicas, llueven sobre sus cabezas.

VIEITES: *(A los diputados)* Deteneos un momento hombres inmortales, en presencia del Pueblo, cuya majestad sois llamados a representar desde este día. Contemplad la magnitud de este gigante, la omnipotencia de este Rey que acaba de nacer y va a depositar su sagrada corona en vuestras sienes. Es el León de América que ha vencido al León de Castilla. Le habéis visto desmoronar en pocas horas un trono de tres siglos. Grabad esta lección en vuestros espíritus; temblad del Pueblo si queréis ser patriotas; cifrad en este temor el patriotismo, como en el temor de Dios se ha vinculado la

suprema sabiduría. Ved bien lo que hacéis, lo que decís, lo que pensáis al poner la mano sobre el Evangelio. Pensad que un día tenéis que comparecer ante la majestad de este terrible Juez para dar cuenta de los compromisos jurados. Penetraos de la santidad de la misión que os espera, de la grandeza de los deberes que abrazáis, de la austeridad de las obligaciones que contraéis. Pensad que el poder que vais a recibir en depósito, no es ya el poder usurpado de un soberano extranjero: tiene de hoy más dos propietarios exclusivos: Dios en el cielo, y el Pueblo Argentino en la tierra. Al Pueblo es pues, a quien tendréis que restituirle ileso algún día, en las personas que habrá tenido a bien elegir por sus representantes. Recordad en todos los momentos, que no tenéis en él otra parte que el honor de ser sus depositarios; que no sois más que unos altos comisarios del país; que los inciensos y los homenajes de que vais a vivir circundados, no son tributarios a vosotros, sino al pueblo en vuestras personas; que cuando el pueblo os ordene descender, tendréis que obedecerlo sin que debáis quedaros con otro producto que el honor de haberlo servido religiosamente. No vais a gestionar negocios vuestros; no tenéis para qué poner en ejercicio vuestras pasiones personales: vais a convertirlos en órganos ajenos; vais a abnegaros de vosotros mismos; vuestras pasiones, vuestras ideas, vuestros instintos no deben ser otros que las pasiones, las ideas y los instintos del pueblo; al revestir la personalidad nacional, vais a abdicar la vuestra. Ya no seréis vosotros: seréis el pueblo; vosotros solos no seréis nada: lo seréis todo por el pueblo y para el pueblo.

Tal es vuestro carácter. No es menos alta vuestra misión: ella es inmensa y sagrada; de apostolado, de iniciativa, de

propaganda, de reforma, de progresos más que de gobierno y de administración. No ha caído un tirano extranjero para dar lugar a un tirano nacional; no ha caído un hombre, ha caído un régimen, que un régimen y no un hombre nuevo debe suceder; no más tiranos, ni tiranía; española o argentina, toda tiranía es infernal y sacrílega: si el argentino es tirano, muerte al argentino; si el extranjero es libertador, gloria al extranjero; el trono, a las ideas no a las personas; la gloria, a las virtudes no a los hombres.

Deberes austeros os esperan, ímprobos trabajos, días de fatiga, vida de afán y de actividad; a la inmovilidad va a suceder la agitación, a la inacción el movimiento; grandes compromisos, grandes riesgos, grandes sinsabores van a cercar vuestros días en lo venidero. Es menester reconstruir el edificio desde los cimientos, llevar la vista a todo, porque todo conspira, todo se liga, todo se sostiene en la vida del Estado: religión, arte, industria, ciencia, legislación, costumbres, todo quiere ser reconstruido de nuevo sobre bases modernas y análogas al gran principio de la democracia proclamado en este día. Es menester despertar y educar el sentimiento de la Patria, que es el espíritu público, el instinto de la asociación y de la vida colectiva y solidaria. Todo ha sido anarquía hasta este día, y en la anarquía ha descansado el despotismo: los hombres, las familias, los barrios, las ciudades, las provincias, todo ha vegetado hasta hoy en una vida de aislamiento, de división y de muerte: que bajo el soplo de la unidad nacional, este compuesto anárquico recobre la vida y el movimiento.

Vais a recibir una misión de audacia, de intrepidez, de revolución, de reformas, de cambios profundos, de mudanzas radicales y denodadas; necesitáis vestir el corazón de triple coraza, ensordecer a los clamores y a las amenazas

de la indolencia que odia el movimiento, de la rutina que detesta el progreso, de la superstición que tiembla de la luz; hacer la guerra de muerte y de exterminio a los abusos, a las prevaricaciones, a las arbitrariedades; a las viejas rutinas sobre todo, a las añejas y tenebrosas tradiciones del pasado régimen. Habréis prevaricado terriblemente el día que se os oyere decir: hoy no tenemos nada que hacer. Lo tenéis que hacer todo: porque todo es nulo, y todo quiere ser hecho.

Sólo podréis decir que está cumplida vuestra misión, cuando podáis anunciarnos que ya está educado el pueblo: ya las masas más numerosas y más pobres se han emancipado de la clase más corta y más rica, se han sustraído a la ignorancia y a la miseria; ya no hay proletariados en el país; ya las fortunas se han nivelado; ya no hay un hombre que no sepa leer la Carta del Estado y escribir sus derechos de ciudadano; ya la Nación tiene una literatura propia, una industria propia, una legislación propia, una vida en fin adecuada y suya; ya el país tiene marina, ejército, puentes, canales y caminos públicos, bancos y establecimientos de crédito, un sistema inviolable de comunicaciones, medios poderosos de transporte, rutas custodiadas de comunicación en todo sentido, en todas direcciones; ya no hay guerras de localidades, antipatías de provincias, luchas de feudalismo y de insociabilidad; la paz y la amalgama se han establecido entre el principio provincial y el principio nacional, entre el interés local y el interés general, entre el sistema unitario o central y el sistema múltiple o federativo, tomando también la divisa de Washington que es la divisa del gobierno americano y del gobierno del mundo en lo futuro. *E pluribus unum*: fórmula eterna y universal que expresa la solución definitiva de todo el problema de la política humana.

“Es preciso por último, emprender un nuevo camino en que, lejos de hallarse alguna senda, será necesario practicarla por entre los obstáculos que el despotismo, la venalidad y las preocupaciones han amontonado por siglos ante los progresos de la felicidad de este continente”.¹

¡Si este programa no os espanta, si sentís en vuestras almas el valor suficiente para lanzaros en esta arena de riesgos y peligros al par que de glorias y grandeza, si estas convicciones os pertenecen, si en vuestros corazones hay un poder de vocación que os arrastra a entrar en esta vida desconocida, seguid, hombres magnánimos, y poned tranquilos la mano sobre el Evangelio; que primero el pueblo Argentino consentirá en verse convertido en cenizas, antes que ver mancillada su dignidad en la dignidad de sus augustos representantes!

Siguen; música.

FRENCH: ¡Vivan los nuevos representantes de su majestad el Pueblo Argentino!

TODOS: ¡Vivan!

VIEITES: ¡Viva el Rey de los Reyes, el Soberano de los Soberanos, el único potentado de la tierra por la gracia de Dios y de los hombres: el Pueblo!

TODOS: ¡Viva!

VIEITES: Gloria eterna al apóstol del dogma inmortal de la soberanía del pueblo: El Gran Rousseau.

TODOS: ¡Eterna gloria!

VIEITES: Que los detractores de su genio inmortal sean reputados enemigos de los principios de nuestra revolución, consignados en las páginas eternas del Contrato Social.

TODOS: ¡Son los votos del pueblo Americano!

VIEITES: Al primer pueblo americano que se ha sentado sobre el trono y ha colocado sobre su cabeza la corona de los Reyes!

TODOS: Gloria inmortal.

Sombrero abajo; la canción patriótica; concluida se oyen vivas y músicas lejanas.

FRENCH: Señores: un principio nuevo, demanda un símbolo nuevo; una Patria pide una bandera. España tiene la suya, nosotros tengamos la nuestra. Para representar la libertad que es hija del cielo, nada más digno que los colores del mismo cielo. El que resplandece sobre nuestras cabezas nos presenta el diseño: las manchas blancas del Sud sobre el fondo azulado. He ahí nuestro estandarte: imaginen concisa de nuestro cielo y de una causa que también es hija del cielo, porque es la causa del Evangelio, la causa de la libertad, de la igualdad, de la fraternidad de todos los pueblos y los hombres del mundo. Sagrada, señores, debe ser esta bandera como la Cruz de Cristo. Tiene el mismo significado: es un dialecto de este símbolo universal. Anuncia el triunfo de los mandatos de Dios y de los derechos del hombre. No será una bandera de familia, de raza, de facción; será una bandera de humanidad, universal y eterna como los principios que expresa, hermana legítima de la de los tres colores de la Francia y de la bandera de las estrellas y las listas rosadas de los Estados Unidos. Aquí la tenéis compatriotas: ¡saludadla!

¹: Palabras del Dr. Moreno.

La despliega; todo el mundo se descubre y se inclina.

DÍAZ VÉLEZ: ¡Salve, estrella de libertad, gracia del cielo, un pueblo libre te saluda y te abraza por emblema! ¡Vivan los hermosos colores de nuestra libertad!

TODOS: ¡Vivan con ella, y para siempre vivan!

FRENCH: Juráis señores,

Todo el mundo levanta el brazo.

¡juráis cifrar en estos colores vuestra patria, vuestra libertad, vuestro honor y vuestra vida a punto de reputaros ignominiosamente ultrajados en todo ultraje inferido sobre ellos?

TODOS: ¡Sí juramos!

Vivas prolongados; música permanente hasta la aparición de Saavedra en el balcón del Cabildo.

UNO: Adornémonos todos con nuestros colores. *(Y reparte a todos cintas azules y blancas).*

OTRO: Llevemos sobre nuestros pechos el símbolo de la fe que arde en nuestros corazones

OTRO: Aún es tiempo de que la Junta jure a la vez nuestros colores y nuestras leyes. ¡Vamos a ponerlos en nombre del pueblo sobre el Evangelio y bajo la mano de sus representantes!

FRENCH: No; las banderas deben ser juradas a la faz del pueblo, a la faz del Cielo y de Dios que está presente en todas partes: ¡sobre el campo de batalla, en medio de los cánticos de la victoria, al humo de sus inciensos y su culto! ¡Aquí, aquí, en la mitad de la plaza pública!

TODOS: ¡Bien, bien!

Saavedra aparece en el balcón del Cabildo.

UNO: ¡Silencio! ¡Silencio!

Calla todo.

SAAVEDRA: Ya están cumplidos los votos del pueblo: ya está formado su gobierno.

FRENCH: ¡Viva la patria; vivan sus nuevos representantes!

TODOS: ¡Vivan!

UNO: ¡Silencio!

SAAVEDRA: En nombre de vuestros representantes, de la libertad, y de vuestra propia dignidad, os exigimos desde luego la conducta indulgente y poderosa de un pueblo poderoso por la victoria y por la grandeza de su causa. Queda bajo el protectorado de vuestra gentileza el magistrado desgraciado que acabáis de arrojar del poder y de vuestra gracia.

FRENCH: El gobierno puede lisonjearse de que son idénticos los sentimientos del pueblo. Al Gobierno le consta: el pueblo de Buenos Aires tiene afecciones hasta en sus enemigos, y su costumbre ha sido y será siempre de contestar las injurias de sus ofensores por los favores de su benevolencia. La bandera que acaba de nacer es inmensa; tiene sombra hasta para sus enemigos.

SAAVEDRA: ¡Viva el magnánimo pueblo de Buenos Aires!

TODOS: ¡Vivan los gloriosos representantes del pueblo!

Saavedra se retira; música; vivas; descargas lejanas; suena un cañón en el mar.

DÍAZ VÉLEZ: ¿Conocéís, compatriotas, el eco de ese cañón que nos saluda vencedores? Es el mismo que ahora tres años enviaba el hierro sobre nuestros cráneos; nos destrozaba esclavos, y nos saluda hombres libres. Ved cómo la libertad ennoblece ante los pueblos. ¡Gloria al cañón de la Inglaterra, que, después habernos dado a conocer nuestras fuerzas, es el primero a saludar la libertad del nuevo mundo!

FRENCH: Demos gracias a los franceses que, en el otro continente, han probado la impotencia de nuestros tiranos, y a los ingleses que en el nuestro, han probado el poder de los americanos; la conquista en ambos mundos, ha ocasionado nuestra libertad; de la injusticia ha nacido la independencia: los tiranos han creado las libertades de la tierra. Pretendieron ser nuestros amos: hoy somos sus iguales. En recompensa de sus balas les brindamos nuestra hospitalidad.

UNA VOZ: ¡Ya salen, ya salen los representantes!

Movimiento; se abre calle; música; vivas; silencio; se detienen ante el pueblo; a ellos

FRENCH: Acogeos a la sombra de la bandera del pueblo: es la sombra de vida de los gobiernos; ellos serían eternos si siempre permaneciesen a su abrigo; es más dulce que la del solio de los Reyes; es la sombra mágica que hace los gigantes. Con su deserción comienza su caída. El día que un gobierno ha dicho adiós a la bandera de su pueblo, se ha estrellado contra las piedras de su sepulcro... Recibidla pues en depósito de las manos de la patria, con el poder cuyo ejercicio se os hace el honor de encomendar: haced de sus colores vuestro más bello ornamento, que brillen en vuestros vestidos, en vuestras insignias, como en el seno de

la patria. Dilatad sus santos dominios; llevadla si es posible a los confines de la tierra, en protección de todos los oprimidos; que como el sol, recorra todas las zonas de la libertad; que la conozcan todos los pueblos de la América del Mediodía, que la saluden, que la deban su libertad, su ser, para que la recuerden con gratitud y con gloria en los tiempos que vienen. Adoradla como a la niña de vuestros ojos: sea para vosotros la luz del día, el perfume de la vida, la sonrisa del cielo, un gesto de Dios; hermanadla con todas las banderas de los pueblos libres; hacedla visitar todos los mares de la tierra. Y restituidla cuando la patria os pida cuenta, flamante y pura como la ha visto nacer el sol de Mayo, del seno brillante de la Patria.

La rodean y se descubren, la besan con respeto y amor.

¡Gloria eterna a los padres de nuestra libertad, a los ilustres promotores de la revolución de Mayo, a los espíritus penetrantes y audaces que al través de una noche de tres siglos, han sabido discernir con claridad nuestros destinos inmortales! Ellos han derramado la luz del pensamiento sobre el cráneo del pueblo; ellos han rasgado las vendas que por trescientos años habían cerrado nuestros ojos a la luz de la verdad; ellos han lanzado torrentes de luz en los espacios donde la tiranía había esparcido las tinieblas. Osados, incansables, abrasados de amor por lo grande, ardiendo en fe por la libertad, haciéndose sordos al sarcasmo, a la burla de los necios, arrostrando todos los peligros, todas las privaciones, todos los sinsabores, permaneciendo siempre los mismos cuando todo cambiaba en torno de ellos, hombres, sentimientos y cosas; abriéndose camino al través

de las defecciones, de los desengaños, de las traiciones, ellos han sabido traernos hasta ponernos en presencia de cien destinos inconmensurables, de cien rutas de gloria y de prosperidad. A ellos, señores, ¡aplausos inmortales!

TODOS: ¡Eternos inciensos, saludos hasta el cielo!

FRENCH: Son los Patriarcas del nuevo Evangelio Americano. A su memoria, señores, y para su culto, un monumento será levantado en esta misma plaza, en cuyas láminas se escribirán con letras de oro, los nombres armoniosos de (*Se descubre*) Paso, Castelli, Belgrano, Larrea, Moreno, Vieites, Chiclana, Peña, Saavedra, Irigoyen, y diez nombres más que mi boca, enervada de entusiasmo, calla, pero que los labios de la fama harán resonar en los espacios del porvenir.

TODOS: ¡Es un tributo dignísimo y sagrado!

UNO: (*Con un mazo de laureles, entra*). Aquí hay laureles para todos. *Corren y toman.*

Primero para las cabezas que han concebido nuestra libertad, después para todos los que la hemos conquistado. ¡Coronémonos todos y entonemos coronados el último himno al Dios de la bandera azul, de la Patria y de la libertad!

Cantan; concluido:

BERUTI: ¡Compatriotas! En nombre del entusiasmo que abrasa mis entrañas, y del calor de los valientes que he tenido el honor de presidir en esta jornada inmortal, yo me tomo la misión de decretar que nadie pegue sus ojos en esta noche de gloria: el pueblo que duerme impasible el día que ha roto sus cadenas y no se enloquece, y no se embriaga, y no se enajena y perece de gusto, es un pueblo indigno y frío que no

tardará en volver a ser esclavo. Yo decreto, señores, a nombre del honor de ustedes mismos, que durante las horas memorables de toda esta noche, resuene un cántico continuo y universal al Dios que ha roto nuestras cadenas.

TODOS: ¡Cúmplase! ¡Cúmplase! ¡Viva el denodado Beruti!

UNA VOZ: ¡Señores! ¡Comienza a llover ya, y no podrá tener lugar ese decreto!

FRENCH: Si la lluvia, en vez de ser agua, fuese de plomo, más alto cantaríamos todavía. Esta lluvia es un regalo oportuno del cielo, para aplacar el incendio voraz que nos abrasa. Si no lloviese arderíamos.

VIEITES: ¡Tiranos! Vosotros que no podéis contemplar la faz del Pueblo, sino con los ojos de la sospecha y del encono; vosotros que no conocéis el dulce imperio de una sonrisa ingenua de sus labios; ¡comeos de envidia y de desesperación al contemplar el cuadro inefable de un gobierno que se confunde con familiaridad y con amor en los rangos del pueblo que le idolatra y que sabrá perecer por mantenerle!

CAE EL TELÓN

El gigante Amapolas

Juan Bautista Alberdi

> el gigante amapolas

y sus formidables enemigos o sea Fastos dramáticos de una guerra memorable

Peti-pieza en un acto.

EL TEATRO REPRESENTA UN ESPACIO ABIERTO: A LA IZQUIERDA UN GIGANTE DE TRES VARAS, CON UN PUÑAL DE HOJA DE LATA, DE DIMENSIÓN ENORME, BAÑADO EN SANGRE. UN SOLDADO HACE LA CENTINELA; SE OYE CAJA QUE TOCA ALARMA.

CENTINELA: ¡Qué largas son las noches! ¡Y qué frías! Digo que es endiablada profesión la del soldado: así pasa uno los más bellos años de su vida, y la recompensa con que por fin de sus días le premia la Patria, es muchas veces, un suplicio ignominioso... Si no me engaño, creo que oigo sonar caja... *(Fija el oído)*. ¡Si será el enemigo! Ayer ha corrido que los nuestros habían sido derrotados, ¡pero se miente tanto! *(Pone atención nuevamente)*. O será toque de diana; aunque no... no puede ser; es temprano todavía: se ve a la luz de la luna, en el reloj de la casa capitularal [sic], que son las cuatro recién. *(Se fija otra vez)*. ¡Es toque de alarma! *(Se pasea)*. ¡Vaya...! ¡Fiesta tenemos! Hoy se revuelve el catarro [sic]: sin la menor duda, los nuestros han sido derrotados. ¡Ya se ve!... Lo raro es que todavía estemos con las costillas sanas; somos cuatro gatos, estamos maniatados, tenemos a la cabeza un héroe de paja, ¿qué extraño sería que nos amarrasen a todos?... Con todo, yo todavía espero que hemos de vencer: ¡son tan locos nuestros enemigos! ¿Acaso necesitan que nadie los derrote? Ellos no más son los autores de sus disparadas; puede uno ser un gigante de paja, y con

sólo estarse quieto, vencerlos a cada instante, como v.g...
(Haciendo una guiñada al gigante se aproxima la caja). Aquí
tenemos al tambor de órdenes; él nos dirá lo que hay...

*Sale el tambor, atados los pies y la mano izquierda; tocando
con la derecha, y andando a saltos.*

¿Quién vive?

TAMBOR: ¡La patria!

CENTINELA: ¿Qué gente?

TAMBOR: ¡Tambor de órdenes!

CENTINELA: Adelante el tambor de órdenes.

Una mujer aparece detrás del tambor, desfavorida, gritando.

MARÍA: ¡Francisquillo! ¡Francisquillo!

TAMBOR: ¿Qué hay, mujer? ¿Qué haces por acá a estas horas?

MARÍA: ¿Tú no sabes lo que hay?

TAMBOR: Pues no lo he de saber, cuando yo soy el que lo ando
diciendo a todo el mundo con esta caja.

MARÍA: *(Sollozando)* Francisquillo... tus hijitos... tu mujer...

TAMBOR: ¡Qué es eso, mujer! ¿Estás loca?

MARÍA: No, Francisquillo... *(Le agarra los palillos de la caja).*

TAMBOR: Pero deja... déjame tocar, y habla.

MARÍA: No; ¡cállate un momento, oye!

TAMBOR: Vamos a ver.

MARÍA: Francisquillo, yo no quiero que tú mueras.

TAMBOR: ¡Esta es buena! ¿Dudas tú de que esos sean mis deseos?
¿Quién te ha dicho que yo pienso morir?

MARÍA: Sí, tú vas a morir, si no dejas de ser tambor, ahora mismo.

TAMBOR: *(Se echa a reír y sigue tocando)* ¿Estás loca, mujer...?

MARÍA: No, yo no quiero que tú mueras...

TAMBOR: Yo tampoco quiero morir.

MARÍA: Pues morirás, porque la pelea va a ser horrorosa... yo he visto
el número de los enemigos... son más muchos que el pasto
de los campos... los van a devorar a ustedes *(Sollozando)*; y tú
vas a morir miserablemente, y yo de 40 años recién, voy a
quedar viuda... y tus hijitos, ¡pobrecillos!... van a quedar
huérfanos... ¡ídolos de mi alma! ¡En el momento en que
estaban tan adelantados en la caja!... ¿Quién les enseñará a
tocar en adelante?

TAMBOR: ¿Dices que has visto el número de los enemigos?

MARÍA: Sí, con estos ojos.

TAMBOR: ¿Dónde y cómo?

MARÍA: En la quinta de mi tía, ayer a la tarde, los he visto formados,
soy capaz de decirte hasta quién los manda, y cómo se
compone el ejército.

TAMBOR: Ya, mujer de un soldado, debes saber todo eso: vamos a ver,
dime quiénes son los jefes, y cómo se compone el ejército.

MARÍA: Mira, los jefes son tres: el capitán *Mosquito*, el teniente
Guitarra, y el mayor *Mentirola*.

TAMBOR: ¡Cáspita! ¿Esos son los jefes?, ¿estás cierta?

MARÍA: Por esta cruz... ¡y vieses qué terrible aspecto el del capitán
Mosquito!... ¡Y la cara de *Mentirola*!...

TAMBOR: ¡Y dónde dejas al teniente *Guitarra*!...

MARÍA: ¡Es verdad! ¡El teniente *Guitarra*!... ¡Dios mío!

TAMBOR: ¿Y las divisiones?

MARÍA: Las divisiones, son tres; cada jefe manda una división.

TAMBOR: ¿Y el general, quién es?

MARÍA: No hay general.

TAMBOR: Mujer... ¿cómo puede ser eso?

MARÍA: No hay general, porque ninguno quiere ser subalterno, y han convenido en que todos deban ser iguales.

TAMBOR: ¿De modo que todo el ejército se compone de la división *Mosquito*, de la división *Guitarra*, y de la división *Mentirola*?

MARÍA: ¿Y te parece poco, Francisquillo?

TAMBOR: ¿Y qué señales los distinguen?

MARÍA: Mira, cuando veas una división vestida de amarillo, di que has visto a la división *Mosquito*; la división *Guitarra*, viene de verde, y la división *Mentirola*, de turquí.

TAMBOR: ¿Y tienen cañones?

MARÍA: Tres, por falta de uno.

TAMBOR: ¿En qué división viene la artillería?

MARÍA: En todas; cada división trae su artillería correspondiente.

TAMBOR: ¿Qué bandera traen?

MARÍA: También traen tres.

TAMBOR: Cada división una bandera, ¿no es esto?

MARÍA: Eso es; y traen tres escarapelas, y tres divisas, y tres causas se puede decir. De modo que en lugar de ser un solo ejército como son ustedes, se puede decir que son tres ejércitos enteros y verdaderos... tan independientes unos de otros, que muchas veces se han dado hasta de balazos entre sí...

TAMBOR: ¡Bravo!

Suenan tiros y cornetas en la dirección del campo enemigo.

MARÍA: ¿Lo ves? ¡Ya están encima! (*Sollozando*). Trae esos palos. (*Le arrebatata los palillos*). Yo no quiero que tú mueras, tira esa caja al diablo, y mándate mudar a tu casa a cuidar a tus hijos... (*Se retira*).

TAMBOR: ¡Mujer del diablo! ¡Trae esos palillos!

MARÍA: No quiero; tira la caja, y vente a casa.

TAMBOR: ¡Mira que el enemigo está encima, y nos toma de sorpresa!

MARÍA: No quiero; yo no me he de quedar sin marido.

TAMBOR: ¡Mujer descabellada! ¿Tú sabes lo que haces?

MARÍA: Sí, sé lo que hago.

TAMBOR: Tú pierdes al país, llevándote esos palos.

MARÍA: ¡Qué se pierda!

TAMBOR: Los destinos de la patria dependen de esos palos.

MARÍA: No importa; tira la caja, y vente a tu casa... (*Vase*).

TAMBOR: ¡Lucidos estamos ahora! Si digo que todas las mujeres son destornilladas...

Nuevos tiros; entra el oficial de guardia, los pies atados, andando a saltos, y los brazos atados por los codos.

OFICIAL: ¡Centinela! ¡Cabo de guardia! ¡Sargento! ¡A las armas!

CENTINELA: ¡Los de guardia! ¡A las armas!

OFICIAL: ¡Tambor, toque usted alarma!

TAMBOR: Capitán, estoy sin palillos.

OFICIAL: ¡Voto a Dios! ¿Y los palillos?

TAMBOR: Capitán, una bala de cañón me los acaba de quitar de las manos.

OFICIAL: ¡Hombre! Si no han tirado cañonazos hasta ahora.

TAMBOR: Eso le parece a usted; es que traen cañones de aire; por más señas la bala era de a veinticuatro.

OFICIAL: ¡Cáspita! ¿De a veinticuatro, eh?

TAMBOR: ¡Digo!

Los soldados aparecen saltando; los pies atados, y los brazos atados por los codos; se forma la guardia.

OFICIAL: Soldados, voy a proclamaros.

SOLDADOS: Que nos desaten primero los pies y brazos.

OFICIAL: Para oír no se necesita de brazos ni pies.

SOLDADOS: Es que los necesitamos para pelear.

OFICIAL: Tampoco se necesita pelear...

SOLDADOS: ¡Cómo!...

OFICIAL: Los enemigos no tienen necesidad de que ustedes los derroten; ellos mismos se toman ese trabajo; y ustedes nada tienen que hacer, para vencer, sino dejarse estar sin acción; con que así, todo el mundo quieto, y atención: “Hijos de la libertad, hombres que jamás habéis conocido cadenas ni ataduras...”

UN SOLDADO:

Capitán, creo que usted se equivoca, porque todos estamos... no diré atados... pero...

OFICIAL: ¡Fuera insolente! ¡Atrevido! ¡Calumniador! ¡Fuera de la línea! ¡Por traidor infame de la patria! ¡Por enemigo de las libertades públicas!

Váse el soldado saltando. Gran pausa de silencio.

“¡Hijos de la libertad! Hombres que no habéis conocido cadenas...” *(Hace una pausa y mira a la cara a los soldados).* (¿Qué tal, soldados? ¿Me equivoco o hablo la verdad?).

SOLDADOS: La verdad, capitán. Siga...

OFICIAL: “Los enemigos de vuestras libertades están al frente: dentro de una hora habrán cruzado sus armas serviles con vuestras bayonetas altaneras; envidiosos de vuestra libertad y gloria, vienen a cargaros de cadenas; enseñadles a conocer lo que valen los libres; pereced en el campo, antes que fiar vuestros brazos gloriosos a la opresión de sus bárbaras cadenas. El Gigante os guiará a la victoria... imitad sus fatigas; haced lo que él hace, y saldréis vencedores. Permaneced inmóviles como él, y triunfaréis sin duda por el generoso comedimiento de nuestros adversarios, que nunca dan que hacer a sus enemigos”. ¡Soldados! ¡Viva el glorioso Gigante!

SOLDADOS: ¡Viva!

OFICIAL: ¡Viva la libertad!

SOLDADOS: ¡Viva!

Se oyen los toques de marcha del enemigo, que aparece.

OFICIAL: Ahí los tenéis, soldados os recomiendo de nuevo la inmovilidad más completa; aprended del Gigante, que asusta a todo el mundo por el hecho solo de no hacer nada; nuestras armas son nuestras ataduras: si queréis ser vencedores no deis un paso; los enemigos dicen que estáis muertos; ¡pues bien! Estaos como cadáveres, y vuestro aspecto los hará temblar; correrán como niños...

Aparecen las divisiones enemigas en tres grupos; los tres jefes se reúnen aparte.

MOSQUITO: Señores: la batalla va a comenzar, y es necesario elegir un jefe para que la presida.

GUIARRA Y MENTIROLA:

¡Nada más natural!

MOSQUITO: ¡Pues bien! Vamos a elegir.

GUIARRA Y MENTIROLA:

Bien; vamos a elegir.

Cada uno da un paso aparte, a un mismo tiempo.

MOSQUITO: La elección me la llevo yo, sin duda, como más antiguo, y más guerrero.

GUIARRA: ¿Quién puede ser electo sino yo?

MENTIROLA: Ninguno de estos es capaz de mandar una compañía; si no me eligen a mí se pierde la batalla, y se pierde el país.

Se reúnen.

MOSQUITO: Vaya pues, procedan ustedes a elegir; empiece usted, teniente Guitarra.

GUIARRA: No, no, empiece usted.

MOSQUITO: Vaya, que dé principio el mayor Mentirola.

MENTIROLA: Bien, yo daré principio. Nombro para general en jefe, durante la acción...

MOSQUITO: *(Interrumpiéndolo)* Ya sabe usted; permita usted que lo interrumpa, ya sabe usted, mayor Mentirola, como hombre versado en el arte militar, que el general en jefe debe tener

un aspecto imponente *(Tirándose de los bigotes y afeando el rostro)*, una estatura pequeña, para que se parezca a Napoleón... un nombre retumbante, y temible, verbigracia, como el de algún insecto punzante... en fin, ¿qué tengo que decir a usted?... siga usted... siga usted...

MENTIROLA: Pues señor, nombro por mi parte para general en jefe, al teniente Guitarra.

MOSQUITO: *(Aparte)*. Vamos, esto es animosidad... ¡mire usted!... ¡al teniente Guitarra primero que a mí!... Ya comprendo... comprendo la pulla... pero yo me vengaré... sí, sí... yo me vengaré... veremos qué hacen sin mi apoyo.

GUIARRA: Y yo por la mía al mayor Mentirola.

MOSQUITO: *(Aparte)* ¡Ya! Qué han de hacer los compadres, sino darse mutuamente la palma. *(En voz alta)* Pues señor, yo por la mía no nombro a nadie... *(En tono irridadísimo)* No quiero batallas, ni victorias, ni nada, y me mando a mudar a mi casa *(Se pone al frente de la columna)*. ¡División! ¡Vueltas caras, paso redoblado, marchen!... *(Empieza a marchar)*.

GUIARRA Y MENTIROLA:

Pero capitán Mosquito, ¿qué es lo que usted hace?

MOSQUITO: Nada, no quiero nada, me voy, no quiero intrigas ni parcialidades. *(Vase con su división a son de trompeta)*.

GUIARRA: Vaya, pues, ¿qué remedio hay sobre el particular?... Quiere decir que ahora quedamos los dos de generales en jefe; porque usted me ha elegido a mí, y yo a usted.

MENTIROLA: Pero eso no puede ser, porque se cruzarán nuestras órdenes, y nos serviremos de mutuo estorbo.

GUIARRA: ¿Qué hacemos entonces?

MENTIROLA: Bien, hagamos esto: durará la batalla un par de horas, ¿no es verdad?

GUITARRA: Así me parece.

MENTIROLA: ¡Pues bien! Mande usted en jefe la primera hora, y yo la segunda; entre los dos firmaremos el boletín de la victoria, y partiremos los laureles como buenos hermanos.

GUITARRA: ¡Corriente! ¡Muy bien! ¡Me gusta! Pues señor, manos a la obra.
Sacan las espadas.

MENTIROLA: Teniente Guitarra: en uso de mis facultades de general en jefe, le nombro a usted ayudante de órdenes, durante la hora de mi mando... y desde luego participe usted mis órdenes a la *división Guitarra*, para que se coloque a vanguardia.

GUITARRA: ¿A retaguardia, dijo V. E.?

MENTIROLA: No, a vanguardia.

GUITARRA: ¿Pero qué necesidad hay de que marchen una tras otra? ¿Por qué no las dos de frente?

MENTIROLA: Haga usted lo que le mando, o lo separo del ejército.

GUITARRA: ¿A mí?

MENTIROLA: A usted.

GUITARRA: ¡A mí! ¡Al jefe de la división Guitarra!

MENTIROLA: A usted, a usted; ¡aunque sea el jefe de la división serpentón o clarinete!

GUITARRA: (*Aparte*) Sí, comprendo bien que sus intenciones son las de separarme del ejército, y bastante me lo prueba el hecho de mandar que mi división se coloque adelante para que se la devore el cañón; y de este modo el teniente Guitarra venga

a quedarse sin gente, sin papel en el mundo político... pero se engaña, porque yo no estoy para ser juguete de ningún intrigante, y soy muy capaz de mandarme mudar... (*Con indignación repentina*) ¡Como me voy desde ahora, qué caramba! Venga lo que venga: no quiero batallas, ni glorias, ni nada... ¡me voy!... (*Se pone al frente de su división; ordena la retirada, y al son de la marcha que bate el enemigo como por burla y escarnio, se retira*).

MENTIROLA: (*Dirigiéndose a sus soldados*) ¡Tanto mejor para vosotros, soldados! Felicitaos de esta traición inaudita; nuestra y puramente nuestra será la gloria de vencer al canalla Gigante. La división Mentirola será la única que recoja los laureles del triunfo más espléndido que hayan visto los siglos. Vamos pues a pelear con doble audacia y doble gloria. Pero antes quiero proclamaros: “Soldados: desde lo alto de estos tejados, treinta meses os están contemplando; el último de ellos se ha helado de miedo al veros las caras; y el sol de mañana no saldrá por no morir de envidia al ver el brillo de nuestras armas. Los siglos pasarán unos tras otros, como hormigas, y los guerreros de la posteridad dirán: ‘¡Ah! ¡Quién hubiese pertenecido a la división Mentirola, en la jornada memorable contra el Gigante Amapolas!’”. ¡Ea! Formarse en hileras de fondo, para que si el Gigante nos hace un corte seis con su sable, no caiga más cabeza que la del que va adelante.

Se forman, pero nadie quiere quedar el primero de adelante.

¿Qué es eso, señores, qué desorden es ese?

UN SOLDADO: Señor, es que nadie quiere que le corten la cabeza.

MENTIROLA: Ya se ve que tienen razón; yo hallo razón a todo el que no

quiere morir, y por eso soy enemigo de exponer a los soldados a riesgo de que los maten. Pero eso se remedia fácilmente. Que el soldado que esté a la cabeza, tome una caña bien larga, y colocándose a una distancia conveniente, y tocando suavemente al Gigante con el extremo de ella, examine qué demostraciones hace de vida, a ver si de este modo podemos descubrir su plan de defensa.

El soldado toma una caña.

Para esto yo me colocaré a retaguardia, bien lejos, como general que soy, y con mi antejo de larga vista observaré los movimientos del enemigo (*Buscando un punto donde colocarse*). ¡Ah! ¡Si hubiera aquí por accidente alguna carreta! (*Se coloca a lo lejos y tiende el antejo*).

El soldado comienza el examen; toca ligeramente al Gigante.

MENTIROLA: ¿Qué tal? ¿Qué movimientos hace?

SOLDADO: Ninguno, señor, inmóvil como si fuese de palo.

MENTIROLA: ¡Malo, malísimo!

SOLDADO: ¿Cómo malo, general? ¡Excelente! Eso prueba que está dormido y que debemos atacar.

MENTIROLA: Todo lo contrario... eso prueba que debemos huir... ¡no es nada el síntoma! Conque inmóvil, ¿eh?

SOLDADO: Como un cadáver, general.

MENTIROLA: (*Dándose un golpe en la cabeza*) ¡Estrella fatal!... ¡estamos perdidos! A ver, hombre de Dios, a ver, tóquele usted un poco más recio.

SOLDADO: (*Le toca*). Como un tronco... yo sería capaz de apostar a que este Gigante que tanto miedo nos mete es de palo.

Los soldados del gigante se mueren de risa: uno de ellos dice.

SOLDADO DEL GIGANTE:

¡Ya veo que nuestro comandante conocía bien a los mochuelos con quienes las habemos!

MENTIROLA: ¡División Mentirola, vueltas caras, y en retirada precipitada, marchen!

Retíranse con precipitación a cierta distancia.

Soldados yo debo ser leal a vuestro noble coraje; yo debo hablaros la verdad: la situación es grave, y yo no puedo decidirme a ejecutar una operación decisiva, sin oír antes el voto del ejército, en un consejo de jefes y oficiales.

TROPA: Sí, sí, que se forme un consejo.

MENTIROLA: ¡Que se forme!... ¿Pero con qué oficiales y jefes le formaremos?... ¡Aquí no hay más jefe ni oficial que yo... a no ser que yo solo me declare en consejo!

TROPA: ¡Y por qué no! Forme V. E. un consejo de V. E. mismo, y decida a mayoría de votos.

MENTIROLA: No habrá otro remedio. Pues señor (*Con tono solemne*), está formado el consejo, y puede empezar la discusión. (*Queda pensativo, y después de un rato dice:*) Pero estoy tan acostumbrado a discutir en consejo con mis compañeros Mosquito y Guitarra, que yo por mí solo no puedo discurrir nada... no se me ocurre una sola idea, y no sé qué consejo darme a mí mismo... Pero se me viene al pensamiento un medio de salir del aprieto... Voy a figurarme que están aquí mis compañeros Guitarra y Mosquito, que el uno está parado ahí, el otro allá y yo aquí; voy a representar a cada uno de ellos en el consejo, a hablar por cada uno de ellos como si estuviesen presentes; y así podremos tener

opiniones diferentes y luminosas, porque seremos tres vocales en vez de uno. Principiaré a hablar por mí: “Señores, soy de opinión que debemos retroceder precipitadamente por la razón que el enemigo no hace nada y nos espera inmóvil; razón clara y palpable por sí misma que no necesita dilucidarse, porque señores, la cosa es bien terminante: ¿qué quiere decir esta inmovilidad del enemigo? Quiere decir que está fuerte, como un diablo; y que nosotros estamos perdidos. ¡Y yo pregunto ahora que si el que está perdido tiene otra cosa que hacer, que tomar las de *Villa Diego*, antes que lo amarren y lo cuelguen! Tal es mi opinión, señores del consejo; puede, ahora, emitir la suya el teniente Guitarra, que sigue a mi derecha”. Paso a hablar por el teniente Guitarra. (*Toma su lugar y habla así:*) “Señores, ilustrando este punto, de una importancia decisiva para la vida de la patria, diré que cuando el señor General en Jefe, dice que debemos retroceder precipitadamente, es porque el señor General debe haber pensado bien lo que dice; cada uno sabe bien dónde le aprieta el zapato, el maestro sabe lo que hace; y donde hable el sabio, calle el borrico; y en resumidas cuentas, cada uno es dueño de hacer de su capa un sayo; al general se le ha dado el ejército y es suyo; dejemos que haga lo que quiera; dejémonos de discusiones anárquicas y hagamos lo que él manda; esta es la opinión del ejército, y a fe que es la opinión acertada; porque al fin el General es general, y no es el tambor el que ha de responder de la suerte del ejército. Tal es mi parecer; puede ahora dar el suyo el capitán Mosquito, que sigue a mi derecha”. Hablemos ahora por el capitán Mosquito. (*Toma el lugar y el tono de este:*) “Señores: no callaré mi opinión en una cuestión en que se trata de la vida del país; creo que las opiniones de los que me han precedido en la palabra son mortales a la causa de la libertad; yo creo, pues, que lejos de retroceder con celeridad, debemos

atropellar como el relámpago, por la sencilla razón que el enemigo nos espera sin acción ni movimiento, en lo cual se descubre su debilidad”. (*Ahora en su nombre y por sí, desde su lugar:*) “Señor capitán Mosquito, ¿quiere usted que le diga la razón porque usted se produce así? ¿Lo sabe usted? Usted habla así porque nos ha visto opinar de un modo diferente al teniente Guitarra y a mí, y usted no nos quiere ni a uno ni a otro; por lo demás, usted es un miedoso como uno de tantos, y la vez pasada fue el primero a mandarse mudar, dejando colgados a sus compañeros de armas”. (*Por Mosquito:*) “Se equivoca usted”. (*Por él:*) “No me equivoco yo; es usted quien se engaña en creer que nos hemos de hacer matar, como locos, por salvar a gentes que sabe Dios si lo sabrían agradecer”. (*Por Mosquito:*) “Ese es un error estúpido”. (*Por él:*) “Estúpido es el muy canalla de Mosquito”. (*Por Mosquito:*) “Canalla es el muy cobarde de Mentirola”. (*Por él:*) “¡Vaya usted a un cuerno!”. (*Por Mosquito:*) “¡Vaya usted a dos!” (*Por él, alzando de tono:*) “¡Vaya usted a tres!” (*Por Mosquito:*) “¡Vaya usted a cuatro!” (*Por él:*) “¡Vaya usted a cien! (*Mudando de tono:*) ¿Y sobre todo a qué cansarse en dar gritos? La votación está ganada; somos dos contra uno, y debemos estar a la opinión que aconseja la retirada. ¿No es así, teniente Guitarra?”. (*Por éste:*) “Sí señor”. Pues señores, está concluido el consejo. (*A los soldados:*) Camaradas: el consejo ha pronunciado su fallo; él es respetable y sabio, y soy de opinión que le sigamos sin examen, y con la prontitud que demanda el caso; su opinión es que debemos retirarnos; así pues, ¡al hombro, armas, contramarcha a la derecha, paso redoblado, marchen!

Retíranse precipitadamente a son de caja y corneta. La fila del Gigante se deshace en carcajadas de risa.

EL OFICIAL: Soldados ¡viva la Patria!

TODOS: ¡Viva!

OFICIAL: Hemos triunfado espléndidamente. ¡Viva la libertad!

TODOS: ¡Viva!

TAMBOR: ¡Que, no tener mis palillos, voto a Dios! Para tocar diana por hasta morirme...

EL OFICIAL: Los cobardes enemigos han sucumbido ignominiosamente al poder de nuestras bayonetas, y al valor y talentos del Gigante. Sin nuestro coraje nada habríamos conseguido en esta jornada inmortal; sin la perseverancia y sublime talento del Gigante hubiéramos sido aniquilados para siempre. Os habéis mostrado dignos de nuestros heroicos padres. Merecéis las libertades que acabáis de rescatar con vuestros brazos, en el campo de batalla. ¡Y la Patria debe altares, y la posteridad aplausos eternos al grande hombre que nos ha conducido a la adquisición de tan inmarcesibles y gloriosos laureles! El enemigo ha sido osado y tenaz en la pelea; pero vosotros habéis excedido en pertinacia a las rocas del mar; y a vuestra indisputable superioridad es debida la victoria, y más que todo al delicado tino, sublime tacto, a la profunda ciencia y prodigioso valor del Gigante Amapolas, sin los cuales atributos hubiéramos sido víctimas de la audacia y habilidad del enemigo. Soldados ¡viva el Gigante Amapolas!

TODOS: ¡Viva!

OFICIAL: ¡Mueran los detractores de su genio inmortal!

TODOS: ¡Mueran!

Óyese a lo lejos música y vivas al Gigante Amapolas, que nos ha libertado de la esclavitud.

OFICIAL: Van seis veces, con esta, que el enemigo ha tenido la

temeridad de acometeros, y otras tantas ha palpado, a costa de su sangre y de su vergüenza, su completa incapacidad de competir con vuestro sublime denuedo. Con el mismo valor con que le habéis desbaratado en este día, le habéis enseñado siempre a respetar a los bravos que pelean por sus santas libertades, y sus sagrados derechos. No esperéis que vuelva jamás: lleva en su espalda la afrenta que siete veces han estampado vuestras bayonetas; y el monumento levantado por vuestro valor, será eterno como la gloria del Gigante, fuerte como su voluntad, grande como su alma. ¡Dejad las armas, que habéis empleado en este día con tanto coraje, y entregaos alegres y ufanos, al goce de vuestras libertades, que habéis salvado para siempre de las insidias de un pérfido enemigo!

Dejan las armas y se dispersan. Entra corriendo María, la mujer del tambor.

MARÍA: ¡Francisquillo de mi alma! ¡Toma, toma tus palillos, tienes razón de ser tambor!

FRANCISQUILLO (*TAMBOR*):

¡Trae, trae aquí mis palillos, calavera!

MARÍA: ¡No hay gloria en el mundo como la del tambor!

TAMBOR: (*Envanecido*) ¡Ven, ven acá, pichoncita, dame un abrazo!

MARÍA: Sí, lucero mío, no digo un abrazo...

TAMBOR: No, basta por ahora.

Toca diana, movimiento general; luego calla.

MARÍA: ¡Pero, cómo han conseguido ustedes un triunfo tan completo? ¡Ustedes tan poquillos y ellos tan muchos, tan muchos!

TAMBOR: ¡Hola! ¿Con que crees en el triunfo, por lo visto?

MARÍA: Pues no lo he de creer, cuando los acabo de ver que corren tragándose los aires, como si ustedes se los quisieran devorar.

TAMBOR: Pues señor: todo eso se debe a nuestro valor.

MARÍA: ¿Todo, eh?

TAMBOR: Todo.

MARÍA: ¿Y tú también has peleado mucho?

TAMBOR: ¡Ba! ¿Y qué menos?

MARÍA: ¿Y los demás?

TAMBOR: Como unos leones.

MARÍA: ¿Y el Gigante Amapolas?

TAMBOR: Más que todos; ¿quién sino él es el que lo ha hecho todo? ¡Oh! ¡El Gigante!

MARÍA: ¿Y por qué no hay muertos en el campo?

TAMBOR: Porque el mismo miedo los ha hecho revivir, y salir disparando.

MARÍA: Dices bien, esos serían los que iban corriendo por detrás con las cabezas debajo del brazo, ¿no?

TAMBOR: Esos. Dime, chica: tú que vienes de esa dirección, ¿sabes de qué procede esa gritería, cuyo ruido se oye hasta aquí?

MARÍA: Es la ciudad, que está loca de alegría, con la noticia del triunfo del Gigante Amapolas. ¿Te parece poco, Francisquillo, lo que lleva hecho el Gigante hasta aquí? ¡Derrotar siete ejércitos él solo! ¡Pelear doce años seguidos y salir siempre vencedor! ¡Tener diez enemigos y triunfar de todos! ¡Dar veinte batallas, tan reñidas como la de hoy, y salir victorioso en todas ellas!

Todo esto, ¿qué quiere decir, Francisquillo? Quiere decir que el Gigante Amapolas es un prodigio de talento y valor; y que donde quiera que aparecen sus enemigos, los destroza y disipa a fuerza de habilidad y coraje, como ha sucedido esta vez; ¿no es así, Francisquillo, no quiere decir esto?

TAMBOR: ¡Digo! Las cosas están a la vista, no son materia de cuestión.

MARÍA: ¡Qué extraño es pues, que el Pueblo le tribute todas esas demostraciones de asombro! Mira, cuando yo venía, los Diputados del cuerpo legislativo, corrían a reunirse para decretar coronas y monumentos en honor del Gigante Amapolas. Las mujeres se ocupaban de tejer guirnaldas de flores, los poetas hacían versos, los músicos canciones en elogio del triunfo debido al genio del Gigante Amapolas. Los agentes diplomáticos de los países extranjeros, eran los primeros que venían, con la boca abierta de admiración por el talento sublime con que el Gigante había sabido vencer a sus enemigos; y se disponían a recibirlo con la rodilla en tierra, o de hinojos, como dicen los añejos románticos. Por todas partes no se oyen más que: El Gigante Amapolas es un Semi-Dios. El Gigante Amapolas es el genio de la política y de la guerra. El Gigante Amapolas es el valor, el atrevimiento mismo.

Hay extranjero que daría sus ojos por conocer al Gigante Amapolas; tanto es el respeto y la admiración que le tienen. Ya se ve, los extranjeros como hombres ilustrados e imparciales, son los mejores apreciadores de la capacidad de nuestros grandes hombres. Por eso hay francés que se reputaría dichoso si poseyese un botón de la casaca del Gigante Rosas...

TAMBOR: Amapolas, di.

MARÍA: No, hijo, lo hice por variar; tanto Amapolas, Amapolas...

TAMBOR: Bien, si es por variar, di más bien del Gigante Floripondios; pero del Gigante Rosas no hay que hablar una palabra... sigue ahora.

MARÍA: Bien, seguiré... ¿por dónde iba?

TAMBOR: Por eso hay franceses...

MARÍA: Ah, ya sé... Por eso hay francés que se reputaría dichoso si poseyese un botón de la casaca del Gigante Rosas...

TAMBOR: Vuelta Rosas...

MARÍA: ¡Ah! Tulipanes...

TAMBOR: Amapolas, mujer...

MARÍA: Es verdad, Amapolas.

TAMBOR: Vaya, vuelve.

MARÍA: Por eso hay francés que se reputaría dichoso si poseyese un botón de la casaca del Gigante Amapolas; y los ingleses darían la Irlanda a trueque de que el Gigante perteneciese al Parlamento de Inglaterra. ¿No ves, no ves el gentío que cubre estas cercanías? Todo el mundo acude a tomar una idea del campo donde ha sido la batalla y a conocer la figura del Gigante Amapolas.

TAMBOR: Y tú debes saber que esta jornada ha sido la menos célebre. Por fin, esta vez los enemigos han tenido el coraje de cruzar sus armas con las nuestras; esta vez se puede decir que hemos peleado. ¿Pero en las otras batallas? En las otras batallas los hemos vencido estando nosotros aquí, y ellos a cinco leguas de distancia; los hemos derrotado sin verlos a la cara siquiera.

MARÍA: ¿Cómo así, Francisquito?

TAMBOR: Lo que tú oyes: sin verlos a la cara y sin vernos ellos a nosotros; a distancia de seis leguas unos de otros; ¡hemos peleado por dos días, y los hemos puesto al fin en la más vergonzosa fuga!

MARÍA: ¡Qué prodigio, gran Dios! ¿Y tú también has peleado en esas batallas, lo mismo que en esta?

TAMBOR: ¡Lo mismo, pues!

MARÍA: ¿De modo que tú también eres de los invencibles, y vas a ser coronado con flores, y premiado con terrenos y ganados, y festejado?

TAMBOR: Digo, si he trabajado como uno de tantos...

MARÍA: Cómo te quiero Francisquillo; ahora sería capaz de dar mi vida por ti. ¡Me gusta tanto un grande hombre tambor!

Disparada de gente a lo lejos.

TAMBOR: Vete, vete María...

MARÍA: ¿Para qué Francisquillo, por qué?

TAMBOR: ¡Vete, te digo!

MARÍA: ¿Qué hay, por Dios, qué hay?

TAMBOR: ¡El enemigo se ha rehecho y está sobre nosotros! Voy a tocar a generala; ¡huye!

MARÍA: ¿Pero no decías ahora mismo que había sido acuchillado y deshecho para siempre?

TAMBOR: Sí, pero también los gatos tienen siete vidas, si no es más que eso; y los enemigos son peores que los gatos, peores que las hormigas... Se les derrota, se les acuchilla, y siempre están vivos... vienen, se les asusta, corren; vuelven a venir y vuelven a correr: así es la guerra, y así ha de ir siempre; ni

ellos son capaces de concluirnos, ni nosotros a ellos... hasta que... pero quién diablos sabe... hasta que nosotros dejemos de ser asnos, y ellos gallinas...

MARÍA: ¿Luego, no hay riesgo de que mueras esta vez ni nunca?

TAMBOR: Por descontado; ¡huye!

MARÍA: ¿Y para qué me echas si no hay riesgo?

TAMBOR: Bien, quédate.

MARÍA: ¿Las mujeres no pueden concurrir a las batallas?

TAMBOR: ¿A estas batallas, a las batallas del Gigante? Sí; pueden asistir no digo las mujeres, los niños también y los enfermos, los cojos y mancos... para lo que hace en ellas... todo el trabajo consiste en estar quietos... aquí todo lo hace el enemigo, mira, ahora le ves venir en triunfo; pues dentro de un rato, lo verás en retirada... él mismo se proclama vencedor y derrotado...

Cajas, cornetas: el enemigo avanza, compuesto de tres divisiones conocidas.

MARÍA: ¡Ahí están: ahí están! (*Llorosa y asustada*) Huyamos, Francisquillo, tú te engañas, tú vas a morir; ¿qué haremos los dos solos? ¿Qué podremos hacer? (*Le toma del brazo*). ¡Ven acá, huyamos, ven conmigo!

Continúan asomando las bayonetas enemigas, pero no pasan adelante. Suena toque de ataque.

TAMBOR: ¡No, no, ven acá cobarde! Entre los dos vamos a dar la batalla y la vamos a ganar.

MARÍA: ¡Tú estás loco!

TAMBOR: No, no estoy; quédate; vamos a componer el ejército entre los dos. El Gigante es el general en jefe. Yo soy la

vanguardia; tú eres el cuerpo de reserva. Yo me coloco detrás del Gigante y toco a la carga, a la carga, sin cesar. Tú tomas un fusil y te pones a dar vueltas y revueltas en derredor del tronco de ese árbol, para hacer creer al enemigo, que nuestro ejército va desfilando, hombre por hombre.

MARÍA: O mujer por mujer.

TAMBOR: Sí, sí: en nuestro ejército no se distingue sexo.

MARÍA: Pues bien, a la obra.

Colócanse según el orden indicado. El enemigo avanza y se forma en línea de batalla; los tres jefes enemigos se reúnen aparte. Sacan sus anteojos y echan su visual al campo adversario.

UN SOLDADO: ¡Los hemos sorprendido completamente! El Gigante está solo; yo soy de sobra para concluir con el enemigo; destruido el Gigante Amapolas, no hay enemigo que se tenga.

CAPITÁN MOSQUITO:

Calle el mentecato, que no sabe lo que dice; usted habla así porque no ve nada; a la simple vista, ¿qué ha de ver?

SOLDADO: Pues no he de ver, señor, si estamos a un paso; no hay más que un tambor y un soldado, que parece mujer, que da vueltas al derredor de un árbol.

MOSQUITO: ¿Querrá usted ver mejor que nosotros que tenemos antejo?

SOLDADO: Bien, capitán, será lo que usted dice; pero yo veo lo que yo digo.

MOSQUITO: ¡No ve usted eso!

SOLDADO: Lo veo, capitán.

MOSQUITO: No ve nada el insolente; y si no calla la boca, y deja de propagar especies alarmantes, lo he de...

GUITARRA: ¿Qué ve usted, capitán Mosquito?

MOSQUITO: *(Echando el antejo)* Yo veo sesenta piezas de artillería, a la derecha.

GUITARRA: ¿Qué calibres?

MOSQUITO: Veinte de a ocho, y cuarenta de a treinta y seis. ¿Y usted qué ve?

GUITARRA: Yo veo treinta escuadrones de caballería. ¿Y usted mayor Mentirola, qué distingue?

MENTIROLA: Yo distingo como ocho mil infantes, situados hacia la izquierda del campo enemigo.

MOSQUITO: ¿Y esa caja que suena, a qué fuerza pertenece?

MENTIROLA: A una fuerte guerrilla que está desfilando hace dos horas por delante de un árbol inmediato al Gigante.

MOSQUITO: Malo. Ya veo que el Gigante es un coloso en fuerzas, y que es un disparate aventurar un encuentro con medios tan desiguales.

GUITARRA: Yo creo lo mismo. Yo creo que vamos a ser despedazados al primer encuentro.

MENTIROLA: Para pelear así vale más no pelear: ¿qué necesidad hay de aventurar la suerte de la empresa que se ha confiado a nuestra prudencia? ¿Hay más que diferir el combate para mejor oportunidad? ¿Quién nos corre? ¿Quién nos obliga a pelear? ¿No tenemos franca la retirada, gracias a Dios, y somos muy dueños de retirarnos cuantas veces nos dé la gana?

MOSQUITO: Ya se ve que sí.

MENTIROLA: ¡Pues, entonces!

GUITARRA: Entonces, lo que debemos hacer, es ponernos en retirada; pero ha de ser sobre la marcha, antes que el enemigo

destaque fuerzas que nos corten la vuelta, y tengamos que perecer en un combate obligatorio.

MENTIROLA: ¡A ello!...

MOSQUITO: A ello...

Mientras ha tenido lugar este diálogo, la tropa ha acordado y decidido un motín, por el que ha sido puesto a la cabeza del ejército, un sargento.

MOSQUITO: ¡División!

MENTIROLA: ¡División!

GUITARRA: ¡División!

EL SARGENTO GENERAL:

¿Qué hay, señores, qué hay?

MOSQUITO: ¡Contramarcha a la derecha!

SARGENTO: No hay contramarcha a ninguna parte. Nosotros queremos batirnos, y no contramarchar. Para pelear, les reconocemos por jefes; para disparar, no: no queremos obedecer a ningún mandato medroso. Bastantes veces hemos huido inútilmente. Por nuestras disparadas locas y cobardes, se han arruinado fortunas cuantiosas, se han perdido años preciosos, oportunidades que tal vez no vuelvan, vidas que tenían porvenir, poblaciones enteras de hombres. Estamos espantándonos de fantasmas; no hay tales sesenta piezas, ni ocho mil infantes, ni treinta escuadrones; esas fuerzas sólo existen en la imaginación miedosa de ustedes; lo que hay al frente es un héroe de papel, mujeres en vez de soldados, perros rabiosos en vez de leones, y hombres atados de pies y manos. No somos vencedores porque no queremos serlo. Ataquemos con coraje el campo enemigo, y será nuestro en menos tiempo que lo que tarda en bajar el rayo. Así, señores

jefes: si ustedes quieren guiarnos al combate, estamos prontos; si quieren retirada, ustedes han caducado, ya no son nuestros jefes; pueden retirarse solos: aquí no hay más jefe que yo, simple sargento, hecho general por la voluntad del ejército, que me ha honrado con la comisión de intimar a ustedes la decisión que acaban de oír. Pueden ustedes decir lo que determinan: todavía tienen el tiempo de un minuto para volver por su reputación...

MOSQUITO: En presencia de un motín de soldados, nada tenemos que hacer nosotros, jefes. Hemos cumplido nuestra misión y nos retiramos.

Envainan sus espadas y se retiran silenciosos.

SARGENTO: Muy en hora buena: pásenlo ustedes lo mejor que puedan, entre los patriotas a quienes han sacrificado, o entre los extranjeros a quienes han dado que reír. ¡Soldados! Nuestro camino es sencillo y corto: a seis pasos de nosotros está la tumba honrosa del valiente, o la vida sin igual del vencedor. Calar bayonetas, abrir bien los ojos, seguir mi penacho blanco, y en menos de pocos segundos habrá desaparecido del suelo de la Patria, ese miserable fantasmón, que ha triunfado hasta aquí por la incapacidad de nuestros jefes. ¡Soldados, paso de vencedores!

Cargan rapidísimamente; el sargento abraza por la mitad del cuerpo al Gigante; lo levanta, lo pone de cabeza, y dispersa por el aire sus pedazos. El tambor arroja la caja y se pone de rodillas; la mujer tira el fusil llorando a gritos.

Aquí tienen ustedes lo que era el gran Gigante, ese coloso que nos ha traído en idas y venidas por el espacio de tres años. *(Al tambor)* ¿Y el ejército de ustedes?

TAMBOR: Aquí está, señor.

SARGENTO: ¿Dónde?

TAMBOR: Aquí, señor; somos nosotros, mi mujer y yo.

SARGENTO: ¿Usted sería el general?

TAMBOR: No, señor, yo era la vanguardia.

SARGENTO: ¿Y su mujer?

TAMBOR: La reserva.

SARGENTO: Buen pajarraco se reservaba usted.

TODOS: ¡Viva el Libertador de la República, el glorioso sargento Peñálvez!

SARGENTO: No, señores: yo no soy grande ni glorioso, porque ninguna gloria hay en ser vencedor de gigantes de paja. Yo he tenido el buen sentido del pueblo, y el valor insignificante de ejecutar una operación que se dejaba comprender de todo el mundo. Si los Generales y hombres de estado que nos han dirigido hasta aquí, hubiesen comprendido lo que comprendía la generalidad más común, hace mucho tiempo que habríamos llegado al término de nuestras fatigas. ¡Compañeros! La Patria ha sido libertada, sin que hayan intervenido libertadores; ¡salud las revoluciones anónimas: ellas son los verdaderos triunfos de la libertad!

CAE EL TELÓN

El poeta

José Mármol

> el poeta

Drama en cinco actos, en verso.

La escena puede ser en cualquiera de las capitales de Sud América.

PERSONAJES

CARLOS

MARÍA

DON ANTONINO

DOLORES

FEDERICO

ELISA

TERESA, *criada*

UN COMISARIO DE POLICIA

HOMBRE 1º

HOMBRE 2º

HOMBRE 3º

HOMBRE 4º

HOMBRE 5º

SEÑORA 1ª

SEÑORA 2ª

DOS CRIADOS

ACTO PRIMERO

SALÓN AMUEBLADO AL GUSTO MODERNO. A LA IZQUIERDA DEL ACTOR LA PUERTA QUE CONDUCE AL INTERIOR DE LA CASA; A SU DERECHA LA DEL EXTERIOR.

ESCENA I

FEDERICO y TRES HOMBRES, todos en derredor de una estufa.

Momento de silencio.

HOMBRE 1º: *(Viendo el reloj)*

¡Por mi abuela que esto pasa!
Señores, las cuatro han dado,
y desde las dos y media
que sin movernos estamos.

HOMBRE 2º: Y lo que es peor sin comer.

FEDERICO: No alterarse... otro cigarro. *(Dándoles)*.

HOMBRE 1º: ¿No alterarse? ¡Buena flemma!
Hora y media apoltronados
para esperar que concluya,
no su comida, su hartazgo,
el señor Don Antonino.
Y todo para que al cabo,
con su semblante perruno,
venga, y sin darnos la mano,
nos reciba como perros
que vienen a incomodarlo.

HOMBRE 2º: Claro está: tiene talegas,
y nosotros ni un ochavo.

HOMBRE 1º: ¡Talegas! Muy buen provecho,
pero sea bien criado
y tendrá doble caudal.
Sea más fino en su trato;
y sin tanta altanería
reciba a gentes, que acaso
tienen más merecimientos
que su caudal afamado:
a gente pobre, es verdad,

mas de corazón honrado
y de manos laboriosas,
que con su mismo trabajo
hacen crecer su riqueza,
y la riqueza de tantos
que con el sudor del pueblo
se llenan de oro. Yo cuando
no pise las antesalas
de estos condes disfrazados,
nuevos señores feudales,
que comerciantes llamamos,
una turca he de tomar.
Y si ahora aquí me hallo
por mi desgracia, es porque
debo pagar de contado
un vale a Don Antonino,
y por un maldito acaso
no tengo el dinero pronto,
y de que me espere trato.

FEDERICO: Ni se mueve la ceniza.

¡Qué buenos son los habanos
del almacén de Don Luis!
¿También le hace usted el gasto?

HOMBRE 3º: No, señor, no fumo buenos,
porque los buenos son caros.

FEDERICO: Por mayor no valen mucho.
¿Usted, señor, ha comprado?

HOMBRE 3º: ¡Gracia sería! Si apenas
de papel son mis cigarros,
y dentro de poco tiempo,

si no mejora el erario,
para dar gusto a mi lengua,
con la hoja de mis despachos,
y que son de coronel,
haré quizás un cigarro.
¡Pero habanos! No señor:
si hoy apenas los soldados
tenemos para comer...
Vea usted, ya van dos años
del año cuarenta a este,
tres campañas se han andado
y en tres campañas un sueldo.

FEDERICO: ¡Un sueldo!

HOMBRE 1º: ¡Pobres soldados!

FEDERICO: Y las entradas de aduana,
patentes, papel sellado,
derechos, contribuciones
de alcabalas y mercados,
ventas sin público, y públicas,
y todo cuanto el erario
percibe al fin de los meses
¿quién se lo guarda?

HOMBRE 2º: Muy claro:
¿qué se yo quién se lo guarda?
Pedro, Juan, Antonio, Pablo,
¿le parecerá a usted son pocos
los que comen en un plato?
Nosotros los militares
sólo sabemos dos cosas:
primero, que no nos pagan;

segundo, que nos matamos
por el primero que quiere
que montemos a caballo,
y sin más, ni más, nos demos
unos con otros, porrazos.
Proclama sobre proclama
cuando menos lo esperamos:
“A las armas, defensores
de nuestro suelo adorado;
el peligro es inminente,
y sólo con vuestras manos
la patria quedará libre;
vuestro país no es ingrato,
y al volver de la campaña
compensará sus soldados”.
Pues, señor: obedecemos,
y cuanto hallamos al paso
a los infiernos va a dar;
se concluyen los porrazos,
y al volver a la ciudad,
muy lindamente miramos
nuestro país como estaba,
nuestras bolsas sin un cuarto.

FEDERICO: ¿Y con qué coméis?

HOMBRE 2º: ¿Con qué?
Vendiendo ciento por cuatro
nuestros sueldos: como ahora
vengo a hacerlo de contado
con el tal Don Antonino,
que tiene no sé qué encanto,

o qué tratos mejor dicho,
para cobrar en un rato
lo que en un año nosotros.

FEDERICO: Con que este señor...

HOMBRE 3º: Es cuanto
quiera usted que sea él;
porque tiene, lo que es claro
que entre nosotros es todo,
pesetas señor: que cuando
ellas faltan es un hombre
lo que un miserable trasto,
aquí me ve usted a mí
por un acomodo escaso
en el gobierno, y ve usted
que ni es ministro de estado,
ni... Usted según me imagino,
¿vendrá buscando otro tanto?

FEDERICO: ¿Quién? ¿Yo? ¡Qué linda ocurrencia!
No, señor: ha trabajado
mi padre, que Dios conserve,
para darme todo cuanto
necesito; y felizmente
muy divertido lo paso,
sin necesitar de nadie.

HOMBRE 3º: Pues yo creí que esperando...

FEDERICO: No, señor, no espero a nadie,
¡gracias a Dios! he llegado
a esta casa, así no más.
Hace ya años que trato

al señor Don Antonino,
y vengo de cuando en cuando
para tomar el café:
esto es todo.

HOMBRE 1º: Hube pensado
yo también, como el señor,
que por diligencias...

FEDERICO: Tanto
me cuido yo de quehaceres
como un juez de su juzgado,
¡a mi edad! ¡Bueno sería!
Apenas veinticinco años
he cumplido y más que tonto
fuera con desperdiciarlos.

HOMBRE 3º: ¿Con que usted nada trabaja?

FEDERICO: Sí, señor, que no hay cristiano
que se lo pase durmiendo
yo me acuesto y me levanto,
como usted puede pensar:
al levantarme me lavo
con agua tibia la cara,
para conservarme sano;
me afeitado, pongo pomadas
en mis cabellos rizados
y en mi barba y mi patilla;
después, llamando a mi criado,
me visto en traje de casa;
es decir, calzones anchos
sin tiros, ni tiradores,
chaquetilla de verano,

chinelas verdes y capa;
y así, suelto y abrigado,
paso a la mesa de almuerzo
donde bien masco y bien trago.
Me retorno a mi aposento
que ya encuentro acomodado,
y en un sillón a la moda
me dejo caer un rato
para escarbarme los dientes,
cual un ministro cansado
de haber ido al ministerio;
pido después el diario
para mirar un momento
si tiene comunicados,
y si no los trae lo dejo.
Luego que ya he descansado,
vuelvo a llamar a mi negro
para que tenga el trabajo
de volverme a acomodar.
Vuelvo a vestirme, y un rato
después, estoy en la calle
caminando paso a paso
a visitar mi cochero,
mi volanta y mi caballo,
para decirles si quiero
pasear más tarde un rato.
Concluida esta diligencia,
voy a la puerta del teatro
a ver la función que avisa
y a hacer sacudir mi palco.
Luego que termino esto,

voy a frecuentar el trato
de mis buenas relaciones;
en todas partes hallando
que me reciben contentos,
las damas por mis halagos,
los criados por mis reales,
los hombres por mis cigarros.
A las dos voy a comer
a la fonda, y tres o cuatro
de mis mejores amigos
me acompañan de contado;
y acabada la comida
se salen por donde entraron,
y yo me vengo a esta casa,
o a otra cualquiera, buscando
con quién tomar mi café;
hasta que el día acabado
me anuncia que ya es la hora
de ir a divertirme al teatro,
y después volver corriendo
a descansar a mi cuarto...
Esta es mi vida... y ve usted
que no es poco mi trabajo.

HOMBRE 1º: Seguramente.

HOMBRE 2º: Y no es poco.

HOMBRE 1º: ¡Qué bueno para soldado!

FEDERICO: Cuando el tiempo no está bueno,
entonces más moderado,
salgo apenas de mi casa
para conversar un rato

con un amigo poeta
que vive a muy pocos pasos;
y allí, por bien o por fuerza,
consigo me escriba al cabo
alguna canción bonita
de amor, que se la regalo
a la primera muchacha
que se me presenta a mano.
Dejo por fin al poeta
y me retorno a mi cuarto,
después... pero alguien viene.

HOMBRE 1º: ¡Maldito glotón!... ¡Al cabo!...

ESCENA II

DON ANTONINO y dichos

DON ANTONINO:

¡Adiós señores!

FEDERICO:

Mi amigo,
saludo a usted con afecto.

DON ANTONINO:

(Al hombre 3º)

Todavía, señor mío,
no hay resultado de aquello;
quizá mañana... sí; acaso
mañana podré saberlo.
¡Son tantas mis atenciones
cuando voy al ministerio!
Pero en fin, hablaré al hombre

y conseguiré el empleo.

HOMBRE 3º: Yo desearía...

DON ANTONINO:

Que pronto,
¿no es verdad? Muy majadero
es usted para pedir.
Pues; y como yo no tengo
más que hacer!... Ya lo he dicho
mañana, señor, ¡qué empeño!

HOMBRE 3º: Muy bien... usted me dispense. *(Vase)*.

DON ANTONINO:

Vaya usted con Dios.

HOMBRE 1º:

Deseo
hablar con usted aparte.

DON ANTONINO:

¿Me trae usted el dinero?

HOMBRE 1º: No, señor.

DON ANTONINO:

Pues nada escucho.

HOMBRE 1º: Pero...

DON ANTONINO:

¡Qué pero ni peros!...
El vale cumple su plazo,
y no hay más.

HOMBRE 1º:

Yo lo confieso.
Pero un acaso imprevisto
me pone en el duro esfuerzo,
de pedir por ocho días
su renovación.

DON ANTONINO:

¡Ni medio

día, señor! ¡Pues es lindo!
 ¡Qué! ¿Cree usted que mi dinero
 es carne de todo el mundo?
 ¡Muy bonito está el comercio
 para andar con plazos! ¡Digo!
 ¡Poquita cosa el gobierno
 me debe en todo este año!

HOMBRE 3º: (¡Y cómo se queja el perro!)

HOMBRE 1º: Muy bien, señor; sin demora
 venderé cuanto poseo;
 dejaré si es necesario
 mi familia pereciendo,
 y me venderé a mí mismo
 para pagar lo que debo.
 Que ignora usted lo que cuesta
 a un hombre de noble pecho
 tener que mirar un rostro
 que puede que valga menos
 que la mirada que lleva;
 porque... tenga usted por cierto
 que con todos sus caudales,
 el más infeliz del pueblo,
 el artesano más pobre,
 dice con desprecio al verlo:
 “Adiós conciencia de paja
 dentro un corazón de cieno”... (*Vase*).

ESCENA III

MARÍA, DOLORES y dichos

DON ANTONINO:

¡Deslenguado!

FEDERICO:

¡Señoritas!

HOMBRE 2º:

Fue sólo acaloramiento.
 (¡Qué bien dicho!).

FEDERICO:

¡Una insolencia!

DON ANTONINO:

Yo no me enfado por eso:
 son palabras de deudores.
 ¿Y usted mi amigo?

HOMBRE 2º:

Unos sueldos
 que si a usted le conviniera
 el comprarlos...

DON ANTONINO:

¿Y a qué precio?

HOMBRE 2º:

Al que acostumbra hoy.

DON ANTONINO:

Muy bien, al doce por ciento,
 ¿es mucho?

HOMBRE 2º:

Como tres meses,
 ando escaso de dinero,
 por lo cual si usted quisiera
 ahora mismo...

DON ANTONINO:

Yo deseo
 servir a los militares

y al instante que lo puedo
lo hago con gusto.

HOMBRE 2º: (¡Tunante!)

DON ANTONINO:
Conque, si trae el boleto...

HOMBRE 2º: Aquí está... *(Le da un papel).*

DON ANTONINO: Pues lleve usted
este escrito a mi cajero
(Escribe en una hoja de su cartera)
y le entregará el importe.

HOMBRE 2º: Le quedo a usted muy atento;
mándeme usted.

DON ANTONINO: Vaya, abur.

HOMBRE 2º: (Qué carga a son de degüello
le daría yo a los cofres
de este maldito usurero). *(Vase).*

DON ANTONINO:
¿Y qué tal, Don Federico?
Apostaría, y no pierdo,
¿a que no ha tomado usted
café?

FEDERICO: Lo que es muy cierto;
pero ya ni me acordaba,
mirando los ojos bellos
de la angelical María.

MARÍA: (¡Qué repugnante y qué necio!).
¡Gracias!

DON ANTONINO: Pues si usted lo quiere,
iremos a ver, primero,
cierta persona, inmediato,
y después nos volveremos
a tomarlo.

FEDERICO: Soy de usted.

DON ANTONINO:
Dolores, te recomiendo
sea en la máquina nueva,
siempre lo gusto más bueno
cuando lo haces tú. María. *(Llevándola aparte)*
Cuidado con el convenio:
tu felicidad, tu calma,
tenlo entendido, está en ello.
Si viene mientras yo salgo
no hay que andar con miramientos
sino decir la verdad;
ya que según tus deseos
no he de ser yo quien la diga.

MARÍA: Así lo haré.

DON ANTONINO: Así lo espero.

FEDERICO: Señoras, hasta después.

DON ANTONINO:
Pronto el café. Vuelvo luego.

Vanse los dos.

ESCENA IV

MARÍA y DOLORES

MARÍA: ¡Ah, mi querida Dolores!
En este día se ha ahogado
mi corazón desgraciado
en un mar de sinsabores.
Y en mi cabeza se agita
un inmenso torbellino,
donde ciega y sin destino
mi razón se precipita.
Las horas pasan y en ellas
deshecha vuela la nube,
donde risueña contuve
mis esperanzas más bellas,
felicidad, ilusiones,
horas de amor y de calma,
se van fugaces del alma
como soñadas visiones.
Tú sabes cuánto le ama
cada fibra de mi pecho,
que se considera estrecho
para el volcán que lo inflama.
Tú sabes que en él cifraba
mi porvenir más dorado...
¡Mírale ya deshojado
cuando a lucir empezaba!

DOLORES: No, mi sensible María:
de la más profunda pena,
con el tiempo se serena

su rigor y su porfía.
Tú probarás que el destino,
que es hoy tan negro a tus ojos,
no sólo cegó de abrojos
la senda de tu camino.
Sé que idolatras a Carlos,
sé tus fuertes impresiones
pero a vuestros corazones
es preciso separarlos.
¡Esfuerzo cruel, violento!
¡Pero cuál es aquella alma
que por un trago de calma
no bebe un mar de tormento!
Tú no has hecho hasta ahora
más que oír tu corazón,
hinchido de una pasión
tan fuerte y tan seductora
como fatal a tu dicha,
y sin pesar tu destino
te labrabas el camino
para tu acerba desdicha.

MARÍA: No, que vivía en un cielo
lleno de amor, de ventura,
lleno de cuanta dulzura
bebe el alma con anhelo.
¡Mi destino! ¡Qué valía
si para amar he nacido,
y amaba en cada latido
que mi corazón sentía!

DOLORES: ¡Desgraciada! Pero al cabo

Carlos no puede ofrecerte
ni su mano, ni tu suerte.

MARÍA: Su corazón es mi esclavo:
¿para qué mayor fortuna?

DOLORES: No, María, las mujeres
tenemos crueles deberes
que respetar, y ninguna
puede separarse de ellos.
Sin exponer su decoro,
que forma el solo tesoro
de nuestros años más bellos.
La sociedad no pregunta
lo que hay en los corazones,
mira sólo las acciones,
y su dedo nos apunta.
Carlos es joven, sensible,
lleno de honor y talento,
y lleno de amor violento,
de pasión irresistible;
pero es pobre y desgraciado
cual nadie en la sociedad,
y por eso en su orfandad
de todos vive olvidado.
Su cabeza se respeta
porque es bella y luminosa,
pero al fin, no es otra cosa
que un desdichado poeta.

MARÍA: ¡Lo sé!

DOLORES: Carlos, algún día
¿te comunicó su estado?

MARÍA: Sí.

DOLORES: Y pobre y abandonado
¿qué te ha ofrecido, María?

MARÍA: Su corazón ya era mío,
su mano dentro de un año;
y de doblez ni de engaño
en su labio desconfío.

DOLORES: Pero antes de conocerle
no recuerdas que tu mano
la dio tu padre...

MARÍA: Y en vano
hoy no puedo obedecerle.

DOLORES: María, ¿tu mismo labio
no consintió?

MARÍA: Mas, ¿qué vale
una palabra que sale
de la niñez?

DOLORES: Un agravio
para el honor de tu padre,
y para tu honor, María.
Además, quizá en el día
a sus intereses cuadre
más que nunca, que tu mano
con la de Enrique se una.
Tú sabes que su fortuna
el competirle es en vano,
y que con ser tu marido
se curarán los reveses
que en sus vastos intereses

ha tu padre recibido.
Sabes también...

MARÍA: Sólo sé
que al pie del altar quizás,
habré de decir: "Jamás",
al querer darle mi fe...

DOLORES: ¡María!

MARÍA: ¡Por él lo juro!
Fálteme la luz del día,
si la fe del alma mía
por otro amor la perjuro.
Conviértase en el tirano
de mi pecho el orbe entero,
yo lo sabré hacer de acero
para defender mi mano.
Yo tendré fuerza bastante
para lo que hoy se me pide,
ya que a Carlos se despide
tan sólo por ser mi amante.
Pero mañana, otra cosa
no esperen de mi obediencia,
que de mi alma la excelencia
no es, por Dios, tan humilde.

DOLORES: Está bien; pero siquiera
haz que tu padre no sea...

MARÍA: ¡Quien lo despida! Acción fea,
indigna de quien debiera
más miramientos mostrar,

no será mi padre, no,
que la víctima soy yo,
y yo quien debe llorar.

DOLORES: Valor un solo momento,
y después...

MARÍA: Después de la muerte
derramará por mi suerte
torrentes de sufrimiento.

UN CRIADO: El señor don Carlos.

MARÍA: ¡Carlos!

DOLORES: Puede entrar. ¡Valor María!

Vase el criado.

Sí, en su nobleza confía,
y desecha esos recelos
que te abruman.

MARÍA: En el alma
siento un peso que la oprime...
No sé qué hacer... por Dios, dime
cómo el tormento se calma,
cómo se da valentía
al labio que tiene miedo...
Por Dios, Dolores, no puedo,
Háblale tú, prima mía...

DOLORES: Tú sabes que yo obedezco.

MARÍA: Ya se acerca.

DOLORES: Nada ocultes

ni tu situación abultes
con tus lágrimas. (*Vase*).

MARÍA: (*Se sienta en una silla*).
¡Fallezco!

ESCENA V

MARÍA, CARLOS

CARLOS: ¡No sé qué amargo sinsabor el alma
hoy me anuncia infeliz! Quizá este día
no concluirá sin alumbrar mi llanto...
Ella me ama y la veré... ¡María!

MARÍA: ¡Carlos!

CARLOS: ¡Mi amor y mi ángel de consuelo!

MARÍA: Te he llamado, es verdad, y en el momento...

CARLOS: Me tienes a tus plantas ambicioso
de oír, de amar, de obedecer tu acento.

MARÍA: (¡Gran Dios! ¿qué le diré?) Siéntate, escucha.

CARLOS: ¿Es ilusión, o en tus divinos ojos
hay lágrimas, María? ¿Qué infortunio
me quieren presagiar con sus enojos?

MARÍA: Una ilusión será... Carlos, ¿me amas?

CARLOS: ¿Si yo te amo? Pregúntame, María,
si late el corazón dentro de mi seno,
y eso basta no más; el alma mía
si es verdad que palpita, te idolatra;
pues no amarte y vivir, no lo comprendo.

MARÍA: Pues bien, si tanto amor hay en tu alma,
un sacrificio de tu amor pretendo.

CARLOS: Pide cuanto de un hombre el brazo pueda
con valor alcanzar; pide mi vida,
pide de mi alma el último suspiro,
y de orgullo y de amor el alma henchida,
si tú lo mandas, volará del pecho.

MARÍA: ¿Sabrás obedecerme?

CARLOS: Oye, María.
Un germen que es fatal entre los hombres
traje a la tierra con el alma mía,
y brotando sus raíces con el tiempo
apuré gota a gota su veneno;
y ni tan sólo un día entre los hombres
latió sin él mi lacerado seno;
pues bien, si bondadoso entre mis manos
pusiera Dios un mundo de ventura,
por una sola voz, una mirada,
lo daría por premio a tu hermosura,
lanzándolo en pedazos a tus plantas.

MARÍA: (¡Cómo poder hablar!).

CARLOS: Mi triste vida,
¿a qué debe sus horas halagüeñas
sino al amor que tu existencia anida?
Cuando echo una mirada por el mundo
buscando un ser que comprenderme pueda,
empañando una lágrima mis ojos,
mi huérfana mirada en ti se queda...
Cuando mi vida de sufrir cansada,

buscando alivio al porvenir se lanza,
mi corazón se vuelve presuroso
a ti, María, su única esperanza.
¿Qué me pedirás pues, que no consigas
tan pronto como verte y adorarte
supo mi corazón?...

MARÍA: También el mío
ardoroso palpita para amarte;
también yo te daría mi existencia
si comprara con ella tu ventura.

CARLOS: ¡Ángel consolador! ¡Quién más felice
si me embriaga la flor de tu hermosura!
¿No has visto que mis ojos ya no vierten
ni una lágrima sola, ni un suspiro
presagiando dolor del alma sale
cuando escucho tu voz; después que miro
mi pasión con tu amor recompensada?
Soy muy feliz, María; nada espero
ni hay en mí más temor que el de perderte.

MARÍA: Pues sufre como yo; es ya el postrero
momento de mirarnos.

CARLOS: ¿Y has podido
tan imposible acción pensar siquiera?
¡Separarme de ti! ¿Hay en el mundo
quien tenga tal poder; quien se atreviera
a separar tu amor del amor mío?

MARÍA: No me comprendes, Carlos. Un momento
de calma, por piedad. No es que me olvides
lo que exijo de ti: es un tormento

quizá mucho mayor: que no me veas.
Esta casa, de hoy más...

CARLOS: Cesa, María;
¡Comprendo!... ¡Maldición!...

MARÍA: Mi padre...

CARLOS: Cesa...
¡Qué nube de vergüenza al alma mía
envuelve sin piedad!

MARÍA: Oye, bien mío.
No me culpes, por Dios; mi padre ignora
cuán inmenso el amor en nuestras almas
con su temible llama las devora,
y calculando un bien para su hija,
de su sola ventura la separa...
Soy la víctima yo: lloremos juntos
la suerte que el destino nos prepara,
sin quererle oponer. Si yo pudiera
no obedecer más voz que a mis pasiones,
tu esclava te siguiera por el mundo
venturosa arrastrando mis prisiones.
Mas tú lo sabes ya.

CARLOS: Sé que fui niño
presagiando firmezas en tu pecho...
Mujer y nada más.

MARÍA: Mujer que tiene
para injurias y amor el seno estrecho;
mujer que en cada fibra de su vida
hay arrojo y amor... pero no intento
reprender tu desdén... ahoga en tu alma

lo que llamas ofensa, y un momento
escúchame, por Dios.

CARLOS: Di que has mentido,
que no has podido oír que se me ofenda
con tan torpe maldad, sin que tu labio
de respetos humanos se desprenda.
Dime más bien, mujer, que me aborreces,
que desprecias mi amor loco, irritable,
pero no te presentes mensajera
de un proceder villano y despreciable.

MARÍA: ¡También me despedaza!

CARLOS: Bien: escucha.
Porque la suerte me negó caudales
para pagar el precio de tu mano,
me cierra de su casa los umbrales
tu padre sin piedad. Si los tuviera
con afable amistad me trataría,
vendiendo de su hija el alma pura
cual una despreciable mercancía.
¡Y un ser de corazón tan depravado
es quien tiene la audacia de insultarme,
y tanto es lo villano de la injuria
que hasta su sangre es débil a vengarme!

MARÍA: Recuerda que es el padre de María.

CARLOS: Es mentira que injuria al mismo cielo.
Aquel que nos regala una existencia
para rendirla esclava de su anhelo,
¿cuándo merece el título de padre?
Si engendra nuestra vida, el egoísmo
de sus placeres nada más le mueve

acordándose sólo de sí mismo.
Esa voz ¡padre! que del alma sale,
la merece tan sólo quien derrama
en la vida del hijo su cariño;
y cuando ¡hijo! alguna vez le llama
no cree llamarle “siervo miserable”...
Pero no me interrumpas. Es forzoso
que obedezca a tu padre, mas en cambio
de este obediencia vergonzoso,
de la hija un sacrificio necesito.

MARÍA: Tuya es mi vida. Sí.

CARLOS: El pecho humano
jamás es débil si el amor lo anima,
y no sabe querer cuando liviano
no es capaz de arrostrar un sacrificio.
Pues bien, si tú me amas, al momento
tu suerte con mi suerte estará unida.
El mundo es vasto al corazón violento,
y fértil en recursos al que ama.
Si la fe que juramos ante el cielo
cuando inspiró el amor en nuestras almas
no crees bastante en el mezquino suelo;
seré cual tú, sumiso, preocupado,
seré lo que tú quieras, y al instante
la bendición de un hombre hará sagrada
la ardiente llama de mi amor constante.
Aunque sola conmigo, en mí hallarías
cuanto con alma el universo encierra,
que para henchir de amor tu ardiente pecho
haré que brote amor hasta la tierra...

por ti, por lo que ames de esencia divina,
 te pido, María, mil veces perdón.
 Tu alma que iguala la nítida hoja
 de rosa naciente, de leve jazmín,
 no puede, bien mío, saber la congoja
 de un alma de fuego que insultan en fin...
 Un hombre me ofende, cobarde y mezquino,
 y en llamas de ira se fue mi razón,
 mas veme de hinojos, con llanto continuo,
 pidiendo, María, mil veces perdón.
 Si el amor mío quien loco te ofende,
 si fuere mezquina corona en tu sien,
 ¿no amar la hermosura del hombre depende?
 ¿A Dios no se ama con fuego también?
 Lo que al alma mía constante la oprime
 es fiebre, delirio, volcán, no pasión;
 infierno que abrasa... no, cielo sublime...
 ¡Mil veces, María, mil veces perdón!

MARÍA: ¡Quién puede culparte si mira tu lloro
 si siente, bien mío, de tu alma la voz!
 Con vida, con alma, mi Carlos te adoro...

Pasos dentro.

Mas vienen... mi padre. ¡Ay! Vete, por Dios.

CARLOS: Seguirme, María, promete al instante.

MARÍA: ¡Jamás!... ¡Imposible!

CARLOS: Lo pide a tus pies
 tu esposo, María.

MARÍA: Soy sola tu amante,
 tu esposa no soy.

CARLOS: Ya lo eres.

MARÍA: Después...
 Quizá en otro día... mas piensa primero...

CARLOS: Pues venga tu padre y aquí me hallará.

ESCENA VI

DON ANTONINO, FEDERICO y dichos

FEDERICO: Fue largo el paseo.

DON ANTONINO: Señor...

CARLOS: Caballero...

MARÍA: *(A Carlos)*
 Te sigo.

CARLOS: *(A Don Antonino)*
 Os saludo.

MARÍA: Ve usted, ya se va.

CAE EL TELÓN

ACTO SEGUNDO

UNA SALA QUE REPRESENTA EL ESTUDIO DE CARLOS. UNA GRAN MESA CON LIBROS Y PAPELES EN DESORDEN, UNAS PISTOLAS. SILLAS Y UN SOFÁ. POCO LUJO; AL FONDO UNA PUERTA QUE SE SUPONE DA A LA ALCOBA; A LA DERECHA DEL ACTOR, PUERTA DE SALIDA.

ESCENA I

TERESA

TERESA: *(Saliendo con un plumero de la alcoba de Carlos)*

Pues señor, he concluido
de arreglar el aposento,
si es que arreglar es posible
un desarreglo perpetuo.
¡Jesús qué desbarajuste!
Las camisas por el suelo,
las botas sobre la silla,
sobre la cama el sombrero
bastón y guantes y capa
por los rincones revuelto;
y esto toditos los días,
y todos los días tengo
que colocarlo en su sitio.
Este otro cuarto no debo
según dice, acomodarlo,
porque los libros revuelvo,
y le pierdo los papeles;
y con mi alma agradezco
me prive tal compromiso;
que acomodar ese infierno *(Por la mesa)*
obra sería de un año.
¿Y todo este desarreglo
de qué proviene? Muy claro:
de pasarse todo el tiempo
entre librotas, papeles,
entre suspiros y versos...

Este hombre se ha de matar.
Se pasa días enteros,
sin más que una bagatela
por comida y por almuerzo,
y dale con horas, y horas
pasarse siempre leyendo,
cual si los libros nutrieran
como nutre un buen puchero.
De noche sale a las ocho,
canta las doce el sereno,
y hételo aquí que ya viene
cabizbajo, macilento,
tirando sobre las sillas
capa, guantes y sombrero,
cual si le dieran fastidio.
Lo primero, en el momento,
es sentarse, y revolverse
con los dedos el cabello,
después la pluma en la mano,
y adiosito, allá van versos...
Se para, camina, piensa,
conversa consigo mismo,
y vuelve a sentarse, y vuelve
a dejar limpio el tintero.
¡Jesús! A veces presumo
que no anda bueno el cerebro;
pero ya se ve ¡poeta!
¡Ay! qué malas se las veo
a la mujer de tal gente.
Pasar la noche escribiendo,

y después débil, sin fuerzas,
 medio vivo y medio muerto...
 Pero alguien creo que viene;
 él ha de ser, que está enfermo
 hace diez días, y apenas
 hoy ha salido a paseo.

ESCENA II

CARLOS, TERESA

TERESA: ¿Está usted mejor, Don Carlos?

CARLOS: Sí, Teresa; algo padezco,
 pero me siento más fuerte,
 me ha probado este paseo.

TERESA: La alcoba está acomodada.

CARLOS: Gracias.

TERESA: Ya según creo
 son las cinco de la tarde,
 y si usted tiene deseos
 de comer, hay un pollito
 y unas...

CARLOS: No, nada apetezco.

TERESA: Pero, señor...

CARLOS: A la noche,
 después... en otro momento.

TERESA: Como usted quiera; yo cumplo.

CARLOS: Lo sé, Teresa, y no tengo

cómo compensar a usted
 tanto cuidado.

TERESA: Es un bledo.
 ¡Eh! No, señor; que usted sane,
 que esté robusto y contento
 es mi ambición, nada más.

CARLOS: (¡Pobre mujer!). Lo agradezco.

TERESA: Con que entonces...

CARLOS: Nada más...

TERESA: Si viene algún caballero...

CARLOS: Que entre.

TERESA: Bien.

CARLOS: Si la señora,
 aquella de traje negro
 que viene todos los días,
 quisiera verme, primero
 repare usted si hay visitas,
 y si así fuera, un momento
 que me espere.

TERESA: Y haré a usted
 una seña desde adentro.

CARLOS: Eso es.

TERESA: Pues de contado
 Cumpliré a usted su deseo. (*Vase*).

CARLOS: (*Se sienta al lado de la mesa*).
 Hace diez días que un mundo
 descansa sobre mi frente,

que ya lucha insuficiente
con el peso abrumador;
diez días ha que en mi pecho
siento una guerra de muerte,
en que ora vence mi suerte,
ora vence mi dolor.

¿Es virtud o es inconstancia,
preocupación o falsía?

Dímelo, por Dios, María,
aunque me cueste el morir.

Dime si me has engañado,
o si los días demoras,
para endulzarme las horas
de un cercano porvenir...

¡Por qué, Dios mío, pusiste
tanto amor dentro mi seno,
si tan amargo veneno
me reservaba el amar.

¡Por qué de llamas ardientes
llenaste mi fantasía,
si nieve sólo debía

sobre la tierra encontrar!...

¡Por qué pusiste en mi alma
tan hermosos sentimientos,
si crueles padecimientos
debieran sólo envolver!

¡Por qué cual soy me formaste,
si es en la tierra mi vida
flor sobre tumba nacida
que repugna recoger!...

¡María! tú eres a mi alma

lo que la brisa a las flores;
sé constante en tus amores,
ángel puro celestial;
que si siento tus enojos
serán en mi joven seno,
lo que en un arbusto ameno
las furias del vendaval.
Diez días sin oír tu acento,
sin contemplar tu hermosura...
Es demasiada tortura;
demasiado padecer...
Pero alguien viene; si acaso
fuera Dolores... la amiga
que mis pesares mitiga...
¡Siempre importuno ha de ser!

ESCENA III

CARLOS, FEDERICO

FEDERICO: Y bien, cómo va, qué tal,
¿cómo se halla mi poeta?

CARLOS: (¡Hasta en saludar es necio!).
Mi salud casi está buena,
Federico, muchas gracias.

FEDERICO: No tal; debe estar enferma,
y siempre, y siempre estará;
¡pues es nada la friolera
de su escribir y leer!...
Sin pasear, sin comedia,

sin comer ni beber bien,
ni enamorar, ni... ¡Es buena
la vida que usted se pasa!
La mía engorda, da fuerza,
vea usted si yo padezco
ni tan solo de las muelas,
y siempre alegre; paseando
sin enfermedad ni penas,
para después a mi casa
volver con el alma quieta,
y sin zozobra ni llanto,
echar sobre mi marquezía,
un sueño de *diputado*,
o como dicen, de piedra.

CARLOS: ¡Qué quiere usted! nada tengo
con qué distraer mis tareas.

FEDERICO: Baile usted.

CARLOS: Poco me place

FEDERICO: Vaya usted a la comedia.

CARLOS: Me fastidio... Desearía
ver siempre sobre la escena
algo nuestro... americano...
Mas hallo con impaciencia,
siempre la Europa y sus reyes,
como una caduca vieja
incomodando una niña.

FEDERICO: Dé usted alguna gaceta
con muchos comunicados,

y así ganará pesetas
y nos hará reír a todos.

CARLOS: ¡Peor que peor! nuestra prensa
tiene tres sendas; la una,
para el poder; hay en esta
la adulación, la mentira,
torpes y viles bajezas,
y una obligación continua
de hacer lo que otro desea;
y en ella no piso yo.
La segunda es línea recta
al honor de las familias,
deshonrando nuestra prensa
con insultos personales,
y miserables reyertas.
Para esta se necesita
una alma ignorante o necia
y en ella tampoco piso.
Y por fin, va la tercera
en derechura a la cárcel;
en esta huella se encuentra
la libertad, el valor
y la más pura nobleza
de una alma ilustrada y firme,
pero al fin termina ella
como ya he dicho, en la cárcel,
y no quiero conocerla.
Ya lo ve usted, imposible
que pueda dar la gaceta.

FEDERICO: Pues entre usted en política,
y grita usted, vaya, venga,
y así a todos alborota
y llena sus faltriqueras.

CARLOS: Peor es esto que lo otro.
¡No me dé Dios tal idea!...
Eso que usted y otros muchos,
llaman política, fuera
mucho mejor le llamaran
infierno que se alimenta
con la ignorancia de todos
y el egoísmo y miseria
de unos cuantos de los nuestros,
que por ser tontos y malos
son buenos por excelencia
para mandar nuestro pueblo.
No, amigo; no. En nuestra era
la política nos mancha
o nos hiere la conciencia;
y el joven de pecho noble
líbrese por Dios de ella,
si quiere guardarse puro
para los tiempos que vengan.

FEDERICO: ¡Pero esos tiempos!...

CARLOS: Vendrán,
como en pos de la tormenta
nos saluda un bello día.
Este período que rueda
lleno de sangre y de luto
tan preciso es que así sea,

como es preciso sufrirlo:
nuestro presente es la arena
donde hay un combate a muerte,
entre nuestra vida vieja,
y la vida que nos viene.
Cuando en la lucha por fuerza
caiga deshecho lo viejo,
la América grande y bella
sobre su trono sentada,
extenderá fuerte diestra
para alzar la juventud.

FEDERICO: Pues bien, ya nada le queda
a usted que escoger, muy claro,
por supuesto, la carrera
de las armas no conviene
a su salud tan enferma.
Diputado... es imposible,
pues un diputado es fuerza
que tenga fincas, o en plata
un...

CARLOS: Un caudal de elocuencia.
Dice usted bien, sin dinero
es prohibida la defensa
de los pueblos y sus leyes,
dice usted bien...

FEDERICO: La carrera
de abogado...

CARLOS: ¿Donde el sable
es la ley? ¡Otra simpleza!

FEDERICO: Conque al fin...

CARLOS: Al fin, amigo,
seré una planta extranjera
sobre un suelo en que no prende.
¡Qué quiere usted!

FEDERICO: Es muy bella
la imaginación de usted,
sus versos por donde quiera
se alaban con entusiasmo,
pero, mi amigo, "pesetas"
es la mejor alabanza,
y ya sabe usted que en ellas
no se convierten sus versos.
Creo pues, que usted acierta
dejando la poesía,
los papeles, y... ¿qué fuerza
hay de estar siempre leyendo,
ni de ser siempre poeta?

CARLOS: ¿Dice usted muy bien, qué empeño
hay de que el sol en la esfera
esté siempre iluminado;
que esté brotando la tierra
los árboles y las flores;
ni que esté el pobre poeta
brotando versos del alma?

ESCENA IV

Dichos y TERESA

TERESA: Señor...

CARLOS: Entiendo, Teresa;

Vase Teresa.

amigo mío, un obsequio
quisiera de usted.

FEDERICO: Cualquiera;
hable usted.

CARLOS: Tengo deseos
de asistir a la comedia
esta noche, mas no iría
si me venden mi luneta.

FEDERICO: ¿Y usted quiere que de paso
ordene que no la vendan?

CARLOS: Eso es.

FEDERICO: Voy al instante.

CARLOS: Perdone usted la molestia.

FEDERICO: ¡Qué! no es nada. ¡Si me place
ver cómo con mis arengas
le voy a usted transformando.
Hoy la comedia desea,
mañana querrá usted bailes,
y pasado... ¡Adiós poeta!
Se acabó la poesía,
y se acabaron leyendas.

Verá usted cómo las gracias
me ha de dar. Es cosa cierta.
Usted mudará, hasta luego. (*Vase*).

CARLOS: ¡Pobre joven! ¡Si supieras
que para apagar la llama
que en mi espíritu se encierra,
no hay más resorte en el mundo
que apagarse mi existencia!
Multitud sin pensamiento,
sin pasiones ríe y piensa
que un corazón cual el mío
puede vivir en la esfera
donde giras ofuscada.
Que mi cabeza que vuela
como el cóndor a las nubes,
en medio de la tormenta
que la frente le sacude,
puede vivir satisfecha
si se arrastra miserable
en el polvo de la tierra...
Ríe, burla, ¿qué me importa?
Si cuando tú me desprecias,
con los brazos de mi mente
alcanzo otra época bella,
a la que arrastro a mi lado
para posar mi cabeza.

ESCENA V

MARÍA, DOLORES, CARLOS

CARLOS: (*La toma de la mano*).
¡Cielos! ¡María!

DOLORES: Despacio
no vamos tan de carrera,
si no...

MARÍA: ¡Carlos!

CARLOS: ¡Ángel mío!
Dolores, usted me entrega
la felicidad del cielo,
y no estaba, no, dispuesta
mi alma para recibirla.
Ni sé lo que hago, y mi lengua
no sabe lo que pronuncia...
¡María!

MARÍA: Lo que me cuesta
este paso no lo sabes.

CARLOS: ¡Te arrepientes!

MARIA: Temo sea
motivo para que Carlos
en menos valer me tenga.

DOLORES: No será así.

CARLOS: Nunca, nunca,
mil veces más hechicera
te ve mi alma este momento;
déjame creer no sueña

mi exaltada fantasía...
Tanto dolor, tanta pena,
con no verte he padecido
que no me parece cierta
la felicidad que siento.

DOLORES: Debe ser muy pasajera
nuestra visita. He querido
que la situación violenta
en que se hallan vuestras almas,
cese de alguna manera,
aun cuando sea preciso
cometer una imprudencia,
cual el traer a María.
Pero ella sola en la tierra
imperera en usted y veo
que es necesario que ejerza
su poder; óigala usted.
Pero óigala sin violentas
sensaciones. Mucha calma,
mucho valor y entereza
es preciso, de otro modo
hará usted que me arrepienta
de lo hecho; y que la suerte
de usted y también de ella,
se convierta en desgraciada
pudiendo ser lisonjera.
Iré adentro un cuarto de hora,
“Carlos, con usted se queda”.

CARLOS: Como si un ángel quedara
velado por la pureza.

ESCENA VI

CARLOS, MARÍA

MARÍA: ¡Mujer generosa!

CARLOS: ¡Ah! ¡Mucho lo es!

MARÍA: Y el cielo la hace
dichosa también.
Amor en su alma
latió alguna vez,
y al punto felice,
lo sabes muy bien,
fue esposa del hombre
que estaba a sus pies.

CARLOS: Un día estaremos
unidos también,
que no hay a estorbarlo
temible poder;
si me ama, María,
tu pecho con fe,
del mundo burlemos
la saña cruel.
¿Qué importa que un hombre,
menguado tal vez
no haya aún bendecido
del alma la fe?
¿Acaso el Eterno
no tiene a sus pies,
los votos de tu alma
de mi alma también?

MARÍA: Si jura mi seno
lo jura por él,
y nunca perjura
mi labio después.
Mas, Carlos, si el mundo
nos pone un deber,
preciso es cumplirlo,
llorando tal vez.

CARLOS: Lo cumple quien gusta
del mundo el placer,
lo pisa quien bebe
torrentes de hiel.
¿Qué debo yo al mundo
si ríe al poner
de abrojos y espinas
alfombra a mis pies?

MARÍA: Escúchame, Carlos
escúchame y ten
la fiebre de tu alma
tranquila esta vez.

CARLOS: Lo mandas, bien mío,
cumplir es deber.

MARÍA: Tú sabes que un día
tu voz escuché,
y al punto del pecho
mi calma se fue;
y luego de hinojos
al verte a mis pies,
te dí con mi afecto
mi vida también.

A tu alma de fuego,
sin copia tal vez,
preciso era otra alma
de fuego poseer,
y yo en mis entrañas
un fuego activé,
bastante a abrasarse
mil almas en él.

CARLOS: Así en esos días
mi vida pasé,
creyendo que el cielo
rodaba a mis pies.

MARÍA: Pues bien, esa llama
la alienta mi fe,
y hoy más te idolatro
mil veces que ayer.

CARLOS: ¡María!

MARÍA: Mas sabes
que hay otro poder
que manda y es fuerza
mi incline ante él.
¡Qué quieres! Soy hija,
soy débil mujer,
y siempre obediente
pasé mi niñez.
Mi padre ha querido,
severo y cruel,
no vuelvas a verme
ni a darme tu fe.
En tal ocurrencia

¡qué resta que hacer!
Tu honor te lo manda,
lo pide tu bien,
no verme, ¿es verdad?

CARLOS: ¿No verte? ¡Par diez!
Al mundo provocho,
y al cielo también.

MARÍA: Esfuerzo violento,
muy bien que lo sé.
Pero hay algún medio
que alivia tal vez
tan dura sentencia,
tan cruel proceder.

CARLOS: Pronuncia, María.
Pronuncia, ¿cuál es?

MARÍA: ¿No es duro que cerca
vivamos sin ver,
el uno del otro
siquiera la tez?

CARLOS: ¡Horrible! Ni quiero
pensarlo una vez.

MARÍA: ¿Saber que a dos pasos
espera el placer,
y ansiando correrlos,
quedarse de pie?

CARLOS: Concluye, María,
me matas cruel.

MARÍA: Pues bien, por un año,
un tiempo cualquier,

visita otros pueblos
que lejos estén.

CARLOS: ¿Mas tú?

MARÍA: Conservando
me quedo tu fe.

CARLOS: Jamás... imposible...
Si vienes también,
partamos burlando
la suerte doquier.
No quieras que falsa
te llame otra vez.
No ha mucho, ¿recuerdas?
feliz escuché
valiente promesa,
mentida que fue:
mi voz contuviste
diciéndome “iré”,
y diez días corren
faltando a tu fe;
mas yo te perdono
todo esto, mujer,
si dices “partamos,
tu esposa seré”.

MARÍA: Tu esposa, sí, Carlos,
lo juro, mi bien,
mas no es del momento
tan grato placer.
Auséntate un año,
y al fin yo podré

el sí de mi padre
dichosa poseer.
¿No sabes que quedo
sufriendo también,
un otro tormento
que abruma mi ser?
¿No sabes que quiere,
mi padre cruel,
que a un ser que desprecio
mi afecto le dé?

CARLOS: Es viejo ese empeño.
Muy bien que lo sé,
mas tú lo desprecias
¿no es cierto?...

MARÍA: Lo es.

CARLOS: Entonces no temo
me olvides por él,
si acaso lo odiaras
temiera tal vez.

MARÍA: ¡Oh! ¡Nunca lo temas!
Bien pueden hacer,
que nunca dichosa,
mi mano te dé;
mas no me presuman
tan débil mujer
que crean es fácil
jugar con mi fe;
hasta hoy de obediencia
la copa apuré,
mas puedo cansarme

de tanto beber.

TERESA: *(Desde adentro)*
Señor, no se puede,
deténgase usted.

DON ANTONINO:
(Desde adentro)
No importa, no reza
conmigo esa ley.

MARÍA: ¡La voz de mi padre!

CARLOS: Aciertas; él es.

MARÍA: ¡Salvadme, Dios mío!

CARLOS: Tu Dios soy yo... Ven.
(La entra precipitadamente a la alcoba y cierra la puerta).

ESCENA VII

CARLOS, DON ANTONINO, TERESA

Esta última sale conteniendo a Don Antonino, mas luego que ve solo a Carlos se sonríe y se va.

DON ANTONINO:
¡Posma de vieja! Apuesto que me ha roto
los faldones del frac...

CARLOS: Es un abuso
que disculpa la orden que la he dado,
de que no entre hasta aquí hombre ninguno
sin hacerse anunciar; y no sabía
que para ciertos seres de este mundo

por ejemplo al señor Don Antonino,
no hay puertas que se cierren.

DON ANTONINO: No lo dudo,
entre gentes amigas, por mi parte
nunca las etiquetas acostumbro.

CARLOS: *(Con ironía)*
¡La franqueza es lo que hay! Lo que no gusta
se dice sin dobleces ni discursos,
mas creía, señor, que entre los hombres
poderosos y francos a lo sumo,
la reciprocidad en las acciones
era un convenio que ajustaban mutuo.

DON ANTONINO:
Así debe ser; pero no siempre
podemos sujetarnos a los usos;
hay ocasiones...

CARLOS: Sí, que puede un hombre
arrojar de su casa a un importuno;
y para más reír viene a la de este,
y siguiendo el capricho de su orgullo,
penetra, grita, burla a los criados,
y se presenta audaz al importuno
diciéndole con esto: “¡Miserable,
yo valgo más que tú, por eso injusto
te cometí una ofensa, mas tu debes
hasta en tu misma casa mis insultos
con gran calma tolerar!”. ¡Es grande cosa
poder esto decir!... ¡Es grande gusto!

DON ANTONINO:

No hay ya que recordar de lo pasado.
Hablemos como amigos; yo procuro
una conciliación entre nosotros.

CARLOS: En el seno del alma más oculto
me hirió, señor, vuestro agrio desacato;
y yo mismo no sé por qué la plugo
a mi lengua callar. Pues yo lo olvido
para siempre, señor... Aun más, os juro
veréis en mí durante mi existencia
el hombre más leal que nacer pudo,
hasta vuestros caprichos respetando.
Y si cabe respeto en el sepulcro,
cuando descansa en él allí mandadme,
y saldrá a obedecer mi sombra al punto.
Pero un solo favor en cambio os pido;
es María, señor, mi Dios, mi mundo,
mi inspiración, y mi universo entero;
mi corazón la adora. Noble y puro
por ella vive, y para ella late;
ella me ama también, y en santo nudo
palpitan a la par nuestras dos almas.
Si el cielo me la dio, con labio duro
no me la neguéis vos por ser su padre,
un año nada más. En su transcurso
yo encontraré los medios con que pueda
ser su esposo feliz. Un año, os juro,
me bastará, señor: de sus riquezas
nada pretenderé; sed absoluto
en disponer de ellas al antojo,

sólo en María el corazón procuro.
Dádmela pobre, aislada, sin fortuna,
y agradecido entonces cual ninguno,
contaré me habéis dado el universo.

DON ANTONINO:

(Que locura de mozo). Yo no dudo
la améis como decís; cuando uno es joven
las pasiones, Jesús, son un profundo
infierno que tenemos en el pecho,
mas por felicidad no duran mucho,
y en esto anda el amor muy acertado.
¡Mas ay, amigo mío! Es trance duro
el casarse no más que por casarse
con quien se quiere y en cualquier minuto:
para casarse, lo primero, es plata,
y esas fuertes pasiones lo segundo;
porque, por bien o mal, es necesario
los conduzca a quererse el santo nudo...
Esto no es aplicable a nuestro caso,
porque a mi hija os daría sin disgusto
si no fuera...

CARLOS: ¡Que ya está prometida!
(Y a este hombre mi labio rogar pudo).

DON ANTONINO:

Pero quiero probaros que os aprecio,
y porque nunca me llaméis injusto,
un sacrificio hacer. Sé que mi hija,
a quien el cielo concederla plugo
un corazón igual al de su padre
en generosidad...

CARLOS: (¡Y aún esto escucho!)

DON ANTONINO:

¿Me atenderéis o no?

CARLOS:

Es necesario.

DON ANTONINO:

María, pues, sin precaución, sin mundo,
generosa escuchó vuestros amores;
y buena como es, quizá no pudo
mirar sin compasión a quien la amaba.

CARLOS: (¡Aún otro insulto más!).

DON ANTONINO:

Y fuera injusto
no proceder así; vuestro talento,
vuestra amabilidad...

CARLOS:

Señor, al punto,
explicaos ¿qué queréis? Me causa hastío
lisonjas escuchar.

DON ANTONINO:

Pues bien, procuro
vuestra felicidad y la de ella;
vuestra felicidad, porque amo mucho
la juventud y anhelo protegerla,
y la de ella, porque ver es duro
que se pasen sus años sin hallarla
un enlace feliz como ninguno.

CARLOS: (¡Quisiera deshacerlo entre mis manos!).

Va anocheciendo; sale Teresa, pone una vela sobre la mesa y se va.

DON ANTONINO:

En este caso el medio más seguro

de todo conciliar, es que algún tiempo os separéis de aquí; tengo en Hamburgo algo que recaudar de cierto agente, que no agencia muy mal. Os aseguro vuestro pasaje, y además no poco para un tiempo vivir; no habrá ninguno que desechar quisiera tal convenio. Y que sólo por vos hacer no dudo, porque yo soy así; siempre deseo desmentir con acciones lo que el vulgo suele decir de mí; suelen llamarme avaro, miserable; pues yo juro los he de desmentir con este hecho. Pues por todo ese bien que ahora os anuncio ¿qué creéis voy a pedir?... Una friolera... Una simpleza, vamos, lo que busco por todo lo que os doy es, que esta carta firméis para María; en ella nulo queda ese amor, esa locura, y esa...

Carlos que mientras ha estado hablando Don Antonino, ha manifestado un esfuerzo violento sobre sí mismo; al oír las últimas palabras le arrebató la carta.

CARLOS: Ese labio sellad... ¿Hay en el mundo un alma más cobarde que la vuestra, más torpe corazón? ¿Quién dictar pudo pensamiento tan vil y miserable? ¡Yo venderos mi amor!! ¡Padre o verdugo del ser que por desgracia produjiste! ¿Pensáis que el corazón amante y puro de una mujer se cambia por el oro?

¿Pensáis que un hombre como yo, que tuvo desde que vio la luz, noble su alma, se puede convertir viejo, caduco, en un ser como vos tan despreciable? Para tan ruin acción buscad en muchos de vuestra misma especie: esos señores que como vos, ostenta cada uno riquezas, influencias, y se venden por un puñado de oro todos juntos... Vosotros que teniendo vuestras arcas preñadas de metal, con torpe orgullo al pueblo despreciáis, y de sus leyes reís y burláis sin miramiento alguno! Que mientras con su sangre el pueblo compra justicia y libertad, quedáis seguros, impávidos mirando sus desgracias... Y a la sombra de llantos y de lutos agrandáis sin temor vuestros caudales, sin escuchar siquiera el grito agudo que en sus dolores mil el pueblo lanza; pues si para librarlo de verdugos se os va a pedir un peso, miserables, cerráis vuestras gavetas con orgullo.

DON ANTONINO:

¡Insolente!

CARLOS: No más en mi presencia un instante quedéis. Salid al punto. Me avergüenzo de veros; ved la estima que hago de vuestra carta: si esto os plugo que lo firmara yo; a mí me place

de este modo pagar vuestros insultos.
(Rompe la carta y arroja los pedazos).

DON ANTONINO:

¡Atrevido! *(Tomando una silla)*

CARLOS: ¡Qué hacéis!
(Cogiéndole el brazo y dominándole).

María que habrá estado escuchando el diálogo, dejándose ver de cuando en cuando, da un grito y abre la puerta en actitud de arrojarse a la escena; Carlos en el instante da un golpe al candelero, arrojando la luz al suelo, y corre a tomar a María, indicándole silencio. Todo esto debe hacerse con suma rapidez.

MARÍA: ¡Ah!

CARLOS: *(A María)*
¡Deteneos!

DON ANTONINO:

Deslenguado y audaz, por mi alma juro,
que os habrá de pesar...

CARLOS: ¿Teresa? Pronto.
(Conduce a María hasta la puerta de entrada; al salir Teresa, se la entrega).

TERESA: ¡Qué oscuridad! ¿Señor...?

CARLOS: Luz.
(Le entrega a María).

DON ANTONINO:

Aún lo dudo...
Tan grande atrevimiento ¡por mi vida!

Sale Teresa con luz.

CARLOS: *(A Teresa)*
Bien está, retiraos.

DON ANTONINO: El trato duro
que me acabáis de dar, nunca en olvido
se quedará, señor; ya ni un segundo
quiero permanecer en vuestra casa.

Al irse precipitadamente, Carlos le detiene de un brazo y le sienta en una silla. Mirando con inquietud hacia dentro como deseoso de saber si se ha ido María.

CARLOS: Es fuerza me paguéis vuestros insultos:
cinco minutos ahí quedad sentado.

DON ANTONINO:

¡Cómo se entiende! ¿A mí?

CARLOS: Cinco minutos.

CAE EL TELÓN

ACTO TERCERO

Sala en casa de Sofía, brillantemente iluminada y lujosa. A la derecha del actor puerta de entrada, a la izquierda la que conduce al salón donde se supone el baile. En medio de la sala una mesa con dulces y licores. Durante el acto se tocarán dentro diversas piezas de baile.

ESCENA I

HOMBRE 4º, HOMBRE 5º

HOMBRE 4º: Vamos, no cierres la boca;
no seas tonto, haz lo que hago:
en un baile, bailo y trago,

pues que no siempre nos toca
buen baile con buena cena.

HOMBRE 5º: Echa vino.

HOMBRE 4º: Y que hace frío.

HOMBRE 5º: Por tu dicha, amigo mío.

HOMBRE 4º: Dios te la depare buena.

Beben.

HOMBRE 5º: ¿Entramos?

HOMBRE 4º: Guarda un poco...

Es tan rico este almendrado...

Amigo mío, es pecado
de muy necio o de muy loco
no comer bien en un baile.
¡Digo! Para eso es la mesa.

HOMBRE 5º: Pero cuanto halles en esa
tragártelo como un fraile,
hombre, también es canina.

HOMBRE 4º: Vaya por las ocasiones
que en otras muchas reuniones
no hay ni fuego en la cocina;
y se pasa uno bailando
toda la noche, y ni *un mate*
le dan por más que se trate
de andar las criadas rondando.
Mulatas de Barrabás
que dicen "*me lo han pedido*";
y con el brazo extendido
le dejan a uno al pasar.

Nada amigo, si a la mano
nos viene una buena cena,
dejar la barriga llena
para bailar más ufano.

HOMBRE 5º: Creo que van a cantar.

HOMBRE 4º: Ahora, sí... pero, hay habanos,
¡bien! Partamos como hermanos
esta docena...

HOMBRE 5º: ¿Tomar
tantos?

HOMBRE 4º: Habrán de venir
a parar en boca de otros,
pues tomémoslos nosotros
y no hay nada que sentir.

Se guardan en los bolsillos algunos cigarros.

HOMBRE 5º: Oigamos.

HOMBRE 4º: ¡Ah! es María,
la cantora destinada;
"como es tan aficionada
al canto y la poesía".

Cantan.

"De los poetas la triste vida
si algo la cura de su dolor,
es el amor, es el amor.
Y el sueño de oro que al alma agita
desde la ardiente primer edad,
la libertad, la libertad".

ESCENA II

CARLOS, FEDERICO y dichos

Aparecen en la escena antes de concluir el canto

FEDERICO: He leído esta canción.

CARLOS: Pues quiera usted olvidarla,
o al menos dónde la ha visto.

FEDERICO: ¡Oh! No hay temor: reservada
es mi lengua cual ninguna.

HOMBRE 5º: *(Al hombre 4º)*
¡El poeta!

HOMBRE 4º: Me dan ganas
de reír lo que le veo.

HOMBRE 5º: ¿Por qué?

HOMBRE 4º: Si tiene una cara
siempre tan seria... ¿Crees tú
que tiene tan seria el alma?

HOMBRE 5º: Botaratería es todo.

FEDERICO: *(A Carlos)*
¿Quiere usted que ya la haga?

CARLOS: Sí, al momento.

FEDERICO: No hay cuidado,
la saco a bailar, y... ¡Vaya!
Verá usted... Señores, creo
que está buena la jarana.

HOMBRE 4º: ¡Excelente!

FEDERICO: Pues veamos
si unas cuadrillas se bailan. *(Entra).*

CARLOS: Y bien, señores, ¿qué es esto?
¿Ya no hay flores en la sala
para su ámbar respirar?

HOMBRE 4º: De todo, hay rosas y malvas,
y jazmines y virreinas;
pero dejamos las damas,
y la música y las flores,
porque el estómago estaba
con suma inquietud.

CARLOS: ¿Y ahora
van ustedes a la sala
otra vez?

HOMBRE 5º: En el momento:
¿y usted no viene?

CARLOS: Sin falta:
en el instante.

HOMBRE 4º: Pues vamos.

HOMBRE 5º: Sí, sí, la noche se pasa.

Entran en la sala y cuando pasan la puerta Carlos se vuelve.

CARLOS: Pasad vos, gente dichosa,
y con el alma dormida,
dejad despierta la vida
jugando su juventud.
Pasad, así rueda el mundo:
unos lloran y otros cantan.
Con vida unos se levantan

y otros caen al ataúd.
¡Dejad que corran las horas
sin ver que se van con ellas
las esperanzas más bellas
en nubes de oscuridad;
y entre risa o entre llanto,
al pasar cada minuto,
vamos pagando un tributo
que guarda la Eternidad!...
¿Y yo aquí qué es lo que busco?
Verte, María un instante
ya que la suerte inconstante
me aleja siempre de ti.
¡Un mes! Un siglo ha corrido,
y ni un momento tus ojos
para calmar mis enojos
he visto cerca de mí.
¿Qué vale que en cada carta
me jures ser siempre mía,
si no te veo, María,
ni llega al alma tu voz?
Amar y ser desgraciado:
¡sentir que hay algo en la mente,
y estar humilde la frente!
Esto no es vida, por Dios...
Querer mi patria; querer
hasta el polvo de su suelo,
y ver rodando en su cielo
las nubes de tempestad:
huracán que en sus bramidos
nada de hermoso respeta,

¡y ahoga la voz del poeta
como ahoga la libertad!
¿Dónde hallar inspiraciones?
¡Porvenir, yo te venero!
Muéstrame un rayo ligero
de tu hermosa claridad:
aliéntame con tu lumbre
pues se entibia mi coraje,
al ver el negro ropaje
que viste mi sociedad.

ESCENA III

CARLOS y FEDERICO

FEDERICO: Está hecho, amigo mío;
quiero decir, medio hecho:
me fui a Dolores derecho;
porque baile insto, porfío,
“No puedo, me duele el pecho”
me dio por contestación.
Entonces, la hablo, la digo:
“A usted espera un amigo
en la entrada del salón;
¿quiere usted venir conmigo?”.
“Voy allá”, me dijo al punto.
Y con rostro de alegría
se fue a charlar con María
y se olvidó del asunto.
¡Es burla, por vida mía!

CARLOS: No, Federico, vendrá.

FEDERICO: ¿Qué ha de venir? Suelto el pico
una vez y el abanico
de una mujer...

CARLOS: Ahí está...
La ve usted, don Federico.

ESCENA IV

MARÍA, CARLOS y dichos

FEDERICO: Pues señor, milagro ha sido.

CARLOS: ¡María!

MARÍA: ¡Carlos!

DOLORES: *(A Carlos)*

¡Cautela!
Este vals anda que vuela;
mi incomodidad se ha ido,
si usted quiere... *(A Federico)*

FEDERICO: Me revela
usted su bondad con eso.

DOLORES: Pues entremos... Ven, María,
en el instante.

FEDERICO: Yo sentía
Que usted sufriera el exceso.

DOLORES: A bailar... La noche es fría.

ESCENA V

CARLOS, MARÍA

CARLOS: ¡Dueña del alma!

MARÍA: ¿Has llorado por mí?

CARLOS: ¿Quién puede amarte y no llorarte ausente?

MARÍA: ¡Tanto tiempo sin vernos!

CARLOS: No hay tormento
que yo no haya probado.

MARÍA: Insuficiente
hasta el llorar me ha sido. Ve si el alma
ha sufrido esta vez.

CARLOS: Pero te veo,
vuelvo a tener tu mano entre las mías,
y ya no sufro más, ni más deseo.

MARÍA: Pero hoy sólo gozar...

CARLOS: Y ya mañana
volver a padecer. ¡Suerte maldita!
Pues entonces gocemos el presente...
¿Sientes mi corazón cómo palpita?
¡Fatalidad, por Dios!
(Reparando en el joven que entra).

ESCENA VI

HOMBRE 4º y dichos

HOMBRE 4º: Unas pastillas

para endulzar la boca... Hola señores.
Vaya un merengue.

CARLOS: *(A María)*

Inapiadada suerte.

MARÍA: No tomo. Gracias. No.

HOMBRE 4º: Están mejores
las pastillas.

MARÍA: Tampoco, muchas gracias.

HOMBRE 4º: Pues entonces, salud. (Ya lo adivino). *(Vase)*.

ESCENA VII

CARLOS, MARÍA

MARÍA: ¡Qué habrá dicho, por Dios!

CARLOS: ¡Que nunca quiera
un momento ser grato mi destino!
¿Qué habrá dicho? ¡Da gracias a tu padre
si la maledicencia te acrimina!

MARÍA: ¡Si supieran amar como tú amas!

CARLOS: No se puede vivir en tan continua
fatal agitación... Es necesario
un partido tomar, cualquier que sea
siempre que a nuestra suerte se dirija,
siempre que por su senda no se vea
el genio o el demonio que nos sigue
para hacernos sufrir.

MARÍA: ¿Y cuál?

CARLOS: Atiende...

(Hace un movimiento de impaciencia al ver los nuevos personajes).

MARÍA: ¡Serenidad! Mi situación comprende.

ESCENA VIII

Dichos, ELISA, algunas DAMAS y CABALLEROS

ELISA: Tomaremos unos dulces...
A ver... Aquí hay unas frutas...
Tome usted sin cumplimientos...
Señores, menos pinturas,
y hagan mi personería
en la mesa. Sola una
no puedo acudir a tantas
atenciones... *(A María)* ¡Criatura!
(A Carlos) ¿Tú sin bailar?... Caballero...

MARÍA: Me sentía con alguna
incomodidad, y vine...

CARLOS: A tiempo que mi fortuna
me hizo pisar este sitio
para servir su hermosura...
saludo a mi bella amiga.
(¡Apura tu suerte injusta
y sufre más, corazón!).

ELISA: Y yo tengo la fortuna
mi desleal caballero,
de veros en mi tertulia.
¿Qué días? Un mes lo menos

no veía a usted... ¡ya! Las musas
son niñas tan seductoras,
que a sus queridos subyugan
hasta encerrarlos con llave...
Nos sentaremos... Es mucha
la concurrencia en la sala,
y tanto bailar abrume.
Conque en fin, amigo mío,
espero de usted excusas
por sus olvidos.

CARLOS: Injusta
es usted, amable Elisa;
es tanto lo que me ocupa
en estos días, que tengo
de sufrir la suerte dura
de no visitar a usted,
pero en cambio de esto, nunca
sale usted de mi memoria.

ELISA: ¿Sí? Pues usted, no presume
que por mí sola le absuelvo;
si estas señoras me ayudan,
entonces sí. ¿Creen ustedes
que es bastante esa disculpa?
¿Le perdono?

SEÑORA 1ª: Doy mi voto
por su perdón.

SEÑORA 2ª: Fuera mucha
mi crueldad, si no dijera
lo mismo.

ELISA: Con su fortuna
y el auxilio de estas damas
está usted libre de culpa.

CARLOS: Así lo esperaba yo.
Hay siempre tanta dulzura
en las señoras...

SEÑORA 1ª: Parece
no las llama usted injustas
como muchos...

CARLOS: No, señora;
jamás he puesto entre dudas
la bondad de una mujer,
y es, señora, tan profunda
esta convicción en mí,
que quizá no crean muchas
lo siguiente. Si algún día
me pusiera la fortuna
en trance tan apurado,
en situación tan adusta,
que para salir debiera
precisar de ajena ayuda;
y mirara en torno mío
a cuantos hombres me juran
su amistad y su cariño,
y una mujer a quien nunca
hubiera visto en el mundo,
lleno de confianza oculta
diría, "mujer, salvadme".
Y la mujer noble, pura,
sin cálculos, sin temores,

y sin pretensión alguna
se arrojaría en mi auxilio
cual un ángel de ventura.

HOMBRE 4º: (*A otro*) Pinturas de los poetas.

SEÑORA 2ª: Es la primera alma justa
que he conocido en un hombre.

ELISA: Se me ocurre una pregunta,
amigo mío, no atino
porque usted tanto se oculta
de las damas, si de ellas
tanto como dice gusta.
¿No sabe usted que sería
una completa ventura
para una joven tener,
un alma como la suya
subyugada con sus ojos?

CARLOS: Lo que usted llama fortuna
lo creo tan pobre cosa
que no lo ofreceré nunca.

ELISA: A lo menos a sus versos
no les dé usted sepultura
en sus gavetas; imprímalos
y ya no serán tan nulas
nuestras horas. Vea usted:
hoy todo el mundo se ocupa
en hablar de guerras, muertes,
y de mil cosas que asustan
a nosotras. Los maridos,
desde que se desayunan
no nos hablan de otra cosa

que de tiranos, de luchas,
de política, de enredos,
que de nosotras ninguna
hay que entienda una palabra.

SEÑORA 2ª: Por supuesto.

SEÑORA 1ª: Es cosa dura.

MARÍA: Pero los hombres es fuerza
que hablen de lo que, no hay duda,
hoy a todos les conviene.

ELISA: Cada papa con sus bulas;
de política hablen ellos,
nosotras de las tertulias,
de los versos, del teatro,
de modas y vestiduras,
y así cada cual se queda
con aquello que más gusta.

HOMBRE 4º: Dice muy bien.

SEÑORA 2ª: Por supuesto.

ELISA: Pero usted, Carlos se burla
de nosotras, hoy me han dicho
que ha entrado usted en la lucha
periodística. Que escribe
un papel de mucha bulla
criticando al ministerio.
¿Es verdad esto?

HOMBRE 4º: Y asusta
el artículo de hoy
sobre la asamblea.

CARLOS: Es mucha la propensión a asustarse entre nosotros. Se abultan, amiga mía, las cosas, pues si escribe algo mi pluma en ese papel, es poco: por otra parte, no hay duda que si el diario es altivo, no se ha desmandado nunca con el gobierno; al contrario, cada día le procura iluminar sus medidas, y si alguna vez no gusta de ellas, lo dice al momento sin insultos y sin burlas, con el deseo tan sólo de que no andemos a oscuras, pudiendo con luz andar, ya ve usted que se me acusa sin razón.

ELISA: Pues hay razón; sí señor, la hay y mucha; pues ese tiempo que gasta en la eterna baraunda de política, en su diario debía poner alguna otra cosa.

CARLOS: Ya lo he dicho: no doy el diario, y nunca es probable que consienta

en ser editor, alguna vez que otra, mando unos pocos renglones.

ELISA: Pues suplan a esos renglones, prolijos versos de amores, algunas lindas novelas, artículos de costumbres, y censuras de modas; y si usted quiere un drama de los que asustan con su bullicio y sus muertes, y si cuando lo concluya cree usted que ha exagerado, o que ha escrito una locura, no desmaye usted por eso; diga que la obra suya no es suya... que es de Monsieur... del primer francés que ocurra; y entonces el triunfo es cierto, porque es ya tanta la suma de desatinos franceses, que uno más no hará ninguna impresión entre nosotros.

CARLOS: Fuera mucha mi ventura si complaceros pudiera, mi bella amiga. No hay duda que lo haría con gran gusto. Si adoptara la censura y dijera, por ejemplo: que hay una ofensiva duda

de la virtud de las niñas
entre nosotros, que muchas
madres mandan a sus hijas
todavía, que una a una
vayan sueltas por la calle
al salir de una tertulia;
y el brazo de un caballero
lo desdeñen con astucia;
que si va una niña sola
con su criada, la censuran,
que si es cortés e ilustrada
de su talento se burlan;
dígame usted ¿no es verdad?
que diría cada una:
“¡Qué atrevimiento! ¡Qué audacia!
¿Es la mía esa pintura?”.
Pues cada hombre, otro tanto
dice, si se les acusa
a todos en general,
de alguna idea caduca
o de algún hábito malo...
Para el drama es aún más dura
nuestra suerte. No tenemos
en lo pasado, ninguna
relación con lo presente.
Y lleno de luto y duda
nuestro presente se muestra.
Nuestro pasado se oculta
entre una nube europea,
y cuando usted más lo busca

tanto más inaplicable
lo encuentra. Nuestra cuna
no tiene sino treinta años
señora, mas no es cordura
querer irse más allá...
De esos treinta años, sin duda
muchos dramas se podrían
componer; pero la astucia,
la imaginación, el genio,
se quedan sin fuerza alguna,
al ver que en un mar de sangre
se habrá de mojar la pluma:
al ver que quizás ofenda
a alguna entraña insepulta,
que se agita entre las olas
de ese mar de desventura.

ELISA: ¿Pues qué hacer?

CARLOS: Nada;
o tener que sufrir muchas
desazones, e inquietudes.

ELISA: ¡Pobres poetas!

SEÑORA 1ª: Asusta
el oírlos hablar.

CARLOS: Iremos
a la sala, si usted gusta.

ELISA: Iremos; tanto me agrada
conversar cuando no hay runflas
de tiranos, y de guerras,

que quizá he sido importuna
con mis amigas. Entremos,
¡Jesús! ¡Qué bailar, qué bulla!

ESCENA IX

CARLOS, MARÍA

Al entrar Carlos toma de la mano a María y la vuelve a la escena.

CARLOS: Aguarda, aguarda, amor mío.
¡Qué terrible situación!
Tener la risa en los labios
y el llanto en el corazón...
Ya estamos solos, María,
hablemos de nuestro amor,
es lo único que en el mundo
pronuncia alegre mi voz.

MARÍA: Advierte...

CARLOS: No temas nada.
Solos estamos los dos.
Y en la sala no se acuerdan
de lo que hay en derredor.
Es necesario...

MARÍA: ¿Qué?... pronto.

ESCENA X

DOLORES, FEDERICO y dichos

DOLORES: Te esperan en el salón
para repetir el canto.

FEDERICO: *(A Carlos)*
¿Está usted de mal humor?
Se cura con un minuet.

MARÍA: Voy allá...

DOLORES: ¿Y usted, señor?

CARLOS: ¿Yo? Sí... bailaré, sin duda...

MARÍA: Iremos juntos los dos,
tiene por fuerza que hablarme. *(A Dolores)*

FEDERICO: ¡Qué brillante en la reunión!
Venga usted, mi buen amigo...
Venga usted.

DOLORES: *(A Federico)*
Usted, señor,
conmigo es quien debe entrar
otra vez.

FEDERICO: ¡Ah! corazón,
no me anunciasteis en vano
que esta noche era de amor.

Entran.

ESCENA XI

CARLOS y MARÍA

MARÍA: Amigo mío, está visto,
parece una maldición;
esta pieza, entre el tumulto
bailemos juntos los dos.
Y así podremos hablarnos
con menos interrupción.
Vamos.

CARLOS: ¿Ves esto, María,
ves este tenaz rigor
con que la suerte maldita
me ha perseguido aquí hoy?
Pues es diminuta copia
del cuadro de maldición,
que representa mi vida
desde que vi el primer sol.
Siempre obstáculos, reveses
de un destino abrumador,
en cuanto toca mi mano,
en cuanto ve el corazón;
y para mayor tormento,
en cada paso que doy
veo el placer a mi lado,
voy a tocarlo, y veloz
se escapa de entre mis manos
burlando de mi dolor.

MARÍA: No tengas en este instante
tan negras ideas, no,

ven a la sala y contentos
hablemos de nuestro amor.

CARLOS: Vamos, vengan infortunios
si estamos juntos los dos.

ESCENA XII

DON ANTONINO, UN COMISARIO DE POLICÍA y dichos

Al encaminarse Carlos al salón salen los nuevos personajes.
Don Antonino indica al comisario la persona de Carlos.

DON ANTONINO: (Tocando a Carlos en el hombro)
Caballero, escuchad.

CARLOS: ¡Qué audacia!

MARÍA: ¡Cielos!

DON ANTONINO:
Quiere con vos hablar *cinco minutos*
el señor comisario.
(Toma a María del brazo y entra con ella al salón mirando antes su
reloj).

CARLOS: Si hay infiernos
¡por qué no me arrebatan de este mundo!

COMISARIO: Señor.

CARLOS: ¿Qué me queréis? yo no os conozco.

COMISARIO: Este pliego...

CARLOS: Traed.

COMISARIO: (El trance es duro).

CARLOS: *(Después de leer el pliego)*
 ¡Esto también, gran Dios! ¡También deshecho
 otro sueño feliz! Salid al punto.

COMISARIO: ¡Señor!

CARLOS: ¡Ah! Perdonad, no es culpa vuestra
 ¡oh! ¡patria mía! si al destino plugo
 que fueras infeliz, ¡por qué no apagas
 en tus hijos los rayos de su mente
 y de tu libertad la sed ardiente!
 Por tí voy a sufrir mas no te culpo,
 ni siento más pesar, que tus desgracias.
 Vamos... ¡María! Andad *(Vase)*.

ESCENA XIII

DON ANTONINO (Solo)

DON ANTONINO:
(Asomándose por la puerta del salón y mirando el reloj)
 ¡Cinco minutos!

CAE EL TELÓN

ACTO CUARTO

DECORACIÓN Y APARATO DEL ACTO PRIMERO.

ESCENA I

FEDERICO y DOLORES

FEDERICO: Todo lo que usted me dijo,
 lo que me dijo María
 y cuanto a mí me ocurría,
 no anduve poco prolijo
 en decirle, amiga mía.
 Las dos cartas le entregué,
 las ha leído y releído;
 en fin, cuanto yo he podido
 hice, y otra vez lo haré,
 sin quedar arrepentido.

DOLORES: Sólo usted es generoso,
 Y si por usted no fuera...

FEDERICO: ¡Qué!... Si esto es una friolera.

DOLORES: ¿Aquí sola, sin mi esposo,
 a quién esta vez pudiera
 volver los ojos; a quién
 para saber de mi amigo,
 cuando en cada hombre que ven,
 o encuentran un enemigo,
 o indiferencia y desdén?

FEDERICO: ¿Pero a qué cabeza humana

se le ocurre tal idea?
 Decir que el pueblo pelea
 y que en la lucha no gana
 la libertad que desea...
 ¿Que los días van pasando,
 que sangre a ríos se vierte,
 y sin mejorar de suerte
 nos vamos atrás quedando
 obedeciendo al más fuerte,
 y que en fin, es necesario
 que la juventud ardiente
 levante altiva la frente
 para escudar el santuario
 de la ley?

DOLORES: Y quién no siente
 esa verdad.

FEDERICO: Sí, y sucede
 lo que ahora ha sucedido:
 que él en la cárcel se quede,
 y que no haya hombre nacido
 que quiera verse perdido
 por ir a verlo y hacer
 su estado menos amargo.

DOLORES: Pero usted.

FEDERICO: Tomo a mi cargo.
 Cada instante el ir lo a ver,
 y a lo corto, o a lo largo,
 algo se ha de conseguir.

DOLORES: ¡Qué bueno es usted!

FEDERICO: Yo poco
 trabajo tengo, y tampoco
 pueden de mí presumir,
 que me haya vuelto tan loco,
 que si visito a mi amigo
 es porque soy escritor;
 no tengo, no, tal primor,
 pero estar libre consigo,
 y este es el mejor honor.
 No soy sujeto de pluma
 ni de talento afamado,
 pero soy un hombre, en suma,
 bueno, tranquilo, callado:
 propio para diputado.

ESCENA II

MARÍA y dichos

MARÍA: ¡Ah! Federico, he oído
 su voz de usted desde adentro;
 ¿le ha visto usted? Pronto, pronto...
 ¡Me ha escrito! Pero, no es eso...
 ¿Ha escrito a Dolores?

FEDERICO: No,
 porque no ha tenido tiempo.
 Un cuarto de hora se ha ido
 en leer la carta, o pliego:
 ¡pues no era poco abultado
 el que llevé! Y en lamentos

y suspiros y arrebatos
se fue otro cuarto, ligero,
y como una hora estuve
se pasó el resto del tiempo,
en el sermón muy lucido
que le eché con alma y cuerpo,
pues le dije: “Amigo mío,
usted...”

MARÍA: No quiero saberlo;
después me lo dirá usted;
quiero saber si está bueno,
qué desea, qué pronuncia,
todo en fin... Si algo se ha hecho
por su libertad; si hay alguien
que se empeñe en el momento
por él... ¡Dios mío! Seis días,
¡seis días en negro encierro!

FEDERICO: Señora, tantas preguntas
me enredan, y yo no puedo
desenredarme tan pronto;
andemos menos ligero;
vamos; ¿qué desea usted?

MARÍA: No lo he dicho ya... deseo...

DOLORES: Te lo diré, prima mía:
nuestro amigo está muy bueno.
Federico le ha entregado
mis cartas, y en el momento
no ha podido recibir,
como era nuestro deseo,
la contestación de ellas.

Nadie toma con empeño
su libertad; temen todos;
piensan que con el gobierno
se comprometen, si buscan
para libertarlo medios.

MARÍA: No, Dolores, porque Carlos
nunca un amigo sincero
encontró sobre la tierra;
sino hombres de falso pecho
desnudos de ingenuidad;
mil veces, bien lo recuerdo,
me lo dijo suspirando:
“María, nunca en el suelo
le di a un hombre mi amistad,
sin que antes de mucho tiempo
tuviera que arrepentirme”.

FEDERICO: No, señorita, no es cierto;
yo soy su amigo, y de veras.
Y siempre, siempre he hecho
por probarle mi cariño...
En muchos días de invierno,
le he ofrecido mi volante
para que salga a paseo;
le he ofrecido mi caballo,
le he ofrecido...

MARÍA: Yo no quiero
saber lo que usted le ha dado...
Ya me lo imagino. Anhele
saber si hay una esperanza
de volverlo a ver...

FEDERICO: Yo creo
que es probable que así sea;
pues en ese oscuro encierro
no ha de estar toda la vida.
Pero ya lo dije: un bleo
no es lo que él ha cometido.
Están hechos un infierno,
los jueces y los ministros.
Dicen... Si ya no me acuerdo
de tantas cosas que dicen;
pero lo cierto del juego
es que, están como una furia
y que no dejan un tiesto
sin tocar y revolver
porque Carlos siga preso.

MARÍA: ¡Qué injusticia!

FEDERICO: Yo le había
pronosticado todo esto;
y él mismo ¿qué cree usted?
él mismo en cierto momento
me dijo, que era un delirio
escribir en estos pueblos,
pues derechito a la cárcel
se iba o dar con tal empeño.

DOLORES: ¿Él?

FEDERICO: Él mismo; sí, señora,
y cuando hoy, con tono serio
porque serio sé ponerme
cuando me llega el momento,

le dije “¿qué tal, amigo?
¿Se acuerda usted del proyecto
que tenía hace muy poco
de no escribir? Pues por cierto
que lo ha cumplido usted bien”.
Me contestó revolviendo
su cabello con las manos:
“Es verdad; bien lo recuerdo,
pero ignora usted, mi amigo,
que no cumple esos proyectos
quien ama, como yo amo,
el americano suelo;
¿quién como yo le desea
en cada fugaz momento
del cielo una bendición?”.
Y se quedó satisfecho
cual si hubiera dicho mucho.

MARÍA: ¡Siempre, siempre dividiendo
entre su amor y su patria
los latidos de su pecho!

FEDERICO: En fin, no hay que desmayar;
se está perdiendo un empeño,
que es el mejor, el que solo
puede dejarnos contentos
a todos, quedando libre
nuestro tan querido preso.

MARÍA: ¿Cuál es?

DOLORES: Pronto.

FEDERICO: *(A María)*

Su padre
de usted. Su tío materno. *(A Dolores)*
¿Pues sabe usted que me gusta
que no conocieran esto?
¿Quién otro con más influjo
en los jueces y gobiernos?
Que les hable, que se empeñe,
y se verá si no acierto
en lo que digo. ¡Friolera!
Cuando él entra al Ministerio
secretarios y ministros
se levantan del asiento.

MARÍA: ¡Mi padre!

DOLORES: ¡Pobre María!

FEDERICO: Yo no dudo que haya hecho,
o esté por hacer alguna
diligencia; pues recuerdo
cuántas horas se pasaba
por delante del damero
jugando Don Antonino
con Carlos; y bien que creo
no habrá de encontrar quien tenga
como Carlos tal empeño
en complacerle.

MARÍA: Su vida
le habría dado contento.

FEDERICO: Conque, amigas, yo me marchó
a ver a Carlos de nuevo,

y llevarle unos habanos,
como el mejor pasatiempo.
Ya ven ustedes, el día
lo paso yendo y viniendo,
de aquí allá, y de allá aquí;
pero en fin, yo me divierto
con hacerlo, pues maldito
si sé en qué pasar el tiempo.

MARÍA: Sí, vaya usted, vaya usted,
sea usted tan sólo el bueno
que de su suerte se duela.
Dígale usted que no tengo
sino una idea, un...

DOLORES: María,
yo hablaré con más acierto:
dígale usted que pasamos
María y yo los momentos
pensando en él; que no hay duda
habrá de ser pasajero
el tiempo de su prisión.
Y que para distraerlo
se olvide de cuanto pasa,
y entregue su pensamiento
a lecturas, u otras cosas;
en fin, que cuanto podemos
hacemos por él. No más.

FEDERICO: ¿No más?

MARÍA: Que tengo mi pecho...

DOLORES: Muy afectado hace días

de un resfrío, pero esto
no lo diga usted, no vale
la pena de retenerlo.

FEDERICO: ¿Con que entonces?

DOLORES: Nada más.

MARÍA: Vuelva usted pronto.

FEDERICO: Hasta luego. (*Vase*).

ESCENA III

MARÍA, DOLORES

DOLORES: Es preciso, amiga mía,
más moderación, por Dios,
¿quieres acaso que todos
se impongan de tu dolor?
¿No basta que yo lo sepa,
que guarde en mi corazón
tus lágrimas, tus suspiros,
y cuanto exhala tu voz?

MARÍA: ¿Qué me importa de los otros
la necia murmuración?
Yo le adoro, y donde quiera
confesaría mi amor;
mi amor que es toda mi vida,
mi felicidad, mi Dios,
y que ante él desaparece
cuanto hay en la creación...
Las almas de crudo hielo

ríanse de mi dolor,
ellas no tienen pasiones,
y a todas desprecio yo.

DOLORES: María, ya es necesario
que cese tu situación
llena de llanto, de penas,
de incertidumbre y dolor.
Si no te importa tu suerte,
ten siquiera compasión
de la de Carlos.

MARÍA: ¿Qué dices?
¿No hay en el mundo un dolor,
un sacrificio, el más grande,
que no lo soporte yo,
porque él sea venturoso?
¿Qué debo hacer?

DOLORES: Plugo a Dios
encender en vuestras almas,
un afecto que creció
rodeado de lo más dulce
que le brindaba el amor.
Pero si Dios desde arriba
vuestras almas anudó,
la sociedad ha querido
que no exista tal unión.
Y la sociedad, María,
poco se cura de Dios,
pues dice cada momento:
“Aquí abajo mando yo”.
Tú sabes que siempre ardiente

de Carlos el corazón,
si trato de separaros,
no da oídos a mi voz,
y el separaros, María,
es tan necesario hoy,
que si antes yo me afanaba
en proteger vuestro amor,
hora conozco que es fuerza
su fatal separación.

MARÍA: No la propongas jamás
que rasgas mi corazón.

DOLORES: Sí. Mi vida, algunos años
bien sabes apareció,
antes que la vida tuya,
y porque así plugo a Dios
en sus ocultos arcanos,
no fue igual tu corazón,
al corazón de mi pecho.
El tuyo siempre abrigó
muy exaltadas pasiones,
y a tan fatal condición
unió la naturaleza
sensibilidad y amor.
Menos pródiga conmigo
tanta pasión no me dio,
pero me dio generosa
mucho peso en mi razón.
Tu te exaltas, te conmueves
al primer soplo veloz,
y después eres juguete

de tu mismo corazón;
yo a todas las impresiones
les doy su justo valor,
y antes que agiten al alma
las ha visto mi razón.
Por tus dones, tú no pruebas
sino infortunio y rigor:
con los míos, más felice
bien sabes que vivo yo.
Hallé un hombre que me amaba,
y sin ser febril mi amor,
le di tranquila mi mano
y le di mi corazón.

MARÍA: ¿Y por qué no he de ser suya
si también le encuentro yo?

DOLORES: No me interrumpas. Muy joven
pisé el primer escalón
de ese brillante palacio
que deslumbra en su exterior,
y que sociedad le llaman,
por sarcasmo, creo yo,
pues todo está en él disuelto
y en perpetua confusión.
Allí conocí que había
muchas sendas en redor,
casi todas, bellas, grandes.
Llamando la admiración.
Mas la mujer, una sola
debía correr veloz
quizá la peor de todas;

la senda del corazón.
 Para los hombres, la gloria,
 el poderío, el valor,
 cuanto hay de hermoso en la tierra,
 dependiendo de su voz;
 para la mujer, tan solo
 un imperio, el del amor.
 En él está nuestro mundo,
 nuestra gloria, y nuestro Dios;
 y hace quien le sacrifica
 el sacrificio mayor.
 Pues bien, si cabe en tu alma,
 como dices, tanto amor,
 por el mismo a quien adoras
 sacrifica esa pasión.

MARÍA: Él no será venturoso
 y su suerte quiero yo.

DOLORES: ¡Su suerte! ¿Puede tenerla
 cuando ni escucha tu voz?
 ¿Tú misma quieras más llanto
 que el que vierte tu dolor,
 en cada instante del día
 con tan cruel agitación?

MARÍA: Lloro por él.

DOLORES: ¡No conoces
 que tu padre en su rigor,
 primero querrá que mueras
 que avenirse a tu pasión!
 Y en tal estado ¿qué quieres?
 ¿Un escándalo por Dios?

MARÍA: *(Con mucha expresión)*
 “¿Con que no hay otro remedio
 en tan dura situación,
 que envenenar mi existencia
 envenenando mi amor?”.

DOLORES: No, María, el tiempo cura
 las llagas del corazón,
 y lo que hoy más te conmueve
 mañana desapareció.

MARÍA: ¡Insensata! ¿Tú no sabes
 que hay almas en que el amor,
 es una nueva existencia
 en que el alma se anidó?

DOLORES: Carlos es joven, mil cosas
 reparten su corazón,
 y si no escucha a María,
 de su patria oirá la voz.
 En los primeros instantes
 mucha será su aflicción.
 Pero al cabo, de su pecho
 irá saliendo el dolor,
 y entonces ¡de cuántas penas
 se habrán librado los dos!
 El esposo que hace tiempo
 tu padre te destinó,
 es joven, es caballero.
 Y si no puedes tu amor,
 tu fina amistad al menos
 le darás, lo espero yo.

MARÍA: ¿Y no has pensado algún día

en el martirio, el horror,
que habrá en entregarse a un hombre
a quién no ama el corazón?
¿Que entre sus brazos estando,
en vez de sentir ardor,
se sienta frío en el alma
con el beso que imprimió?

DOLORES: Sé solamente, María,
que no hay infortunio atroz,
que no mire traslucirse
a través de tu pasión.

MARÍA: “¿Con que no hay otro remedio
en tan dura situación,
que envenenar mi existencia
envenenando mi amor?”.

DOLORES: ¡María!

MARÍA: Por fin, Dolores,
ruega que no quiera Dios,
se aproxime el trance amargo
de sofocar mi pasión.

DON ANTONINO: *(Desde adentro)*
Dile que no tarde mucho
porque esperándole estoy.

DOLORES: Viene tu padre, María,
ya te he aconsejado yo,
ahora quedan mis palabras
al juicio de tu razón.
Sólo una cosa, recuerda
que si en tu pecho hay amor,

en esta casa hay disgustos
desde que vemos el sol.
Tu porvenir está oscuro,
Tu amante en una prisión *(Vase)*.

ESCENA IV

MARÍA, DON ANTONINO

Don Antonino entra por la puerta de la derecha a tiempo que Dolores se retira por la de la izquierda.

DON ANTONINO:

Parece que no le ha gustado
a mi sobrina el mirarme.
¡Bueno! Pretenden cansarme,
tratarme como un criado...
Pues no digan de repente
que soy un viejo insufrible
que soy grosero, insensible,
y hasta torpe con la gente.

MARÍA: Señor, nunca nuestro labio
pronuncia tales acentos,
ni quizá en los pensamientos
abrigamos tal agravio,
Dolores tuvo que hacer
y fue a sus ocupaciones.

DON ANTONINO:

Nunca te faltan razones
cuando quieres defender;
para ti, todo está bueno.

MARÍA: Siempre que lo creo justo.

DON ANTONINO:

¡Ya se ve! Soy tan injusto,
que por eso entre tu seno
ya no hay amor ni obediencia...

MARÍA: No, padre mío, eso no;
Siempre la misma soy yo.
Y mi padre en mi existencia
siempre tendrá su lugar.

DON ANTONINO:

¡Pues! Y en cuanto yo deseo
desobedecerme veo,
¡hasta obligarme a mandar!

MARÍA: No, padre mío, María,
siempre será lo que ha sido.

DON ANTONINO:

Pues bien, si hube presumido
que en mi hija ya no había
la sumisión, el esmero
que en otros tiempos miré,
bien pronto conoceré
si fue mi juicio ligero,
o si pensé una verdad.

MARÍA: ¡Cielos!

DON ANTONINO: Enrique ha llegado,
y sabes le he destinado
para tu felicidad.
Hemos hablado muy largo
sobre tu enlace, te quiere.

Y a otras muchas te prefiere,
muy pudientes sin embargo.
El matrimonio es brillante.
Él es bueno; su fortuna
no halla igual en caja alguna
del más rico negociante.
Hoy debe comer conmigo,
hoy debe todo ajustarse,
y esta semana cerrarse
el matrimonio contigo.
¿Pero a qué viene ese llanto?
¿Piensas que no he meditado
sobre todo el resultado
de este enlace, y todo cuanto
sacaremos de provecho?
Vamos, se dócil, María,
no quieras con tu porfía
provocar a mi despecho.

MARÍA: Padre mío, no soy yo
quien habla en este momento;
es un escondido acento
que está pronunciando: no;
es una voz que vomita
cada aliento de mi vida,
que en cada seno se anida
y en cada fibra se agita.
Mi corazón ya no es mío,
y el mismo Dios no podría,
con su inmenso poderío
trasmutar el alma mía.
Amo, señor.

DON ANTONINO: ¡Insensata!
 ¿Y ese amante tan querido
 será el loco y atrevido
 de Carlos? Mozo que trata
 de engañarte, de perderte.

MARÍA: No, padre mío, eso no;
 contenta sufriré yo
 que me den, hasta la muerte,
 pero no escuche mi oído
 que le ofenden sin razón,
 que al honor su corazón
 agita en cada latido.
 A Carlos, señor, adoro,
 no con amor, con delirio,
 con un deleite o martirio
 que en mi existencia atesoro.
 Y pedirme que le olvide
 es tan inmenso imposible,
 como dejar insensible
 el alma mientras se anide.
 Y creer que a otro he de amar,
 es pensar puedan los muertos
 entre sus despojos yertos
 otra existencia abrigar.

DON ANTONINO:
 ¡Esta muchacha está loca!
 Ven acá; dime, ¿qué intentas?
 ¿Cuál esperanza alimentas?
 ¿Qué te va, ni qué te toca
 con abrigar tal pasión?

 ¿Qué te promete ese hombre,
 que toda su plata es nombre,
 y versos su profesión?
 Un hombre que no respeta
 ni al gobierno, ni a mí mismo,
 charlando con pedantismo
 en la maldita gaceta...
 ¿A ver? Que su poesía
 le saque de donde se halla.
 ¡Y quiera Dios que no vaya
 más lejos al ser de día!

MARÍA: ¿Qué dice usted, padre mío?

DON ANTONINO:

 Que con justicia el gobierno
 se ha puesto como un infierno
 por su insolencia... y no fío;
 hay quien dice sin disfraz,
 que en la próxima mañana
 habrá no se qué jarana
 de destierros y algo más.

MARÍA: ¡Señor, señor, por piedad!
 Por cuanto en el mundo adora,
 sálvelo usted sin demora
 de tan terrible maldad...
 Su influjo, sus relaciones,
 cuanto necesario sea...
 Vaya usted, indague, vea,
 arránquele sus prisiones,
 vuelva a decirme propicio
 que no hay temor por su suerte,

y venga después la muerte,
o el más grande sacrificio.

DON ANTONINO:

Sería empresa taimada...
Sí, muy bonito, muy tierno
está conmigo el gobierno
¡desde que no le doy nada...!
Yo no veo más que uno
que mucho podría hacer...

MARÍA: No hay momento que perder...

DON ANTONINO:

Pero si es tan inoportuno
que tu enojo causaría.

MARÍA: Por Dios, por Dios, padre mío.
Si hoy le miré con desvío,
ahora adorarlo sabría
si a Carlos puede salvar.
No hay sacrificio que espante
si ha de salvar a un amante
en horas de peligrar.

DON ANTONINO:

Él tiene influjo, y es rico
y puede... creo ha llegado;
(Mirando adentro)
Él ha de ser... me he engañado,
el que viene es Federico.
Voy a escribirle. Contenta
recíbelo con dulzura,
en fin, con esa ternura

de mujer, que tanto alienta
al que es corto de palabras...
Salvas a Carlos con eso,
y sin pensarlo, al exceso
tu felicidad te labras.

(Vase por la puerta de la izquierda).

María cae desfallecida en una silla.

ESCENA V

MARÍA, FEDERICO

Entra Federico manifestando agitación y cansancio y cuando repara en María después de los primeros versos, toma una silla y se sienta a su lado.

FEDERICO: Pues señor, ya no le busco.
Que ya esto es mucho sudar,
corriendo por todas partes,
sin el tal hombre encontrar.
¡María! ¡qué gracia! ¿Acaso
por simpática amistad
también se ha enfermado usted?

MARÍA: No, Federico, no tal;
fue un desmayo pasajero
que me vino a molestar;
pero, o no lo he comprendido
o de ajena enfermedad
me ha dicho usted algo...

FEDERICO: Sí.
Sí, señorita, otro hay,

que está llevado al demonio
con una fiebre brutal.

MARÍA: ¿Carlos?

FEDERICO: El mismo, señora.
¿Pues qué, mi cara no está
diciendo cuánto he corrido,
buscando por la ciudad
el médico que le asiste
cuando le ataca algún mal?

MARÍA: ¡Dios mío, todo tu enojo
hoy me mandas sin piedad!
¿Pero qué tiene?... Hable usted.

FEDERICO: La fiebre más infernal
que he visto en toda mi vida.
Cuando hoy antes de almorzar,
estuve a verlo, me dijo
que cierta incomodidad
en el pecho y la cabeza
le empezaba a disgustar.
Yo me vine a ver a ustedes,
me fui después a almorzar,
me voy otra vez a verlo,
y un susto de Satanás
me llevo al abrir la puerta.

MARÍA: ¿Qué?

FEDERICO: Estaba sin pestañear,
tendido sobre la cama
cual un muerto. Llego más,
le llamo, no me contesta;

le toco, y pensé tocar
una llama en vez de mano,
¡qué fiebre descomunal!
De repente, entrecortada
la palabra, quiere hablar,
¡y qué hablar de desatinos!
Qué propensión de nombrar
a María, y a su patria,
y a presos y a libertad,
y... qué sé yo cuántas cosas,
en fin, un delirio tal
que me hizo a veces reír.

MARÍA: ¡Infeliz!

María durante habla Federico, estará como ocupada de un pensamiento profundo, sin dar atención a lo que le dice.

FEDERICO: Con el guardián
de la cárcel hablé luego;
le pude al cabo ablandar,
vimos que era necesario
un médico, y además,
mientras se le procuraba,
hacer a Carlos sudar,
echándole cuanta ropa
se podía presentar;
y yo le eché sus frazadas,
su capa, también un frac,
en fin, cuanto hallé a la mano
para hacerlo transpirar.
Después salí, he corrido
por entero la ciudad,

no hallo al médico, y no sé
qué partido he de tomar.

MARÍA: Yo sí lo sé, le suplico
que tenga usted la bondad,
de pasar al escritorio
de mi padre, y si allí está
le diga que yo preciso
con él al instante hablar.

FEDERICO: Con mucho gusto, no puedo
ni un cigarrito fumar. *(Vase por la puerta de la izquierda).*

ESCENA VI

MARÍA *(Sola)*

MARÍA: Perdón, perdón, madre mía.
Si es horrible el pensamiento,
descienda tu alma un momento,
hasta el alma de María.
*(Se sienta a escribir manifestando una firme resolución. Cierra la
carta y la guarda en el seno).*
Ya queda en este papel
el porvenir de mi vida.
¡Corazón, sufre tu herida
pues que la sufres por él!

ESCENA VII

DON ANTONINO y MARÍA

DON ANTONINO:
Vamos a ver, ¿qué me quieres?
¿Es algún nuevo embeleco?

MARÍA: No, señor; es un asunto,
por mi desgracia, muy serio.

DON ANTONINO:
Los asuntos de mujeres
siempre son graves, de peso;
pero, al grano.

MARÍA: ¿Dice usted
que Enrique puede al momento
con su influjo, o lo que sea,
salvar a Carlos?

DON ANTONINO: Lo creo.
Pero no haría tal cosa
si recibe un menosprecio.

MARÍA: Pues entonces, al instante,
tiene mi mano, mi afecto,
cuanto usted quiera que tenga,
si también en el momento
Carlos tiene libertad.

DON ANTONINO:
Muy bien, yo me comprometo
Para que consienta en todo.

MARÍA: Otra cosa. Si yo cedo
a lo que usted me ha pedido

ha de ser, y no hay remedio,
fijando dos condiciones:
la primera, que al momento
salga Carlos; la segunda
que en el día venidero
seré de Enrique la esposa.

DON ANTONINO:

No habrá que perderse tiempo.
Hoy mismo si tú lo quieres.

MARÍA: No, señor, mañana; quiero
ver antes a Carlos libre,
después, mi *alto* casamiento.
¿Consiente usted?

DON ANTONINO: Lo repito.

MARÍA: (¡Entonces ya no hay un medio!).

DON ANTONINO:

Volveré. (*Vase por la derecha*).

ESCENA VIII

MARÍA, DOLORES, FEDERICO

DOLORES: (*A María*)

Te procuraba.

MARÍA: (*A Federico*)

Esta carta es un misterio
que da la muerte a los vivos,
y da la vida a los muertos...

Si Carlos puede leerla,
su fiebre cesará luego.

FEDERICO: Al instante. Hasta después. (*Vase*).

DOLORES: ¿Sabes el triste suceso?

MARÍA: Ven a preparar mis galas;
mañana es mi casamiento.

CAE EL TELÓN

ACTO QUINTO

ALCOBA DE MARÍA, PUERTA AL FORO. SOBRE UNA MESA UNA
ESCRIBANÍA PORTÁTIL Y LUCES.

ESCENA I

MARÍA, DOLORES

María sentada delante de un espejo poniéndose alhajas, Dolores
a su lado.

MARÍA: ¿Te parezco bien, Dolores?

DOLORES: Como nunca, en este instante,
¿mas, por qué de tu semblante
se marchitan los colores?
¡Ah! lo comprendo, María,
el sacrificio es violento,
mas siquiera este momento
haz que brille la alegría.

MARÍA: ¡Qué ocurrencia! Alegre estoy...
 ¿No ves mi risa vagando?
 ¿No estoy perlas ostentando?
 Muy venturosa que soy.
 ¿No es el día de mis bodas?...

DOLORES: No, María, tú me engañas;
 tus ideas son extrañas,
 y tus expresiones todas
 traen un no sé qué de horrible
 que me hacen estremecer.

MARÍA: Las ocho deberán ser. (*Mirando el reloj*)
 ¡Las ocho! (¡Noche terrible!).

DOLORES: Vamos, María, al salón,
 el sacerdote ha llegado.

MARÍA: (*Se levanta*).
 ¿Y mi esposo?

DOLORES: No ha faltado;
 te espera... las ocho son.
 Hora que va tu destino
 a fijar en este mundo:
 si hasta hoy te fue iracundo,
 mañana por tu camino
 quizá derrame sus flores;
 que un porvenir más dorado
 tienes quizá reservado
 para olvidar tus dolores.
 Ven, al triste sentimiento
 lo sustituirá la calma.

MARÍA: ¿Es cierto exhaló su alma
 mi madre en este aposento?

DOLORES: ¿No lo has oído a tu padre?
 ¿Por qué tan triste ocurrencia?

MARÍA: Ten algo de más paciencia;
 deseo hablar de mi madre
 porque no está en este día
 para bendecir su hija.
 Cuando su suerte se fija
 porque el cielo se la envía...
 Es tan frágil mi memoria
 que todo se me ha olvidado;
 pero tú, tú has conservado
 una parte de esa historia.
 ¿Es cierto que al darme al mundo
 perdió mi madre la vida?

DOLORES: Es verdad.

MARÍA: ¡Hora homicida!
 ¿Que el cielo estaba iracundo,
 y el rugir de la tormenta,
 de mi madre la agonía
 con mis gritos confundía?

DOLORES: Es verdad. También se cuenta
 que al instante de su muerte,
 tan cerca un rayo estalló,
 que hasta el lecho estremeció.

MARÍA: ¡El rayo fue de mi suerte!
 ¿Y en ese paraje mismo

(Señalando el que ocupa el suyo)
mi madre tuvo su lecho?

DOLORES: Por Dios, María, tu pecho
parece un terrible abismo
de las más negras ideas.
Basta ya; no es el momento
de tan negro pensamiento.

MARÍA: Cesaré, pues lo deseas.
Estoy muy tranquila ya. (*Se levanta*).

DOLORES: Vamos.

MARÍA: Aguarda un instante.
Tengo que escribir bastante.
Mi escribanía no está
lista, cual la necesito.
(*Arregla su escribanía*).

DOLORES: Alguien que se acerca creo;
nunca haces lo que deseo
por más que te lo repito.

ESCENA II

dichos, DON ANTONINO, ELISA

DON ANTONINO:
¿Se concluirá hoy o mañana
el ajustar el corpiño?

ELISA: ¡Hola, la elegante novia!
¡Qué traje tan bello y rico!

¡Qué peinado! Vaya, Enrique
ha hecho bien en ser cumplido,
y no querer con nosotros
penetrar en este sitio.
De este modo, con las luces
del salón y entre el gentío,
vas a parecer un ángel
en blancas nubes caído.

MARÍA: Elisa, ¡tú eres muy buena!

DON ANTONINO:

Sí, pero el tiempo es preciso;
hace media hora larga
que espera el pobre Toribio;
el mismo cura que un día
te echó el agua del bautismo.

MARÍA: ¿El mismo, señor?... De veras
la tal ocurrencia estimo.

DON ANTONINO:

Conque vamos... son las ocho
y está causando fastidio
a los demás tal demora.

ELISA: Semejante era el vestido
que en mis bodas estrené.
Recuerda lo que te digo:
dos vestidos recordamos
las mujeres de continuo;
el vestido que llevamos
al primer baile que fuimos
y que llevamos al templo

cuando el padre nos bendijo:
¿es cierto, Dolores?

DOLORES: Sí.

DON ANTONINO:

Vamos, pues.

MARÍA: (¡Al sacrificio!)

Vanse, queda la escena un momento sola.

ESCENA III

CARLOS, y UN CRIADO

CRIADO: Pero, señor, si el asunto
se está haciendo en el salón.

CARLOS: No importa, me quedo aquí.

CRIADO: Como usted guste, señor.

CARLOS: Necesito otro servicio;
ahí va por la comisión. *(Dándole dinero)*.

CRIADO: ¿Qué manda usted?

CARLOS: Al instante
introdúcese al salón,
y con sigilo, a María
díla la busca un señor.

CRIADO: Como soy nuevo en la casa
su nombre no lo sé yo.

CARLOS: Díla que “mando que venga”
y adivinaré quién soy.

CRIADO: ¿Nada más?

CARLOS: No más deseo.

CRIADO: Pues al momento, señor. *(Vase)*.

ESCENA IV

CARLOS *(Solo)*

CARLOS: ¡Cómo pesa en mis hombros mi cabeza!
Parece que mi espíritu se ha ido,
y mis helados miembros desfallecen...
Sólo mi corazón lo siento henchido
de una fiebre o volcán que le devora...
¡Ah! ¡María! ¡María! tú debiste
clavar en mis entrañas un acero
si tan falsa mujer te conociste...
Cuando fuera en mi seno penetrado,
en tus ojos, mis ojos espirantes
embriagados de amor se extasiarían,
bendiciendo mis últimos instantes.
¡Pero dejar mi vida palpitando
y a otros brazos pasar en mi presencia!...
¡Engañarme, perjura, hasta el instante,
de consagrar a otro hombre su existencia...
ella que ya conoce mis pasiones,
no temer, que viniera, y en mis brazos
a ese rival feliz despedazara
dejándola en su lecho por regazos
sus miembros palpitantes todavía!...
¡No temer que los siga hasta la fosa

y si unidos allí los encontrara,
de venganza cruel mi sed rabiosa
alentara el rencor en mis entrañas,
y “¡maldición!” lanzando al pavimento,
los descarnados huesos levantando
los arrojara en trozos por el viento!
(Todo conmovido se arroja en una silla).
Cálmate, corazón... Hoy te preciso
con más valor que cólera en tu seno;
ya bebiste la gota postrimera
del vaso inmensurable de veneno...
Ella debe vivir sobre la tierra,
llorar en orfandad fue tu destino:
el último dolor que te esperaba
súfrelo solo, en tu postrer camino.
Mañana quedarás en el sepulcro,
cual vives en el mundo... solitario;
pero al menos allí, si no palpitas,
tampoco hallarás falso tu sudario.

ESCENA V

CARLOS, CRIADO

CRIADO: Hay tanta gente, que apenas
recién he podido hablarla...

CARLOS: ¿Y bien?

CRIADO: La dije, al oído,
que en la alcoba la esperaba
un caballero... al instante

se quedó como abismada,
y después dijo “allá voy”.
Pero es vana la esperanza;
se terminó el casamiento
y están ahora en la jarana
de los abrazos y besos,
y los consejos y lágrimas;
tan sólo la señorita
está como si acabara
de salir de entre los muertos,
pálida, triste...

CARLOS: Bien, basta;
vete, no te necesito.

CRIADO: Me iré pues que no hago falta *(Vase)*.

ESCENA VI

CARLOS *(Solo)*

CARLOS: Se concluyó tu himeneo;
ven a presenciar el mío,
con menos pompa y gentío
pero más hermoso, sí.
Ven, no demores, María;
te espera otro juramento
que harás con tu pensamiento
para acordarte de mí.
Ven que en tu lecho te espera
para perfumar tu suerte,

el aliento de la muerte
 que va mi pecho a exhalar.
 Y eternamente bullendo.
 Aliento que tibio siempre
 dentro tu seno encerrado,
 creerasme ver a tu lado
 cuando más quieras gozar...
 Sí, que al sentir de tu esposo
 ecos de amor en sus besos,
 crearás escuchar mis huesos
 dentro la tumba crujir.
 Creerasme ver, cual ahora
 vas a verme al pie del lecho,
 brotando sangre mi pecho,
 agonizar y morir (*Saca un puñal*).
 Ven, oh puñal, a mis manos,
 única fiel esperanza,
 hasta ti el hombre no alcanza
 para poderte engañar.
 Opongan a mis deseos
 la fuerza del orbe entero;
 estás en mi mano, acero;
 y por fuerza has de matar!...
 (*Lo guarda*).

ESCENA VII

CARLOS Y MARÍA (*Pálida y caminando con lentitud*).

MARÍA: ¡Carlos!... ¡gran Dios!... ya nada necesito.
 El cielo lo trae, y agradezco...

Carlos se acerca a ella, la toma de la mano, con mucha delicadeza, y la conduce al sofá.

CARLOS: Me conoces, María.

MARÍA: Diga mi alma
 si está latiendo aún... (Ya lo comprendo).

CARLOS: Entonces, óyeme... Dime, ¿recuerdas
 (*Se sienta a su lado*).
 aquel instante que con puro acento
 te consagré mi fe?

MARÍA: Sí.

CARLOS: ¿Tus palabras
 cuáles fueron, María?

MARÍA: Las recuerdo.
 “Te doy mi amor, y que la luz del día
 la oscurezca a mis ojos el Eterno,
 si te falta mi fe”.

CARLOS: ¿Y algún instante
 dudaste de mi amor?

MARÍA: Él, el postrero
 fuera mi vivir. Nunca, lo juro...

CARLOS: Al conocerte yo, tu pensamiento
 ¿no penetró en mi ser un insufrible
 disgusto de vivir; un desconsuelo
 que en mi alma recóndito y tirano
 se abrigaba fatal?

MARÍA: Porque era cierto,
 mas te supe querer.

CARLOS: Y desde entonces,

¿no viste que exhalaban mis alientos
con la nueva existencia que me diste
de *vivir* y de *ser* grandes deseos?

MARÍA: Y tú me referías que anhelabas,
cuanta gloria enriquece al universo
para adornar con ella mi cabeza.

CARLOS: Y bien, María; ayer estaba preso
y recibí esta carta de tu mano,
vuélvela a leer... Acaso no me acuerdo.

MARÍA: (*Lee*). “Cuando ama una mujer, y no es propicio
el mundo a su pasión, en el instante
su corazón arrostra un sacrificio:
tendrás tu libertad... seré constante”.
(*Representa*). ¿Estás contento ya? Guarda esta carta.

CARLOS: ¿Y luego de escribirla sé qué ha hecho?...

MARÍA: Basta ya de rigor... toca mi frente...
(*Toma la mano de Carlos y la lleva hasta su frente*).

CARLOS: ¿Qué me quieres decir?

MARÍA: Trae a mi seno
esta mano que todos me han negado...
Toca mi corazón. ¿Lo sientes?... Yerto.

CARLOS: ¿Qué pronuncias? ¡gran Dios!

MARÍA: Hace un instante
preguntabas... “¿y luego qué se ha hecho?”.
Pues mira lo que falta en este pomo,
y pregunta después qué hay en mi seno
Carlos toma el pomo.

CARLOS: ¡Eterno Dios! acaso me castigas
porque la han ofendido mis acentos.
¿Ángel mío? Perdón... vuelve a la vida,
María, por piedad, di que no es cierto...
Venga tu esposo ya... llévete al punto.
Yo tu enlace bendigo, y lo venero
si tú vives, mi bien.

MARÍA: Es imposible.
El frío de la muerte por mi pecho,
y en mis entrañas todas se difunde...
Háblame de tu amor... el universo
es ya una vaga sombra ante mis ojos,
y sólo en mi agonía a Carlos veo.

CARLOS: ¡Resolución fatal! Al menos juntas
pasarán nuestras almas al Eterno.
Aún algo del veneno que te abrasa
tu labio me dejó; y él en mi seno... (*Bebe*).

MARÍA: ¡Detente, por piedad!

CARLOS: Ya están iguales
los destinos de entrambos en el suelo...
Los ha fijado Dios. Juntos amaron
juntos el infortunio conocieron,
y juntos bajarán a los sepulcros.

MARÍA: ¡Carlos!

CARLOS: ¡Mi amor! En mi delirio fiero
dudé de tu virtud. Perdón te pido.

MARÍA: Una carta debía en el momento
con mi postrer adiós decirte todo.

CARLOS: No; que ya el corazón con sus misterios

me arrastraba hasta ti, y si perjura
te pude imaginar, mi pensamiento
me sugirió la idea de mi muerte,
como una inspiración del alto cielo,
y era porque también morir debías...
Eléctrico destino ha sido el nuestro
imantado por Dios sobre la tierra.

MARÍA: Se abrasa el corazón...

CARLOS: También y siento
filtrar la fría muerte por mis venas;
y cual tú, moriré... ¡Qué dulce es esto!
¡Morir con la mujer a quien se adora,
confundirse sus últimos alientos,
y sentir a la par, dos agonías
regalándose amor y juramentos!

MARÍA: ¡Me abraso! Mi cabeza desfallece...

CARLOS: ¡Ah! reclínala aquí, sobre mi pecho.
Así... así, María... que te sienta...
Que floten en mi rostro tus cabellos...
Me parecen las palmas divinales
que orlarán nuestras frentes en el cielo...
¡Qué hermosa estás, mi bien! Sueño de amores
y de gloria y lauros los más bellos
me parece gozar... ¡Creo que miro
los ángeles en torno de tu cuerpo
envolviéndote en nubes transparentes,
y alzándote conmigo hasta los cielos...!

MARÍA: ¡Qué dulce es tu agonía! Mira, mi alma
ni aún ahora es feliz... Del cielo temo,
de mi culpa el rigor. Carlos... ¡te adoro!

CARLOS: Sus brazos nos prepara, el Ser Eterno...
¡María!...

MARÍA: Ya mi labio... apenas puede...
¡Carlos!...
(*Muere, cayendo sobre el seno de Carlos*).

CARLOS: María; espérame en el cielo...
(*Le da un beso en la frente*).
Ya no siente mi voz... Mi alma con ella...
No se vuela también... Tardo veneno...
No temas, no, queda otro recurso.
(*Saca el puñal*).

ESCENA VIII

dichos y DOLORES

DOLORES: ¡Eterno Dios!... ¡María!

CARLOS: ¡Está en el cielo!

DOLORES: Socorro, por piedad.

CARLOS: También la sigo,
la sociedad nos regaló un veneno.

ESCENA IX

*Dichos, DON ANTONINO, ENRIQUE, FEDERICO, ELISA,
DAMAS y CABALLEROS*

DON ANTONINO:
¡Mi hija!...

ENRIQUE: ¡Mi esposa!

CARLOS:

Al entrar los nuevos personajes Carlos sostiene con su brazo izquierdo el cadáver de María, dando a su voz y a sus acciones toda la expresión del delirio y la exaltación.

 No sigáis, la vida
a quien se acerque quitará este acero
no la profanéis con vuestro tacto.
No perturbéis su enamorado sueño.
No, no la profanéis con vuestro tacto.
Es mi esposa... ¿No veis cómo la tengo
contra mi corazón? El Dios del alma
bendijo con su voz nuestro himeneo,
una horrible agonía es el testigo,
y la tumba eternal es nuestro lecho...
¡Cuán bella!... ¿No la veis? No, no es tu hija
verdugo vomitado del infierno...
Vende ahora su frígido cadáver
como vendiste ayer su virgen pecho...
Imbécil mírala: mira esta hija
cuya sombra será la de tu cuerpo,
donde muevas el pie, pálida y yerta,
como un hondo y letal remordimiento
la verás junto a ti. Cuando reposen
tus agitados miembros sobre el lecho,
allí crearás sentirla en su agonía,
allí verás alzarse su esqueleto,
y crujiendo sus huesos a tu lado,
“verdugo” repetir “yo te aborrezco”;
y otra sombra también, la sombra mía
con la horrisona voz de los espectros

gritará “¡maldición! Yo te abomino”.
¡Ah! me da horror tu vista... ¡y el veneno
no me quiere acabar! ¡Que ni la muerte
quiera prestarse grata a mis deseos!
(Se hiere).
Yo obligarla sabré... Ven si te atreves,
Tirano, a separarnos en el cielo.

FIN DEL DRAMA

> índice

> Prólogo pág. 5

> La Revolución de Mayo pág. 35
JUAN BAUTISTA ALBERDI

> El gigante Amapolas pág. 115
JUAN BAUTISTA ALBERDI

> El poeta pág. 145
JOSÉ MARMOL

> ediciones inteatro

- narradores y dramaturgos
Juan José Saer, Mauricio Kartun
Ricardo Piglia, Ricardo Monti
Andrés Rivera, Roberto Cossa

En coedición con la Universidad Nacional del Litoral
- el teatro, ¡qué pasión!
de Pedro Asquini
Prólogo: Eduardo Pavlovsky

En coedición con la Universidad Nacional del Litoral
- obras breves
Incluye textos de Viviana Holz, Beatriz Mosquera, Eduardo Rivetto, Ariel Barchilón, Lauro Campos, Carlos Carrique, Santiago Serrano, Mario Costello, Patricia Suárez, Susana Torres Molina, Jorge Rafael Otegui y Ricardo Thierry Calderón de la Barca
- de escénicas y partidas
de Alejandro Finzi
Prólogo del autor
- teatro (3 tomos)
Obras completas de Alberto Adellach
Prólogos: Esteban Creste (Tomo I), Rubens Correa (Tomo II) y Elio Gallipoli (Tomo III)
- las piedras jugosas
Aproximación al teatro de Paco Giménez de José Luis Valenzuela
Prólogos: Jorge Dubatti y Cipriano Argüello Pitt
- siete autores (la nueva generación)
Prólogo: María de los Ángeles González
Incluye obras de Maximiliano de la Puente, Alberto Rojas Apel, María Laura Fernández, Andrés Binetti, Agustín Martínez, Leonel Giacometto y Santiago Governori
- dramaturgia y escuela 1
Prólogo: Graciela González de Díaz Aratijo
Antóloga: Gabriela Lerga
Pedagogas: Gabriela Lerga y Ester Trozzo
- dramaturgia y escuela 2
Prólogo: Jorge Ricci y Mabel Manzotti
Textos de Ester Trozzo, Sandra Vigianni, Luis Sampetro
- didáctica del teatro 1
Coordinación: Ester Trozzo, Luis Sampetro
Colaboración: Sara Torres
Prólogo: Olga Medaura
- didáctica del teatro 2
Prólogo: Alejandra Boero
- teatro del actor II
de Norman Briski
Prólogo: Eduardo Pavlovsky
- dramaturgia en banda
Coordinación pedagógica: Mauricio Kartun
Prólogo: Pablo Bontá
Incluye textos de Hernán Costa, Mariano Pensotti, Hernando Tejedor, Pablo Novak, José Montero, Ariel Barchilón, Matías Feldman y Fernanda García Lao
- personalidades, personajes y temas del teatro argentino (2 tomos)
de Luis Ordaz
Prólogo: Jorge Dubatti y Ernesto Schoo (Tomo I) - José María Paolantonio (Tomo II)
- manual de juegos y ejercicios teatrales
de Jorge Holovatuck y Débora Astrosky
Segunda edición, corregida y actualizada
Prólogo: Raúl Serrano
- antología breve del teatro para títeres
de Rafael Curci
Prólogo: Nora Lía Sormani
- teatro para jóvenes
de Patricia Zangaro
- antología teatral para niños y adolescentes
Prólogo: Juan Garff
Incluye textos de Hugo Álvarez, María Inés Falconi, Los Susodichos, Hugo Midón, M. Rosa Pfeiffer, Lidia Grosso, Héctor Presa, Silvina Reinaudi y Luis Tenewicki

- nueva dramaturgia latinoamericana
Prólogo: Carlos Pacheco
Incluye textos de Luis Cano (Argentina), Gonzalo Marull (Argentina), Marcos Damaceno (Brasil), Lucila de la Maza (Chile), Víctor Viviescas (Colombia), Amado del Pino (Cuba), Ángel Norzagaray (México), Jaime Nieto (Perú) y Sergio Blanco (Uruguay)
- teatro/6
Obras ganadoras del 6º Concurso Nacional de Obras de Teatro
Incluye obras de Karina Androvich, Patricia Suárez, Luisa Peluffo, Lucía Laragione, Julio Molina y Marcelo Pitrola.
- becas de creación
Incluye textos de Mauricio Kartun, Luis Cano y Jorge Accame.
- historia de la actividad teatral en la provincia de corrientes de Marcelo Daniel Fernández
Prólogo: Ángel Quintela
- la luz en el teatro manual de iluminación de Eli Sirlin
Prólogo de la autora
- diccionario de autores teatrales argentinos 1950-2000 (2 tomos) de Perla Zayas de Lima
- laboratorio de producción teatral 1 Técnicas de gestión y producción aplicadas a proyectos alternativos de Gustavo Schraier
Prólogo: Alejandro Tantanián
- hacia un teatro esencial Dramaturgia de Carlos María Alsina
Prólogo: Rosa Ávila
- teatro ausente Cuatro obras de Aristides Vargas
Prólogo: Elena Francés Herrero
- el teatro con recetas de María Rosa Finchelmann
Prólogo: Mabel Brizuela
Presentación: Jorge Arán
- teatro de identidad popular En los géneros sainete rural, circo criollo y radioteatro argentino de Manuel Maccarini
- caja de resonancia y búsqueda de la propia escritura Textos teatrales de Rafael Monti
- teatro, títeres y pantomima de Sarah Bianchi
Prólogo: Ruth Mehl
- por una crítica deseante de quién/para quién/qué/cómo de Federico Irazábal
Prólogo del autor
- antología de obras de teatro argentino -desde sus orígenes a la actualidad- tomo I (1800-1814) Sainetes urbanos y gauchescos
Selección y Prólogo: Beatriz Seibel
Presentación: Raúl Brambilla
- teatro/7 Obras ganadoras del 7º Concurso Nacional de Obras de Teatro
Incluye obras de Agustina Muñoz, Luis Cano, Silvina López Medín, Agustina Gatto, Horacio Roca y Roxana Aramburú
- la carnicería argentina
Incluye textos de Carolina Balbi, Mariana Chaud, Ariel Farace, Laura Fernández, Santiago Governori, Julio Molina y Susana Villalba
- saulo benavente, ensayo biográfico de Cora Roca
Prólogo: Carlos Gorostiza
- del teatro de humor al grotesco Obras de Carlos Pais
Prólogo: Roberto Cossa
- teatro/9 Obras ganadoras del 9º Concurso Nacional de Obras de Teatro
Incluye textos de Patricia Suárez y M. Rosa Pfeiffer, Agustina Gatto, Joaquín Bonet, Christian Godoy, Andrés Rapoport y Amalia Montaña
- antología de obras de teatro argentino -desde sus orígenes a la actualidad- tomo II (1814-1824) Obras de la Independencia
Selección y Prólogo: Beatriz Seibel
- nueva dramaturgia argentina
Incluye textos de Gonzalo Marull, Ariel Dávila (Córdoba), Sacha Barrera Oro (Mendoza), Juan Carlos Carta, Ariel Sampaolesi (San Juan), Martín Giner, Guillermo Santillán (Tucumán), Leonel Giacometto, Diego Ferrero (Santa Fe) y Daniel Sasovsky (Chaco)
- antología de obras de teatro argentino -desde sus orígenes a la actualidad- tomo III (1839-1842) Obras de la Confederación y emigrados
Selección y Prólogo: Beatriz Seibel

